Digitized by the Internet Archive
in 2026

https://archive.org/details/vidadelosmartire0000geor

Colección de
novelas
nuevas

à Mademoiselle Beatriz Gabal
avec mes compliments, mes
vœux & mes hommages
Duhamel
Janvier 1948

GEORGES DUHAMEL

VIDA DE LOS MÁRTIRES

1914-1916

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS
por
RAFAEL CALLEJA

MCMXXI
EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.
CASA FUNDADA EL AÑO 1876

MADRID

PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS
PARA TODOS LOS PAÍSES

COPYRIGHT 1921 BY
RAFAEL CALLEJA

Jiménez y Molina, impresores.

A TRAVÉS DEL TERRITORIO

Desde los campos maltrechos donde el cañón reina, hasta las montañas del Sur, hasta el Océano, hasta la orilla fulgurante del mar latino, resuena a través del territorio el clamor de los hombres heridos, y, por doquier, otro inmenso clamor semejante se eleva y le responde.

No hay un pueblo francés hasta el que no vengan a sangrar las heridas abiertas en el campo de batalla. Ni un pueblo francés que no haya asumido el deber de mitigar una parte de este dolor, de igual suerte que lleva su parte en el común luto. Ni un pueblo, al que no sea dado escuchar, en su propio recinto, un eco de la gran queja que retumba y crece allí donde el combate se eterniza.

La guerra inunda la haz entera del país, como reflujo sembrador de despojos.

En los lechos que la piedad pública les ha ofrecido en todas partes, aguardan las decisiones de la suerte los hombres que cayeron. Los lechos son blancos; los vendajes son limpios; sonríen muchos rostros, hasta la hora en que la fiebre los enciende, hasta la hora en que una misma fiebre hace temblar a todo un pueblo de heridos sobre el continente.

Alguien ha ido a visitar los heridos y me ha dicho: «Las sábanas son blancas; los vendajes están limpios; esos muchachos juegan a las cartas, leen los periódicos, comen golosinas, son sencillos, a menudo muy dulces, no parecen sufrir de un modo insoportable. Todos dicen lo mismo... La guerra no les ha cambiado mucho... Se les reconoce a todos...»

—¿Está usted seguro de reconocerlos? Usted que acaba de mirarlos, ¿está seguro de haberlos visto?

Bajo sus vendas hay heridas que no podéis imaginar. En el fondo de las llagas, en el fondo de la carne destrozada, se agita y se exalta un

alma extraordinaria, furtiva, que no se manifiesta fácilmente, que se expresa con candor y que yo quisiera tanto hacérosla escuchar.

En esta época, en que nada se asemeja ya a sí mismo, todos estos hombres no son ya aquellos que un tiempo conocisteis. El sufrir los despertó de la dulce vida, y cada día les empapa en una formidable ebriedad. Helos aquí; más que ellos mismos, y no habíamos amado más que sombras venturosas.

No perdamos nada de sus humildes charlas; tracemos sus menores gestos, y decidme, decidme que pensaremos en ello todos juntos en cada hora del día, ahora y más tarde, cuando sintamos la tristeza de los tiempos y la magnitud del sacrificio.

HISTORIA DE CARRÉ Y DE LERONDEAU

Han llegado como dos fardos del mismo envío, como dos fardos engorrosos y miserables, pobremente embalados y maltrechos por el transporte.

Dos formas humanas, entrapajadas con telas y algodones, presas en extraños artilugios, uno de los cuales encerraba entero el hombre, como en un ataúd de cinc y alambre.

Parecían sin edad; o mejor, ¿no tenían ambos dos mil años, o más, la edad misma de las momias atadas en el fondo de los sarcófagos?

Se les ha lavado, peinado, descortezado y depositado, con abundantes precauciones, entre sábanas limpias. Entonces se ha po-

dido ver que uno tenía cara de viejo, y que el otro era un muchacho aún.

*

Sus camas están frente a frente en la misma sala gris. Desde la entrada se les ve en seguida. Su inmensa miseria les presta como un aire de parentesco. A su lado, los demás heridos parecen felices y sanos. Pero en esta mansión del sufrimiento son los reyes; sus lechos están rodeados de un respeto, de un silencio realmente dignos de la majestad.

Me acerco al más joven y me inclino hacia él.

—¿Cómo te llamas?

Me responde un murmullo, atravesado por una mirada suplicante. Oigo algo así como *mahiohehondó*. Es un suspiro con modulaciones.

Más de una semana ha de costarme comprender que el muchacho se llama Mario Lerondeau.

La cama de enfrente es menos borrosa. Veo una cabecilla desdentada. De entre los remoli-

nos de la barba sale una voz aldeana, de timbre cascado, pero conmovedor y casi melodioso. Hay ahí un hombre que se llama Carré.

*

No llegan del mismo campo de batalla; pero han caído casi al mismo tiempo y han sufrido la misma herida. Ambos tienen un muslo partido por una bala. El azar los unió en la misma lejana ambulancia, donde sus heridas han acabado de envenenarse. Desde ese momento no se han separarado ya. Helos, finalmente, envueltos en la misma mirada azul del maestro.

Contémplalos a ambos, y sólo hace un movimiento de cabeza. ¡Realmente la labor es penosa! Sólo cabe preguntarse cuál de los dos va a morir primero; tantas razones tienen ambos para no vivir más.

El hombre de la barba blanca los contempla en silencio, dando vueltas y más vueltas en su mano al sabio bisturí.

*

No será posible conocerse sino tras este grave debate. Menester será que el alma se ausente, porque no es ésta su hora. En tal momento es necesario que el bisturí abra la carne y saque a la luz sus destrozos y haga toda su obra.

Así, pues, los dos camaradas se duermen con ese espantoso sueño en que cada hombre se asemeja a su cadáver. Desde ahora la lucha está entablada. Hemos puesto las manos en estos cuerpos; no nos los dejaremos arrancar tranquilamente.

*

Luego del nauseativo despertar, luego de los primeros agudos sufrimientos, voy poco a poco descubriendo a mis nuevos amigos. Labor de mucho tiempo y de paciencia. El momento de la cura es propicio. El hombre está desnudo sobre una mesa. Se le ve entero; también enteras, y bien abiertas, las grandes heridas objeto de tantas inquietudes, de tantas esperanzas.

Por la tarde, temprano, es hora no menos

favorable para la comunión; pero es otra cosa. Ha venido la calma; y estos dos seres son ya algo más que una pierna doliente y una boca que grita.

Carré ha dado en seguida un avance: un verdadero salto. Mientras Lerondeau parece sumido aún en una semiinconsciencia lamentosa, Carré me envuelve ya con su mirada afable y profunda. Me dice:

—Hay que hacer todo lo que haya que hacer.

Lerondeau sólo acierta aún a salmodiar una frase balbuceante:

—¡Que no me hagan daño!

*

Tan pronto como he acertado a discernir y comprender las palabras del muchacho, le he llamado por su nombre, diciendo:

—¿Qué tal te encuentras, Mario?

Y otras veces:

—Estoy satisfecho de ti, Mario.

Esta familiaridad le conviene; así como que le tutee. Ha comprendido él que tuteo sólo a

los que sufren mucho y me inspiran predilección. Y le digo: «Mario, tu herida tiene hoy muy buen aspecto.» Y todos en el hospital le llaman como yo: Mario.

Cuando no es bueno, le digo:

—No es usted razonable, Lerondeau.

Y apenas lo oye, se le llenan los ojos de lágrimas. Cierto día tuve que recurrir a un «señor Lerondeau», y mostró tal pena, que hube de retractarme sin tardanza... Sin embargo, se cuida de no importunar al enfermero y de no gritar demasiado fuerte en la cura; porque sabe que el día que yo le dijese: «Cállese usted», usted a secas, nuestras relaciones quedarían gravemente tirantes.

*

Desde los primeros días, Carré ha demostrado que era todo un hombre. Entraba yo en el vestíbulo de la sala de curas, y hallé a los dos amigos tendidos, uno junto al otro, en sendas parihuelas, sobre el suelo.

Carré había sacado de la manta un descarna-

do brazo y dirigía a Mario un verdadero discurso sobre el valor y la esperanza... Yo escuchaba aquella voz temblorosa, contemplaba aquel rostro desdentado, esclarecido por la luz de una sonrisa, y sentía una cosa indefinible en la garganta, mientras Lerondeau parpadeaba vivamente como un niño que escucha una reprimenda. Salí de la estancia, porque aquello era asunto suyo, que pasaba al ras del suelo y que no tenía nada que ver conmigo, sujeto sano y que vive en pie.

*

Carré ha mostrado después que tenía derecho a enseñar al infantil Lerondeau.

Cuando le llevan a la cura, se queda en el suelo, con los demás, esperando su turno, y habla poco. Mira gravemente en torno suyo y sonríe cuando sus ojos se encuentran con los míos. No es arisco; pero tampoco de los que traman conversación sea como sea.. Aquí no se está para bromear; se está para sufrir, y Carré se recoge, para sufrir lo mejor posible.

Cuando no está seguro de su preparación, me lo advierte, diciendo:

—Hoy no tengo todas mis fuerzas.

La mayor parte de las veces «tiene todas sus fuerzas»; pero está tan flaco, tan mísero, tan ínfimo ante el inmenso deber, que, a veces, le es fuerza batirse en retirada. Lo hace con honor, con grandeza. Acaba de decir: «La rodilla me duele de veras», y su frase acaba casi en un grito. Y al comprender que va a prorrumpir, como los demás, en un alarido, Carré se pone a cantar.

La primera vez que esto sucedió, yo no comprendía del todo lo que pasaba. Carré repetía, sin tregua, la misma frase: «¡Qué dolor, el de la rodilla!» Y, poco a poco, me di cuenta de que el lamento devenía una verdadera música... Así, durante cinco inmensos minutos, Carré improvisó una canción terrible, admirable y desgarradora sobre «el dolor de la rodilla». Desde entonces le quedó la costumbre, y rompe bruscamente a cantar en cuanto pierde el dominio de su silencio.

En ocasiones echa mano de viejos cantos.

Y yo prefiero no mirarle cuando empieza: «Mi vaso no es grande ni bello.» Verdad es que me sirve para no mirarle la excusa de tener mucho que hacer en esa pierna que me atormenta no poco, y que hay que manejar con infinitas precauciones.

Le hago «todo lo que hay que hacer», y repetidas veces, profundamente, introduzco la abrasadora tintura de iodo. Carré la siente; y así, cuando una hora más tarde pase cerca de su rincón, le oiré ejercitarse en cantar, lentamente, con temblorosa melodía, sobre este tema: «Me ha puesto tintura de iodo.»

*

Carré tiene el orgullo de mostrarse animoso.

Esta mañana parecía tan exhausto de fuerzas, que no cabía más que andar aprisa y cerrar los oídos. Pero, he aquí que ha entrado en la sala una persona extraña. Carré ha vuelto ligeramente la cabeza, ha visto al visitante, y plegando su frente en un profundo surco, ha entonado: «Mi vaso no es grande ni bello.»

Aquel señor le ha mirado con los ojos húmedos; y mientras más le miraba, Carré sonreía, sonreía más, agarrándose a los bordes de la mesa con ambas manos crispadas.

*

Lerondeau tiene buenos dientes sólidos. Carré tiene sólo unos cuantos negros raigones. Lo cual me apena mucho porque un muslo destrozado exige buenos dientes.

Lerondeau no es aún más que un moribundo; pero es un moribundo que come. Ataca la carne con una mandíbula fuertemente armada; muerde con animal energía y parece como que se aferra a algo firme y resistente.

También Carré comería bien; pero, ¿qué hacer con cuatro raíces ruinosas?

—Y que nunca he sido muy carnívoro—añade.

Así que prefiere fumar. Por su sempiterno vivir boca arriba, ha inventado ponerse sobre el pecho la tapa de una caja de cartón, donde cae la ceniza. De este modo, Carré, sin moverse, fuma pulcramente.

Contemplando esa ceniza, ese humo, ese rostro amarillo, demacrado, pienso, con pena, que no basta querer para vivir: que son necesarios los dientes.

*

No todo el mundo sabe sufrir: y aun sabiendo, es menester acertar con el tranquillo, para lograr salir del trance honrosamente. Apenas está sobre la mesa, Carré mira en derredor, y pregunta:

—¿No habrá hoy nadie que me estruje la cabeza?

Si no responde nadie, repite un poco angustiado.

—¿Quién me estruja la cabeza hoy?

Entonces se acerca una enfermera, le toma la cabeza entre las manos, y aprieta... Ya puedo comenzar; en cuanto «le estrujan la cabeza», Carré es bueno.

Para Lerondeau es otra cosa. Necesita que le sujeten las manos. Cuando no encuentra quien se las coja, grita:

—¡Que me caigo!

Imposible probarle que está en una mesa sólida y que no debe sentir el más leve temor. Busca ansiosamente las manos para agarrarse, y grita bañado en sudor: «¡Sí! ¡Sí! ¡Me caigo, estoy seguro!» Entonces llamo a cualquiera para que le tome las manos, porque no se puede sufrir vagamente, al azar...

*

Cada uno tiene sus gritos durante la cura. Los que son pobres sólo tienen uno: un simple grito que sirve para siempre. Recuerdan a las mujeres que para echar un hijo al mundo repiten mil veces, de dolor en dolor, la misma queja elegida.

Carré tiene muchos y muy variados gritos; no dice lo mismo cuando se le quitan las compresas que cuando entran en funciones las pinzas.

En lo peor del trance, exclama:

—¡Oh! ¡Cómo duele la rodilla!

Luego, cuando le agota el dolor, inclina la cabeza, y repite:

—¡Oh! ¡Qué maldita rodilla!

Cuando llegamos al muslo, se exaspera:

—¡Ahora el condenado muslo!...

Y lo repite, sin descanso, de segundo en segundo. Pasamos a la herida que tiene debajo del talón, y Carré comienza:

—Pero, ¿qué le pasa al dichoso talón?

Al fin, cuando está cansado de cantar, jadea dulcemente, isócronamente:

—No saben ellos lo que me duele esta pobre rodilla... No, no saben cómo me duele...

Lerondeau, que al lado de Carré no es ni será nunca más que un chiquillo, tiene verdadera indigencia de lamentaciones. Pero, cuando oye quejarse a su amigo, se fija en sus palabras, y las repite luego. Así, le oigo decir:

—¡Oh, la maldita rodilla! ¡No saben ellos cómo me duele!...

Una mañana que se desgañitaba gritando, le pregunté muy serio:

—¿Por qué te quejas lo mismo que Carré?

Mario, a pesar de ser un sencillo aldeano, ha mostrado en su expresión que mi pregunta le ofendía:

—¡No es verdad! ¡No me quejo lo mismo que él!

No he insistido; porque aun las almas más rudas no son insensibles a ciertos pinchazos.

*

Mario me ha contado su vida y su campaña. Como no es muy elocuente, su relato es una especie de confuso murmullo, en el que, sin cesar, se destaca la misma protesta:

—Yo era duro para el trabajo, no crea usted; duro como una bestia.

Y yo no acierto a imaginar que haya habido un Mario Lerondeau que fuese un muchachote sano, aferrado sólidamente a las varas del arado. El que yo conozco es un hombre tendido, y hasta me cuesta trabajo representarme la estatura y el aspecto que tendrá cuando se le pueda poner de pie.

Mario se ha portado muy bien en la batalla: «Se quedó solo con los carros, y cuando cayó herido, los alemanes le dieron unos puntapiés tremendos...» He ahí los resultados más concretos de mi interrogatorio.

A veces, Lerondeau suspende su charloteo y contempla el techo; porque el techo es la lejanía y el horizonte de las gentes que viven boca arriba. Después de un largo y liviano silencio, me mira otra vez y repite:

—¡Hay que ver si yo he sido valiente para quedarme solo con los carros!

¡Qué duda cabe! Lerondeau ha sido valiente y yo quiero que se sepa. Cuando vienen visitas, durante la cura, les señalo a Mario, próximo a gemir, y les digo:

—Ahí le tienen ustedes: es Mario; Mario Lerondeau. ¡Tiene una pierna rota; pero es un hombre valiente de veras; se ha quedado solo con los carros!

Los visitantes mueven la cabeza con admiración, y Mario se aguanta los gemidos. Se ruboriza un poco y su cuello se hincha de orgullo. Hace un leve gesto con los ojos como diciendo: «Sí, sí; solo, ¡completamente solo con los carros!» Y entretanto la cura está casi terminada.

Todo el mundo tiene que saber que Mario se ha quedado solo con los carros. Me

he prometido obtener para él una recompensa y que en ella conste que Mario ha quedado solo con los carros.

*

Carré entró en fuego una sola vez, y en seguida recibió un balazo. Lo cual le contrarió mucho, porque tenía una buena provisión de ánimo, y ahora tiene que derrocharlo entre los muros de un hospital.

Avanzaba a través de un inmenso campo de remolachas; corría, con los demás, hacia una fina nubecilla blanca. De pronto, ¡pluml, cayó: tenía el muslo partido. Cayó entre las hojas carnosas y espesas, sobre la tierra saturada de agua.

Poco después, su sargento volvía y le dijo:

—Regresamos a la trinchera; ya se os vendrá a buscar más tarde.

Carré dijo simplemente:

—Póngame mi saco debajo de la cabeza.

La noche se acercaba; Carré se preparó gravemente a pasar la noche entre las remola-

chas. Y allí solo, recibiendo una lluvia menudita y helada, pasó la noche meditando seriamente hasta la aurora.

*

Es una suerte que Carré haya guardado tanto valor para el hospital, porque le hace muchísima falta. Las sucesivas operaciones, las curas, todo esto agota los más ricos manantiales.

Le han colocado sobre la mesa, y advierto en su mirada una decisión casi gozosa. Hoy «tiene todas sus fuerzas, absolutamente todas».

Pero precisamente hoy tengo que hacer poca cosa; tiene que sufrir poco. Ha tenido apenas tiempo de fruncir el entrecejo, cuando ya se ha terminado la tarea.

Carré entonces muestra una sonrisa demasiado grande para su rostro escuálido y exclama:

—¿Se acabó ya? ¿Se acabó ya? ¡Ponga un poco más de éter para que escueza siquiera, que escueza un poco!

Carré sabe que el valor desperdiciado hoy, acaso no valga mañana para nada.

*

Y mañana y los días sucesivos, Carré habrá de apelar sin tregua a esas reservas del alma que ayudan al cuerpo a sufrir, hasta que se apiada la naturaleza.

El nadador abandonado en alta mar mide su energía y se esfuerza con todos sus músculos para no hundirse. Pero, ¿qué hacer, Dios mío, si no hay tierra en el horizonte ni tampoco más allá del horizonte?

Esta pierna, destrozada hasta la medula, parece devorar poco a poco al hombre que la sostiene. La contemplamos con angustia, y el maestro de los cabellos blancos fija en ella sus claros ojillos azules, acostumbrados a evaluar las cosas de la vida y que, sin embargo, vacilan, vacilan...

Busco palabras encubiertas para hablar a Carré de la embarazosa pierna envenenada. Con una sonrisa desdentada, resuelve por su parte la cuestión de una vez:

—¡Si es que estorba la pobre, habrá que mandarla a paseo!

Después de este asentimiento, sin duda se tomará la determinación.

*

Entretanto, Lerondeau se desliza suavemente hacia la salvación.

Acostado boca arriba, sujeto por las vendas y la gotera, preso por los almohadones, tiene, con todo, el aire de un navío que la marea va a poner a flote al llegar la aurora.

Engorda, y, cosa sobrenatural, parece, sin embargo, cada vez más liviano. Está aprendiendo a no gemir, y no porque su quebradizo espíritu se eleve, sino porque la bestia está mejor nutrida y más robusta. Por supuesto, tiene de la energía un concepto superficial. En cuanto oigo su primer grito, en la sala donde se le hace la cura, le doy ánimo con la mirada y le digo:

—Vamos, Mario, sé valiente. ¡Hay que ser enérgico!

Mario frunce el entrecejo, hace una mueca y pregunta:

—¿Es que tengo que decir *Nom de Dieu*? [1].

*

La gotera de zinc, en la que descansa la informe pierna de Mario, ha acabado por corromperse, por oxidarse, por resquebrajarse. Hay que cambiarla.

Se la quito, la contemplo y la tiro a un rincón. Mario sigue mis ademanes con ojos consternados. Mientras le pongo la nueva gotera, sólida y confortable, pero de diferente aspecto, él dirige a la antigua una elocuente mirada, llena de sinceras y abundantes lágrimas.

Esta sustitución es suceso sin importancia; pero no hay sucesos sin importancia en la vida de los enfermos.

Lerondeau ha de llorar dos días enteros su vieja gotera roñosa, y ha de pasar mucho tiempo antes de que deje de mirar la nueva

[1] Expresión malsonante.

con desconfianza y antes de que se olvide de aplicarle esas críticas amargas y nimias que sólo puede comprender o inventar un «conocedor» práctico en la materia.

*

A pesar de todo, Carré no logra arrastrar su miserable cuerpo tras el bravo arranque de su alma. Si no es su mirada y su ronca voz, todo en su cuerpo da precozmente la sensación del cadáver.

A lo largo de los días invernales y las interminables noches sin descanso, parece que su ser es un mísero despojo jadeante.

Va tirando... con sus cánticos dolorosos y sus animosas frases, que ahora desfallecen y con frecuencia zozobran en un desmayado gemido.

He tenido que hacerle una cura delante de Mario. Lo imponían la abundancia de trabajo y la exigüidad del local. Mario estaba grave y atento, como si aprendiera una lección. Y en realidad eso era: una lección de valor y de paciencia. Pero, súbitamente, el maestro ha vaci-

lado. A la mitad de la cura, Carré, que tenía los labios bien apretados, los ha abierto y ha comenzado a quejarse a su pesar, sin medida, sin contenerse, abandonando desesperadamente la lucha.

Lerondeau escuchaba, grandemente inquieto; y Carré, sabiendo que Mario escuchaba, continuaba gritando como quien ya no tiene nada de que avergonzarse.

*

Lerondeau me llama haciendo señas con los ojos. Me dice:

—¡Carré...!

Y se calla.

Le interrogo, le incito tácitamente a hablar. Repite:

—¡Carré...!

Y añade:

—¡He visto sus escaras! ¡Dios, que mal está!

Lerondeau retiene muy bien los términos médicos. Sabe lo que son escaras. Y ha visto las escaras de Carré. Él las tiene parecidas en el

muslo y bajo el talón; pero la lágrima que crece en sus ojos es para Carré.

Y luego, él sabe, él siente que las escaras suyas curarán.

*

Pero a Mario de nada le sirve oír gritar a otro antes de que le corresponda su turno.

Llega a la mesa con todas las prevenciones del mundo; con los nervios alteradísimos, sumamente irritables.

A nuestros primeros ademanes ya preludia con suspiros y repitiendo: «¡Pobre de mí! ¡Pobre!», que es su ingenua y habitual muletilla para apiadarse de su propio infortunio. Luego, de pronto, grita como hacía mucho tiempo que no gritaba.

Grita con una especie de embriaguez; abre la boca cuanto puede, y grita con toda la fuerza de sus pulmones, y se diría que también con toda la fuerza de su rostro, que enrojece y rompe a sudar. Grita sin motivo, al menor roce, de un modo incoherente y desordenado.

Entonces, cesando de exhortarle a la calma

con palabras dulces y compasivas, levanto de repente la voz y ordeno al muchachillo que se calle, en un tono severo y que no admite réplica.

La emoción de Mario cae súbitamente, como un borbollón de espuma en el que se pone un dedo. Mi imperiosa orden retumba aún en la sala. Una buena señora, que al principio no comprende, me mira con estupor.

Pero Mario, medroso y colorado, se libra del sufrimiento indebido, y durante toda la cura le sujeto fuertemente el alma para impedir que sufra en vano, como otros le sujetan y le sostienen los puños.

Luego, súbitamente, todo ha terminado. Le dirijo una sonrisa fraternal, que serena su frente, como un arco que pierde su tensión.

*

Una dama, que lo menos es duquesa, ha venido a visitar a los heridos. Despedía un perfume tan violento y tan suave, que, de cierto, no podía darse cuenta del olor a dolor que aquí reina.

Le han enseñado a Carré como uno de los ca-

sos más interesantes del establecimiento. Y ella le contemplaba con curiosa y marchita sonrisa, a la que los afeites conservaban aún cierta belleza.

Ha dedicado a Carré varias reflexiones patrióticas, cuajadas de alusiones relativas a su conducta en el campo de batalla... Y Carré ha dejado de contemplar la ventana para mirar a la dama con respetuoso asombro.

Luego ha preguntado a Carré qué podría ofrecerle para contentarle. Su ademán prometía todas las riquezas del mundo.

Carré, a su vez, ha dibujado una bella sonrisa; ha reflexionado y, modestamente, ha dicho:

—Un poquitillo de ternera con patatas nuevas.

La hermosa dama ha creído que era obligado reírse. He comprendido con toda claridad que su curiosidad por Carré acababa de disminuir bruscamente.

*

De cuando en cuando viene un anciano a visitar a Carré, se detiene ante el lecho, y con rostro helado pronuncia palabras llenas de difusa benevolencia.

—Que se le dé todo lo que pida. Que se le telegrafíe a su familia.

Carré protesta tímidamente:

—¿Para qué telegrafiar? No tengo más que la pobre vieja de mi madre, y se asustaría mucho.

El viejecillo emerge de sus altas botas relucientes como una planta abigarrada de un vaso doble.

Carré tose; empieza por hacerlo para mostrar aplomo; luego, porque la cruel bronquitis se aprovecha de la ocasión para zarandearle.

Entonces el viejo se inclina, y todas sus medallas cuelgan de su pecho como tetillas desecadas. Se inclina resoplando, sin quitarse el kepis, lleno de galones, y, con autoridad, aplica al corazón de Carré un oído sordo.

*

La pierna de Carré ha sido sacrificada. Marchó entera, dejando una triste inmensa herida al ras del tronco.

Y lo realmente sorprendente es que lo que queda de Carré no haya partido con la pierna.

El pobre ha pasado un día terrible.

¡Oh vida! ¡Oh alma! ¡Cómo os aferráis a esa ruina humana! ¡Oh lucecilla que aún se ve en sus ojos! Veinte veces te he visto extinguirte y renacer. Y eras demasiado angustiada, demasiado débil y desesperada para poder ya nunca reflejar otra cosa que angustia, flaqueza y desesperación.

*

Durante las largas horas de la siesta me siento entre dos camas, al lado de Lerondeau. Le ofrezco cigarrillos y charlamos. Lo cual significa que no decimos nada, o sumamente poco... Pero para charlar con Lerondeau no es necesario hablar.

Los cigarrillos le gustan mucho; pero, sobre todo, le gusta que me siente un rato junto a él. Cuando paso por la sala, da insinuantes golpecitos en las sábanas, como se dan sobre un banco invitando a un amigo a sentarse en él.

Desde que me contó su vida y su campaña, apenas si le queda algo que decirme.

Coge los pasteles, de que su mesita está llena, y se los come con muestras de satisfacción.

—Lo que es yo—me dice—, me paso el día comiendo, ¿verdad?—y se ríe.

Si deja de comer para fumar, se ríe también. Luego calla un rato. De cuando en cuando me mira y de nuevo se echa a reír. Y cuando me levanto para irme, me dice:

—¿Qué prisa tiene usted? Todavía podemos charlar un poco.

*

La pierna de Lerondeau ha sufrido tales destrozos que ha perdido lo menos doce centímetros de longitud. Esto es para nosotros, que lo vemos desde arriba. Pero Lerondeau, que la ve de lejos no más, durante la cura, alzando un poco la cabeza de encima de la mesa, no se ha dado cuenta sino de una leve diferencia entre esa pierna y la otra.

Al verlo, dijo filosóficamente:

—Se ha quedado más corta; pero con una buena suela...

Cuando Mario ha estado mejor, se ha apoya-

do sobre el codo y se ha dado mejor cuenta de la importancia del daño.

—Hará falta una suela gordísima—ha observado.

Ahora que Lerondeau puede sentarse y ve sus piernas desde arriba también, advierte su error; pero está contento porque siente bullir otra vez la vida; y concluye alegremente:

—No es una suela lo que hará falta: es un banquillo.

*

Carré, en cambio, está mal, muy mal.

Ha de quedarse sola esa alma robusta: porque todo la traiciona.

Tenía el pobre una pierna intacta. Ya está rígida e hinchada.

Tenía los brazos sanos y valientes. Ya uno de ellos está devorado por los abscesos.

No existe ya para Carré la alegría de respirar, porque la tos le hace saltar ferozmente en su cama.

La espalda, que es la base del reposo, también la espalda le traiciona. Poco a poco se va

ulcerando; porque el hombre no ha sido hecho para permanecer eternamente echado sobre la espalda, sino para descansar sobre ella al dormir, luego de su jornada de trabajo. Porque, realmente, el hombre no ha sido hecho para sufrir con este miserable cuerpo tan poco fiel.

Y el corazón late con angustia.

Y el vientre no marcha bien. ¿Qué digo bien? Marcha tan mal, que un día Carré no ha podido evitar que delante de una porción de gente...

A pesar de nuestra voluntad, a pesar de nuestras protestas fraternales, Carré ha sentido tal vergüenza, que se ha echado a llorar. Él, que siempre decía que un hombre no debe llorar; él, que no lloraba ni aun en los más terribles momentos del sufrir, ha sollozado de vergüenza por aquello; ha sollozado sin lágrimas. Y yo no podía consolarle.

*

No escucha ya todo lo que se le dice. Ni responde siempre a todas las preguntas. A menudo está ausente de una misteriosa ausencia.

Él, que gustaba de un tan arrogante lenguaje, se expresa y se queja con palabras y gritos infantiles.

A veces sube de sus profundidades y habla.

Nos cuenta de la muerte con una lúcida imaginación que se diría experiencia.

A veces la ve... Y, para verla, se le agrandan bruscamente las pupilas.

Pero no quiere, no puede decidirse.

Tiene aún que sufrir un poco más.

Me acerco a oscuras a su lecho. Su aliento es tan tenue, que de pronto me pongo, inquieto, a escuchar con la boca abierta.

Carré, entonces, enseña un instante los ojos.

¿Va a suspirar? ¿Va a gritar? No; va todavía a sonreír, y dice de repente:

—Qué dientes tan blancos tiene usted...

Luego sueña como si muriese.

*

¿Podías imaginar, ¡oh hermano!, martirio semejante cuando empuñabas el arado en tu rinconcillo de tierra parda?

Hete aquí, agonizando, con una agonía de cinco meses, empotrado en esos lienzos lívidos, virgen hasta de las recompensas que reparten...

Es menester que tu pecho, que tu sudario, estén vírgenes de la menor de esas recompensas que se reparten, Carré.

Es menester que hayas sufrido sin objeto y sin esperanza.

Pero no quiero que tu sufrimiento se pierda entero en el abismo. Por eso lo he narrado fiel y exactamente.

*

A Lerondeau le han bajado al jardín. Allí le encuentro plantado en una *chaise-longue*, con un kepis echado sobre los ojos para resguardarlos del primer sol primaveral.

Habla un poco, fuma mucho y ríe más.

Contemplo su pierna; él apenas la mira; ya no la siente.

Y más tarde, la olvidará aún más por completo; y acabará por vivir como si fuera natural para el hombre vivir con un miembro rígido y deformado.

¡Olvida tu pierna! ¡Olvida tu martirio, Lerondeau! Pero es menester que no lo olvide el mundo.

Y dejo a Mario, al sol, con su renovada tez, fresca y rosada, y sus mejillas salpicadas de pecas.

*

Carré ha muerto a la madrugada.
Lerondeau se marcha mañana.

MEMORIAL DE LA VIDA DE LOS MÁRTIRES

I

Si el pudor fuese barrido del resto de la tierra, sin duda habría de refugiarse en el corazón de Mouchon.

Aún le veo llegar, en su camilla llena de piedrecitas, con el capote empapado de barro, y su claro rostro cándido de niño bien educado.

—Tendrán que perdonar—me dice—; no puede uno estar muy limpio.

—¿Tienes habitantes?—pregunta el enfermero desnudándole.

Mouchon enrojece y se turba.

—¡Oh! ¡Si los tuviera, no serían míos, por cierto!

No tiene piojos; pero tiene una pierna rota por una bala de cañón.

Se le rasga el pantalón, y, cuando vamos a quitarle las botas, Mouchon adelanta la mano y propone tímidamente:

—Las botas las podrían dejar...

—Pero, hijo, sin quitarte las botas no podemos curarte la pierna.

Mouchon, rojo de emoción, dice entonces:

—Es... que si me quitan las botas, olerá...

Más de una vez he recordado esta respuesta. Créeme, Mouchon, aún no he encontrado ningún príncipe digno de descalzarte y de lavar tus humildes pies.

II

Emerge del vientre un revoltijo de compresas sangrientas y un hedor de intestino dañado. Las pinzas del médico van cogiendo con mil precauciones las compresas y sacándolas delicadamente. Un rayo de sol ilumina la escena; los cañonazos hacen temblar a la frágil barraca.

—Yo soy un gran tratante en porcelanas —balbucea el paciente—. Usted es de París..., pues yo también. Sálveme, y ya verá: le daré una buena porcelana.

Poco a poco las compresas van saliendo; las pinzas relucen, y tan fuerte es el cañoneo que se diría que el rayo de sol tiembla: como tiemblan el suelo, las paredes, la liviana techumbre, la tierra toda, el universo, ebrio de fatiga.

De pronto, surgiendo del fondo del espacio, nace un maullido, se infla, desgarra el cinc encima de la barraca y el obús revienta a pocos pasos de allí, haciendo un ruido como de algo cascado que se rompe.

Las delgadas paredes parecen oscilar empujadas por el aire. El médico hace un leve movimiento de cabeza, como para ver siquiera dónde ha caído aquello...

Y el tratante en porcelana, que ha advertido el movimiento, dice con voz tranquila:

—No hay que hacer caso de esos chismes; los de esa clase no son peligrosos... Sálveme, sálveme usted, y le daré una buena porcelana o un buen barro vidriado; lo que usted quiera.

III

El mal no está tanto en esa pierna destrozada como en la heridita del brazo, por donde se ha escapado tanta sangre generosa.

Con sus lívidos labios, que se confunden ya con el resto de la cara, con sus negras pupilas inmensas, el hombre muestra un rostro en el que brilla un alma intacta, que no abdicará hasta el postrer instante. Examina casi severamente, sin ilusión, el desastre de su cuerpo, y, contemplando a los cirujanos, que se lavan las manos, pronuncia con grave voz:

—Digan a mi mujer que mi último pensamiento ha sido para ella y para mis hijos.

No es, ¡oh, no!, una pregunta velada, porque, sin esperar, el hombre entrega su rostro a la máscara adormecedora.

Aún resuena en la sala el eco de las solemnes palabras:

—Digan a mi mujer...

¿Quién pretenderá engañar a este rostro va-

ronil con blandos consuelos, con palabras? La blusa blanca se ha vuelto. El cirujano muestra sus ojos húmedos tras de las gafas, y con profundo acento le responde:

—Lo haremos, amigo mío; lo haremos sin falta.

El paciente mueve los párpados como quien agita un pañuelo sobre el puente de un vapor que se aleja. Luego, respirando fuertemente el éter, cae en tenebroso sueño.

En él está para siempre; y nosotros no hemos dejado de cumplir nuestra promesa.

IV

Pocos días antes de morir le sucedió a Tricot una cosa bien molesta: le salió un grano, un grano menudo y rojizo, en la nariz.

Tricot había sufrido grandes destrozos: de sus manos quedaba sólo el recuerdo; pero más que nada, más que nada, aquel terrible boquete del costado, que apestaba como una boca fétida y por donde huía la voluntad de vivir.

Toser, escupir, buscar con ojos de terrible angustia la respiración que no habrán de encontrar; no tener manos para rascarse, no poder comer solo y, por supuesto, no tener nunca ni sombra de gana de comer, esto realmente no puede llamarse vida; y, sin embargo, Tricot no desesperaba. Proseguía su propia guerra con la divina paciencia de un hombre que ha hecho la gran guerra del mundo y que sabe que la victoria no es cosa llana que se alcanza en un momento y así como así.

Pero Tricot no tenía ni aliados ni reservas; era solo, solo; delgado, delgado, y tan extinto, que un día, insensiblemente, pasó del estado de herido al estado de agonizante.

Y fué precisamente en tal momento cuando le salió el menudo grano rojizo en la nariz.

Tricot había soportado con ánimo las desgracias mayores; de pronto se quedó sin fuerzas ante aquel leve aumento de dolor.

El desaliento hacía tartamudear al enfermero que le cuidaba cuando me decía:

—Para mí, ese grano..., ese grano es la gota que hace derramarse el vaso; le digo a usted que sí...

Y en verdad, el vaso se derramó.

Aquel dolor no era debido. Tricot comenzó a quejarse, y desde aquel momento le vi perdido.

Varias veces al día le preguntaba, pensando en todas sus heridas: «¿Cómo va, hombre, cómo va?» Y él, no pensando sino en su grano, me respondía:

—¡Mal, mal! ¡Este grano crece!

El caso es que la punta del grano se estaba poniendo blanca, y quise pincharlo.

Tricot, que había soportado sin ser dormido que le abrieran el pecho, exclamó entre lágrimas:

—¡No más operaciones! ¡No quiero más operaciones!

Entero el día pasó gimiendo por su grano. A la noche siguiente murió.

—Era un grano maligno—me decía el enfermero—. Eso ha sido lo que le ha matado.

No era, ¡ay!, un «grano maligno»; pero, sin duda, eso ha sido, eso, lo que le ha matado.

V

A punto de morir estuvo Mehay; pero no ha muerto. Por tanto, no tiene nada.

La bala perforó el casco y no ha tocado más que al hueso. El cerebro sigue perfectamente. ¡Tanto mejor!

Despertarse, hacer cuatro muecas, como recuerdo, al cloroformo, y ¡listo! Mehay se ha puesto a examinar con mirada vivaz cuanto le rodea.

Tres días después de la operación, Mehay se ha levantado. Sería ocioso prohibírselo; por primera vez en su vida se sentiría desobediente. No hay que pensar ni en quitarle sus ropas, porque ese sería para él un detalle sin importancia.

Así, que Mehay se ha levantado. Su *enfermedad* está completa y definitivamente terminada.

Todas las mañanas sale Mehay de la cama antes de la aurora y se agencia una escoba.

Con precisión y celeridad deja la sala limpia como su corazón. Ni un rincón se le escapa. ¡Y sabe barrer suavemente por debajo de las camas, sin despertar a los camaradas que duermen, sin importunar a los que sufren! Entretanto, acerca a uno la palangana, a otro el «cacharro», y sabe encontrar suavidades femeninas para ayudar a vestirse a Vossaert, que tiene los miembros entumecidos y dolorosos.

A las ocho, la sala está perfectamente limpia, y, como van a comenzar las curas, Mehay aparece de pronto con un blanco delantal. Atentamente contempla el ir y venir de mis manos, y se arregla de suerte que siempre está en el mejor sitio para ofrecer a las pinzas las compresas preparadas, para echar alcohol o para dar una vuelta a la venda, porque en seguida ha aprendido a vendar con gran destreza.

No abre la boca: mira no más. El poquito de frente que se ve bajo el vendaje está fruncido de aplicación y tiene las manchas azules por las que se conoce a los mineros.

También le llega a él su turno de la curá. Pero, apenas «servido», ya está de pie, con su

delantal puesto y entregado a su silenciosa actividad.

A las once, Mehay desaparece. ¿Habrá ido a tomar el aire? ¡Ni mucho menos! Aquí está ya otra vez con una gran bandeja llena de escudillas. Y se pone a hacer la «distribución».

Por la tarde presenta el termómetro. Tan eficazmente ayuda a los enfermeros, que apenas les deja algo que hacer.

Entretanto, bajo las compresas, los huesos de su cráneo trabajan y su carne roja lucha para cicatrizar. Pero de eso no hay que ocuparse. «Eso se arregla ello solo.» No va por eso a estar el hombre ocioso. Trabaja, y deja lo demás al cuidado de su sangre, que tiene buena encarnadura.

Por la noche, cuando para dar el último vistazo entro de puntillas en la sala alumbrada por una lamparilla, oigo una laboriosa voz que deletrea:

—B... O... BO; B... I... BI; N... A... NA; BOBINA... Es Mehay que aprende a leer antes de acostarse.

VI

Queda una lámpara encendida, porque los hombres no duermen aún, y en cambio fuman. El humo hay que verlo; de otro modo no se fumaría...

La que era habitación de la dueña de la casa, resulta una clara y limpia sala. Bajo los cortinajes, recogidos en el techo y cubiertos con una funda blanca, Louarn aguarda inmóvil que se suelden de nuevo sus tres miembros rotos. Toda la ceniza del cigarrillo que fuma le cae en el pecho. Para excusar los montocillos de basura que hacen de su cama la desesperación de los enfermeros, me dice:

—Un bretón no tiene más remedio que ser un poco sucio.

Si toco los pesos que tiran de su muslo, prorrumpe en pintorescos juramentos que le son peculiares, que hacen reír a todos y de los que empieza él mismo por reírse.

E invariablemente añade:

—Esta vez me has hecho más mal que nunca, señor físico.

Luego se echa a reír.

Lens no duerme aún; pero sigue, como siempre, tácito. En tres semanas sólo ha pronunciado veinte palabras.

En un rincón está Mehay, repitiendo paciente: P... A... PA; y el enfermero que le enseña a leer aplasta un índice contra el librejo grasiento.

Me acerco a Croin, Octavio. Junto a su cama me siento y permanezco callado.

Racimos de cañonazos se inflan en el espacio nocturno, y toda la estancia resuena como un tambor sensible.

Croin vuelve hacia mí su rostro, perdido entre compresas, y saca una pierna sudorosa de entre las mantas, porque a esta hora la fiebre es violenta. Tampoco él dice nada. Sabe, lo mismo que yo, que esto no marcha; pero, a pesar de ello, espera que no me marcharé sin hablarle.

¡No! ¡Es necesario! Me inclino hacia él y murmuro ciertas cosas.

El me escucha, y su barbilla, su infantil bar-

billa, cubierta de ligero bozo rubio, se pone a temblar.

Suena el acento de su país en la voz húmeda y entrecortada con que dice:

—Quedéme ya sin un ojo; si encima tengo que perder la mano...

El ojo único que le queda se cuaja de lágrimas. Y al verle la mano que no está herida, se la estrecho suavemente antes de irme.

VII

Cuando acerco la mano a su ojo vacío, Croin hace un pequeño movimiento hacia atrás.

—No tengas miedo—le digo.

—¡Oh! ¡Si no tengo miedo!

Y añade con tranquila altivez:

—Cuando se ha estado en la cota 108 no se puede ya tener miedo de nada.

—Entonces, ¿por qué haces ademán de retirar la cabeza?

—Es la cabeza que lo hace ella sola. Yo no me doy cuenta.

Y es cierto: el hombre ya no tiene miedo; pero la carne es aún medrosa.

Cuando la venda está bien puesta, lo que queda visible del rostro de Croin es agradable, joven, atractivo. Lo compruebo con satisfacción, y le digo:

—Mira, por este lado no has sufrido grandes deterioros. Lo arreglaremos tan bien que aún has de poder hacer conquistas.—Sonríe, se toca la venda, contempla su brazo mutilado, parece perderse en sus recuerdos y murmura:

—¡Es lo mismo! Ya no vendrán las chicas como antes...

VIII

—Ya está empezando la piel a recubrir los bordes. Unas cuantas semanas aún, y luego una buena tranca. ¡Y correrás como una liebre!

Plaquet esboza una sonrisilla seca, que no significa ni sí ni no, pero que traduce una gran timidez y además una gran turbación.

—Los domingos podrás ponerte una pierna

artificial. Ya verás: se pone en ella la bota, y el pantalón lo tapa todo. No hay quien vea nada.

El herido mueve dulcemente la cabeza y escucha con leve sonrisa, sin convicción.

—Sí, hombre, sí; con una pierna artificial podrás pasear perfectamente. Estarás casi como antes.

Plaquet vuelve a mover la cabeza y dice en voz baja:

—Lo que es pasearme, poco será.

Y mirando su cuerpo mutilado añade:

—Apenas saldré de casa.

—Pero hombre, Plaquet, si con un buen aparato podrás andar como todo el mundo, ¿por qué no has de salir de casa?

Plaquet vacila y se calla.

—¿Por qué?

Entonces, con voz imperceptible, dice:

—Nunca saldré, nunca; me daría vergüenza.

Plaquet llevará una medalla en el pecho. Es un bravo soldado y no tiene nada de tonto. Pero hay sentimientos muy complicados que no se deben juzgar con demasiada ligereza.

IX

En el ángulo de la sala está un catre de tablas que se parece a todos los demás catres. Pero oculta, envuelta en las sábanas, está la sonrisa de Mathouillet, que no se parece a ninguna otra sonrisa.

A fuerza de lanzar granadas, Mathouillet ha acabado por recibir una, y buena de veras. En tan desgraciado trance ha perdido un riñón, ha tenido varias heridas, y se ha quedado sordo, o poco menos. Ese es el lote que ha correspondido al artillero granadero Mathouillet.

El artillero granadero tiene un dulce rostro imberbe que, durante varias semanas, ha tenido que expresar grandes sufrimientos, y que ahora aprende a expresar un poco de bienestar.

Pero Mathouillet oye tan mal cuando se le habla, que, por respuesta, se limita a sonreír.

Cuando entro en la sala, me espera y me acoge la sonrisa de Mathouillet. Al terminar la cura, Mathouillet me ofrece en recompensa su

sonrisa. Si examino la hoja de temperatura, me sigue la sonrisa; no para interrogarme: Mathouillet tiene confianza; sino para decirme una porción de cosas mudas que comprendo muy bien. La desdichada sordera hace difícil una conversación, por lo menos una conversación como la de todo el mundo. Por fortuna, nosotros dos no necesitamos de las palabras. Hace tiempo ya que ciertas sonrisas nos bastan. Y Mathouillet sonríe, no solamente con los ojos o con la boca, sino con la nariz, con su barbilla imberbe, con su amplia y tersa frente rodeada de pálidos cabellos del Norte, con todo su tierno rostro de niño viril.

Ahora que Mathouillet se levanta, come en la mesa con los camaradas. Para llamarle a la mesa, Baraffe lanza un agudo grito que llega al oído del artillero granadero.

Se acerca, arrastrando las alpargatas, y examina todas las caras risueñas. Como apenas oye, vacila antes de sentarse, y esta vez su sonrisa denuncia su embarazo, su confusión.

En voz alta, y acercándome mucho, le digo:

—¡Anda, hombre, que te llaman a la mesa tus camaradas!

—¡Sí, sí!—contesta—; es que como saben que soy sordo, a veces quieren tomarme el pelo...

Su cara se inflama con vivos colores a consecuencia de esta imprevista confidencia. Luego se decide a sentarse, no sin haberme interrogado con su más afectuosa sonrisa.

X

Antaño se hubiera dicho de Paga: «Es un tipo.» Ahora: «Es un número», se dice. Esto significa que su modo de considerar y de practicar la vida no es el corriente, y como aquí la vida se reduce a una mera cuestión de sufrimiento, eso significa que Paga no sufre como otro cualquiera.

Desde el principio, durante los duros momentos en que el paciente está sumido en estupor y en una abdicación de sí mismo, Paga se hizo notar por singulares excentricidades.

Una pierna, la izquierda, partida; un pie, el derecho, dañado; he aquí el lote que había correspondido a Paga.

Y la pierna marchaba francamente mal. Todas las mañanas, el buen patrón contemplaba fijamente, con sus redondos ojillos pálidos, las carnes hinchadas, y decía: «Veremos, veremos... Vamos a esperar aún a mañana.»

Paga no quería esperar.

Rojo por la fiebre, con las manos temblonas, exaltado su acento meridional por un delirio incipiente, decía en cuanto se le visitaba:

—¡Mi deseo! ¡Mi deseo! ¡Usted sabe cuál es mi deseo, señor doctor!

Luego, atenuando la voz, añadía, con una especie de pasión:

—Quiero que me corten esta pierna, ¿sabe usted? ¡Que la corten! No estaré contento hasta que la corten! ¡Sí, sí! Córtela, señor doctor; córtela. ¡Sí, sí!...

Pero no hubo tal. No se hizo amputación, y los asuntos de Paga se han arreglado muy bien. Hasta creo que su pierna ha debido de tornar a ser una cosa muy decente.

Consignemos que Paga se dió cuenta de haberse metido donde no le llamaban. Lo que no ha sido obstáculo para que continúe dando imperativos consejos sobre la forma en que se le ha de curar.

—¡No tire usted de las compresas! ¡No quiero que tire, señor doctor! ¿Oye usted? ¡No quiero que tire!

Luego le acometía un temblor nervioso por todo el cuerpo, y decía:

—Estoy tranquilo. ¡Ah, ah!, tranquilísimo. Véalo, Michelet; mire usted, Brugneau; mire, sargento; estoy tranquilo. Señor doctor, vea usted qué tranquilo estoy; completamente tranquilo.

Entretanto, un hilillo de agua iba despegando con toda suavidad las compresas. Paga murmuraba entre dientes:

—¡Y tira!... ¡Y tira!... ¡Oh, qué cruel! ¡No quiero! ¡No quiero!

Y de pronto, con la cara encendida de carmín:

—¡Ya está! ¡Ya está! Véalo, Michelet; mire usted, Brugneau; ya están despegadas las com-

presas. ¡Sargento! ¡Sargento! Ya están despegadas las compresas.

Y daba palmadas, poseído de furtivo gozo, presto evaporado ante la ansiedad renaciente; y otra vez ordenaba con el entrecejo profundamente fruncido:

—Nada de tintura de iodo hoy, señor doctor. ¡Retire la pinza, señor doctor! ¡Retírela!

Entretanto la pinza, implacable, hacía su trabajo, la tintura de iodo, indiferente, cumplía su misión; entonces Paga gritaba con furia:

—¡Pronto! ¡Pronto! ¡Besar! ¡Besar!

Agitando los brazos como tentáculos, barría el espacio y echaba la garra al azar a la primera blusa que pasaba. La atraía a sí, y besaba, besaba...

Y así resultaba con frecuencia que cubría de besos las manos de Michelet, objeto poco recomendable para tal uso. Michelet, riendo, decía:

—Vamos, tú, bueno ya, que tengo las manos sucias.

Y el pobre Paga se aferraba a los brazos desnudos y vellosos, diciendo con angustia.

—Si las manos están sucias, los brazos están buenos.

¡Ay! ¿Qué ha sido de vosotros, los que durante días y noches de zozobra y de paciente labor vi libertarse poco a poco del sombrío imperio de la noche y renacer a la alegría? ¿Qué ha sido del polvoriento tizón en el que un hálito ferviente lograba al fin arrancar chispas?

¿Qué ha sido de vosotras, preciosas vidas, pobres almas extraordinarias, por las que he librado tantas obscuras grandes batallas y que habéis retornado a la aventura?

Tú, Paga, infeliz muchachillo, ¿dónde estás? ¿Te acuerdas aún de cuando te hacía tus dos curas por turno, y me decías severamente?:

—¡Hoy la pierna! ¡Sólo la pierna! No es *día de pie.*

XI

Al sargento Lecolle se le distingue por una inmensa barba negra que no consigue hacer hosca la cara más dulce del mundo.

Llegó el día en que estaba muriendo el pequeño Delporte; y apenas salido del negro sueño, le ha bastado abrir los ojos para ver morir a Delporte.

Varias veces he ido a hablarle. Tiene un aspecto tan deshecho, estaba tan triste su larga barba, que le he repetido en todos los tonos:

—Sargento, su herida no es grave.

Otras tantas veces movió la cabeza como diciendo que eso sólo le interesaba a medias, e intentaba cerrar los ojos.

Lecolle es excesivamente nervioso: no ha podido cerrar los ojos y ha visto morir a Delporte, y ha tenido que ver toda la muerte de Delporte, porque cuando uno está herido en el hombro derecho no se puede estar acostado sino sobre el hombro izquierdo.

La sala estaba atestada: no he podido cambiar de sitio al sargento; y, sin embargo, bien hubiera querido que, siquiera, estuviese solo todo el día con su propio dolor.

Ya está mejor Lecolle; mejor sin exuberancia, con una gravedad que conoce y prevé los golpes bruscos de la fortuna.

Lecolle era taquígrafo «en la vida». No estamos ya «en la vida»; pero el buen taquígrafo conserva sus principios. Cuando se le hace la cura, mira atentamente el relojillo que lleva en la muñeca.

Gime a intervalos, y de pronto cesa para decir:

—Hoy, cincuenta segundos para despegar las compresas. Ayer empleó usted setenta y dos segundos.

Por supuesto, ¿no ha sido lo primero que ha dicho depués de la operación?:

—¿Hace el favor? ¿Cuántos minutos he estado durmiendo?

XII

La primera vez que vi a Derancourt fué en la sala contigua a la capilla. Acababan de meter allí a un grupo de mutilados que, tras larga cautividad, regresaban de Alemania.

Eran lo menos cincuenta.

Todos ellos miraban con arrobamiento las paredes, los bancos, el teléfono, todas las cosas

sin importancia de aquella sala de espera; todas aquellas cosas que a la luz de Francia son más bellas—¡tanto!—que en el feroz destierro.

La sala de espera parecía transformada en un museo de desdichas: ciegos, cojos y mancos, paralíticos, rostros destruídos por el hierro y por la pólvora.

Un muchachote obeso decía, levantando con dificultad su brazo deformado:

—¡Les he timado! ¡Ni un momento han dudado de que estaba realmente paralítico! Tengo buena cara, pero es porque nos han enviado ocho días a Constanza para que tuviésemos mejor facha.

Otro, de tipo enjuto y cetrino, se paseaba de un lado para otro, remolcando su pie inerte con una cuerda que corría a lo largo de su pantalón, y riendo decía:

—Ando más con la muñeca que con la pata. Señores, señores, ¿quién quiere tirar del cordón al polichinela?

Todos estaban estrambóticamente vestidos con pedazos de uniformes militares, remendados con trozos de ropas corrientes.

En un banco estaban alineados quince o veinte infelices, que entre todos no tenían más de una docena de piernas...

Allí fué donde divisé a Derancourt. Sostenía las muletas en la mano y miraba en torno suyo, atusándose, distraído, su largo bigote rubio.

Derancourt se hizo amigo mío. Tenía amputado un muslo que no acababa de curarse; y sufría, además, una multitud de heridas que durante su cautividad habían cicatrizado, o poco menos.

Derancourt no hablaba nunca de sí mismo, y menos aún de su infortunio. Supe por sus camaradas que había luchado en Longwy, su pueblo natal, y que había permanecido nueve días gravemente herido en el campo de batalla. Su padre, que había ido a recogerle, había caído muerto a su lado; y Derancourt había estado nueve días y nueve noches tendido junto al cadáver, torturado por un ensueño delirante, por una especie de vértigo, tejido de tinieblas y deslumbramientos. Por las mañanas había chupado las hierbas que podía alcanzar alargando las manos...

Después había sufrido en Alemania; y, por último, volvía a Francia, mutilado, cubierto de llagas, y sabiendo que su mujer y sus hijos estaban en terreno invadido, sin recursos y sin defensa.

De todo esto Derancourt no decía una palabra. Parecía no saber quejarse, y paseaba sobre la aflicción circundante una mirada experta, que hubiese parecido un poco fría a no ser por la vibrante movilidad de sus facciones.

Derancourt no jugaba nunca, apenas reía; apetecía la soledad, y se pasaba largas horas moviendo la cabeza de un lado para otro, contemplando el techo y las paredes, como quien tiene dentro de sí algo que le absorbe...

Llegó un día en que fué necesario operar a Derancourt para que su muñón de muslo pudiera ser algo utilizable.

Le extendieron sobre la mesa. Permanecía tranquilo, dueño de sí, como de ordinario, mirando los preparativos de la operación con una especie de indiferencia.

Le pusieron la compresa de cloroformo en la nariz; aspiró con fuerza dos o tres veces; y

entonces ocurrió una cosa extraordinaria: Derancourt comenzó a sollozar de un modo horrible y a hablar de todo lo que callaba siempre. El dolor, contenido durante meses y meses, se derramaba, estallaba en lamentaciones desesperadas, desesperantes.

No era la desordenada ebriedad, la rebelión muscular, animal, de las personas a quienes se precipita en esa clase de sueño. Era que un leve golpe había hecho derrumbarse aquella voluntad demasiado tensa.

Largos meses se había Derancourt fortificado contra la desesperación; de pronto se entregaba de un golpe, se abandonaba entre lágrimas y desgarradoras frases. Súbitamente se había retirado la ola, descubriendo el horroroso y atormentado fondo de los mares...

Estábamos lavándonos las manos, y nos quedamos inmóviles, atónitos, con la garganta oprimida, conmovidos de tristeza y de respeto.

Entonces alguien dijo:

—¡Pronto! ¡Pronto! ¡Más cloroformo! ¡Acabarle de un golpe, que duerma!

XIII

—No se queda uno paralítico por un agujerillo en la espalda... Le digo a usted que esto no es nada más que esa maldita bala. Pero hay que sacármela, señor doctor. Hay que sacármela, y todo se acabó.

Así habla un zuavo que lleva tres días inerte sobre su lecho.

—Si supiera usted lo fuerte que soy... ¡Mire usted qué brazos! No hay quien me pueda manejando un saco; un voleo, y ¡tras!, a la espalda cien kilos de un golpe...

El médico contempla el musculoso tronco, y su cara expresa compasión, pesar, embarazo y, tal vez, cierto deseo de alejarse...

—Pero esa bala del diablo me impide menear las piernas. Hay que saçármela, señor doctor; ¡hay que sacármela!

El médico pasa la vista por las piernas paralizadas, por el vientre hinchado, sin vida ya; sabe que la bala ha partido la espina dorsal, y

ha cortado el profundo cordón de la médula que llevaba orden y ley a toda esa carne ahora inanimada.

—Opéreme, señor doctor, opéreme. Ya ve usted: con lo sano que estoy, me curaré muy pronto, en seguida.

El médico balbucea vagas razones: ahora no; la operación sería muy expuesta; es mejor aguardar...

—No, no, sin miedo; ¡no tenga miedo! ¡Tengo una salud de hierro! No tenga miedo; la operación resultará perfectamente.

Su rudo rostro está todo contraído por la idea fija. La voz se le dulcifica y adquiere un timbre imprevisto por la ciega confianza y la apremiante imploración. Sus peludas cejas se acercan y se funden, y el alma se tiende en tal esfuerzo, que súbitamente la inmovilidad de las piernas hácese intolerable. ¡Dios! ¡Que se pueda *querer* en grado semejante y no se sea ni siquiera dueño del propio cuerpo!...

—¡Oh! ¡Opéreme! ¡Opéreme usted! Ya verá usted lo contento que me pondré.

El médico retuerce la tela alrededor de la

mano; luego, porque un herido se queja en la sala contigua, se levanta, dice que vuelve en seguida, y se marcha, huye.

XIV

La deliberación entre los dioses enemigos ha sido al pie de la gran escalera.

Acababa de morir un argelino de caballería. Era aquel que en característica postura solía estar en un hangar entre otros magníficos árabes. En aquel tiempo llevaban botas de rojizo cuero y majestuosas capas encarnadas. Se les veía, sentados en círculo, contemplando desde el fondo de sus turbantes la inmensidad del barro regado por el cielo del Artois. Hoy esas gentes llevan el casco ocre, y su silueta es la de guerreros sarracenos.

El argelino acababa de morir de una coz en el vientre, de su gracioso caballo blanco.

En la ambulancia había un enfermo musulmán, especie de rico negociante, que se había alistado voluntario.

¡Oh! Nada había en él que no fuese perfectamente europeo y hasta parisién; pero en su rizada barba gris había una carnosa sonrisa maliciosa y esa mirada peculiar de las gentes que vienen del otro lado del Mediterráneo.

Rachid cumplió como bueno. Supo recordar palabras de su país para cuidar al moribundo; supo prodigar los consuelos que necesitan las gentes de aquella tierra.

Cuando el argelino hubo muerto, él mismo le dispuso el sudario a su manera. Luego encendió un cigarrillo, y se echó a buscar a Monet y a Renaud.

En aquella fecha, la ambulancia carecía, por falta de espacio, de un lugar adecuado para depositar los cadáveres. Quedaban en la capilla del cementerio hasta que la fosa estaba preparada. El cementerio militar se había instalado en el recinto de la iglesia, en medio del mismo cementerio civil, y en pocas semanas lo había invadido como un cáncer, y amenazaba devorarlo.

Rachid había pensado en todo, y por eso buscaba a Monet y a Renaud, sacerdotes católicos, enfermeros de segunda clase.

Los encontró al pie de la gran escalera. Yo estaba apoyado en la barandilla viendo y oyendo el conciliábulo de los dioses enemigos.

Monet era hombre de unos treinta años, con recio mirar sombrío y espesa barba, de la que surgía una pipa. Renaud, un afilado rostro de seminarista, que, por hábito, llevaba siempre un poco inclinado sobre el hombro.

Monet y Renaud escuchaban gravemente, como hombres que deciden en nombre del Padre.

Rachid abogaba por su muerto con sinuosa elocuencia, envuelta en bocanadas de humo.

—No era posible dejar el cuerpo del árabe bajo un furgón azotado por la lluvia... Aquel hombre había muerto en su puesto, por el país... Tenía derecho a todos los honores; y ya era gran privación no poder hacerle los funerales que seguramente le hubieran hecho en su país.

Monet asentía con el gesto. Renaud, con la boca entreabierta, buscaba una fórmula.

Surgió la fórmula, y fué ésta:

—Pues bien, señor Rachid; llévele a la

iglesia, que es la casa de Dios para todo el mundo.

Rachid se inclinó con perfecta deferencia, y volvió a buscar a su muerto.

¡Ah! De todo se ocupó realmente bien. Había tomado a pechos aquel enterramiento. Hizo de familia, de maestro de ceremonias, casi de sacerdote.

Así, pues, el cuerpo del argelino fué expuesto en la capilla, cubierto con la vieja bandera descolorida y con un puñado de crisantemos.

Y allí vinieron a buscarle para enterrarle *en sagrado*, con todos los camaradas.

Monet y Renaud estaban con nosotros cuando fué descendido a la fosa. Rachid representaba con gran dignidad a todos los ausentes. En la mano tenía algo que plantó en la tierra antes de irse. Era esa media luna de madera blanca, clavada en la punta de un palo, que aún se ve entre cruces carcomidas a la sombra del campanario de L...

La misma podredumbre trabaja allí en confundir y reconciliar los viejos emblemas y los viejos dogmas.

XV

Nogue es valeroso, pero es normando, lo cual da al valor una forma peculiar que no excluye la reserva, ni la prudencia, ni la moderación en las formas.

El día en que fué herido sufrió una operación preliminar con innegable calma. Levantándole su brazo roto, le decía yo:

—¿Le duele mucho?—Y apenas separaba los apretados dientes para contestar:

—¡Bueno! ¡*Pue* que sí!

Días después vino la fiebre, y con ella cierto malestar. Nogue no comía, y cuando se le preguntaba si no tenía un poco de apetito, decía moviendo la cabeza:

—¡Bueno! ¡Me *pae* que no!

En suma: tenía el brazo partido muy arriba; la herida tomaba mal cariz; la fiebre era intensa y se convino en que era indispensable tomar una determinación.

—Mi buen Nogue—le dije—, no es posible

hacer nada con ese brazo. Consienta usted en que lo amputemos; sea razonable.

Si hubiésemos esperado su respuesta, Nogue hubiera muerto. Reflejóse en su cara una viva contrariedad, pero ni dijo sí, ni dijo no.

—No tema usted, Nogue. Le garantizo yo el éxito de la operación.

Entonces pidió hacer testamento. Cumplido su deseo, Nogue fué llevado a la mesa y operado sin haber formulado asentimiento ni protesta.

Ya en la primera cura, Nogue quedóse mirando su hombro sangrante, y dijo:

—¿No habían podido tan siquiera dejarle a uno un pedacico de brazo?

Felizmente, todo se arregló bien. A los pocos días el herido pudo sentarse en una butaca. Todo su ser revelaba una verdadera resurrección, pero su lengua permanecía circunspecta.

—¡Vamos, hombre! ¿Ve usted qué bien va todo?

—¡Bueno! ¡Mejor podría andar!

Nunca, ni aun cuando ya estaba todo consumado, consintió en suscribir claramente una decisión a la que debía la vida. Cuando se le

decía: «¡Vamos, ya escapó usted!,» respondía cauto: «¡Quién sabe *entavía!* ¡Quién sabe...!»

Curó, y le enviamos lejos del frente. Nos ha escrito después «para asuntos» letras prudentes que firmaba «Un pobre mutilado...»

XVI

Lapointe y Ropiteau se encuentran siempre en la sala de curas. Ropiteau llega en su camilla, y Lapointe por su pie, con soltura, sosteniendo su codo, que marcha «más bien que mal».

Luego que le han dejado en la mesa y levantado la cura de su muslo, Ropiteau aguarda que se ocupen de él, mirando una mosca de invierno que camina por el techo, como una viejecilla abrumada de pesares.

En cuanto están al aire las heridas de Ropiteau, Lapointe, que es ducho en la materia, inicia la conversación.

—¿Qué es lo que te ponen ahí?

—*Pos* ya ves, nada: alcohol amarillo.

—¡Ese es el más fuerte! Escuece, pero fortifica la carne muy bien. A mí siguen dándome éter.

—¿Apesta el éter?

—¡*Pos* claro que apesta; pero se hace uno! Y luego, que calienta la sangre. ¿Ya no *ties* tubos, tú?

—El martes me quitaron el último.

—Yo tampoco tengo ya tubos. A ver, tú, deja ver. ¿Pica eso?

—¡Si pica!... Como si tuvieras ratas que te mordieran.

—Si tienes como ratas, es que va al pelo. También yo tengo como ratas. ¿No te dan ganas de rascarte?

—Sí, pero m'han dicho que es *mu* malo.

—¡Y tan malo!... Pero lo que sí puedes es dar golpecitos muy chicos con el dedo en la cura. Eso t'alivia.

Lapointe se inclina y contempla las grandes heridas de Ropiteau.

—¡Oye, tú: eso va bueno! Pero que muy bueno. Lo mío también, no te creas. Ahora verás. Está muy colorao; el pellejo está saliendo

muy bien. Pero, chico, es más delgao.., más delgao...

Lapointe se sienta para que le quiten la cura; luego da media vuelta hacia Ropiteau.

--¿Lo ves? Va al pelo.

Ropiteau admira sin reservas:

—¡Y tanto! No hay una herida mejor.

—¡Y si vieras la de porquería que ha salido de aquí!...

En este momento, las pinzas, que van y vienen, tapan las heridas con gasas, y se acabó.

—¡Hasta más ver!—dice Lapointe a su codo, echándole una última mirada. Y añade, mientras sale de la estancia:

—Si no fuera por los cochinos dedos, que no quieren moverse... Pero, ¿a mí qué me se da? Lo tengo todo pensado: seré cartero.

XVII

Bouchentou no era muy comunicativo. Nada sabíamos de su procedencia. De sus proyectos teníamos más datos desde un día en que pre-

sentó a la firma del médico jefe un papel solicitando autorización para abrir un café moro en Medea tan pronto como acabara de curarse... Autorización que el médico jefe no creyó poder darle.

Bouchentou había sufrido largo tormento para conservar un brazo, que había perdido parte del hueso, y del que, a pesar de ello, se esperaba que sirviese para algo. Gritaba como los demás, y su grito era: «¡Mohabdi! ¡Mohabdi!» Cuando veía las pinzas, decía: «No toques con eso», y el resto del tiempo permanecía mudo, con un silencio a medias digno, a medias perezoso. Durante el día vagaba por las salas, sosteniendo con su mano sana el vendado brazo fantasma. Por la noche aprendía a jugar a las damas, porque es un juego grave, callado y que exige reflexión.

Cierto día que Bouchentou, sentado en una silla, aguardaba su turno de cura, el pobre sargento Figuet comenzó a gemir, con voz que no era ya sino sombra de voz, así como su cuerpo ya no era sino sombra de cuerpo.

En aquel momento, Figuet se arrastraba por

la rampa de un calvario, en el que muy pronto había de caer de nuevo para no levantarse nunca más.

Era el naufragio de un valor y una resistencia inverosímiles en una desesperación que nada podía ya dulcificar.

Cuando Figuet comenzó a quejarse, todos, en la sala, aparentaron aplicarse en sus quehaceres y no oírle; porque cuando un hombre de su temple gemía, era como si todo fuese a aniquilarse en un momento.

Bouchentou volvió la cabeza, vió al sargento, asió cuidadosamente con la mano derecha su brazo molusco y echó a andar. Pasito a paso llegóse a la mesa donde el hombre sufría.

Con su corpachón cheposo contraído por la atención, alargaba el cuello, miraba las heridas, el pus, las vendas manchadas, el afilado rostro escualidísimo; y su cara de madera tostada expresaba laboriosamente toda clase de sentimientos.

Bouchentou hizo entonces una cosa bien sencilla: abandonando su brazo inerte, tendió a Figuet la mano diestra, asió las transparentes falanges del moribundo y las estrechó.

El sargento dejó de quejarse. Mientras duró el silencioso gesto, dejó de quejarse y acaso de sufrir. Bouchentou mantuvo allí su mano diestra tan largo rato como fué menester.

Yo lo vi, Bouchentou, hermano mío. No lo olvidaré. Yo vi igualmente cómo colgaba, cómo pesaba, guiñapo sin vida, tu doliente brazo izquierdo, que tuviste que desamparar para tener una mano con que estrechar la de un camarada agonizante.

XVIII

Tener más de cuarenta años, ser un respetable comerciante acreditado en todo el barrio, estar al frente de una próspera tienda de comestibles y recibir dos cascos de granada—uno en la nalga izquierda y otro en la espalda—es una gran desgracia; y, sin embargo, es lo que le sucedió a M. Levy, soldado de infantería territorial.

Nunca tuteé a M. Levy, por su edad y su aspecto respetable; quizá también por conser-

var una autoridad, de la que necesitaba especial y grandemente.

M. Levy no siempre era «buen enfermo». Comenzó ya desde el primer momento por suplicarme que no le tocara por nada del mundo. No le hice caso, y procedí según era menester. Claro es que, entretanto, M. Levy roncaba. Pero luego despertó, lanzó unos cuantos formidables gritos y me estigmatizó con el nombre de «verdugo».—¡Bueno va!

Entoces le enseñé los gordos pedazos de hierro que habían salido, respectivamente, de su nalga y de su espalda. Inmediatamente, los ojos de M. Levy se llenaron de lágrimas, pronunció, conmovido, unas palabras dirigidas a su familia, y, por último, me estrechó las manos con fuerza, diciendo:

—¡Gracias, gracias, querido doctor!

Más tarde, M. Levy sufrió ciertamente. Las mechas, ¡ah las mechas! Y luego los abominables tubos de caucho que se hunden en las heridas... M. Levy, de rodillas prosternado, con la cabeza metida en la almohada, sufrió cotidianamente y durante varios días, sin es-

toicismo, sin resignación. Me oí llamar «asesino», y de nuevo, varias veces, «verdugo».—¡Bueno va!

Pero, como quería que M. Levy curase, le renovaba las mechas y le examinaba cuidadosamente los famosos tubos de caucho.

Así, cada día, acababa por recibir calurosos apretones de manos y por escuchar cómo monsieur Levy decía: «¡Gracias, gracias, querido doctor!»

Por último cesaron los sufrimientos de monsieur Levy, y entonces hubo de atenerse a melindrosas quejas de amante consentida o de niño a quien se reprende. Pero ya nadie le hacía caso. Se convirtió en la alegría de la sala. Sabía reír tan bien en cuanto acababa la cura; era tan naturalmente alegre, tan regocijado, que yo no sabía qué cara poner cuando, refiriéndose a lo pasado, me decía con su mirar, en el que había hombría de bien, fanfarronería, candor y mucha, muchísima malicia.

—¡He sufrido tanto, tanto!

XIX

Ese no es el grave y apuesto moro escapado de un cuento de *Las mil y una noches;* es una especie de pequeño monstruo de frente huída, de pelos revueltos y desagradables.

En la mesa donde está echado grita sin cesar; le duele el vientre, y tiene una cadera completamente tumefacta. ¿Qué decirle? No oye nada ni comprende nada; todo le es extraño en su terror lamentable.

No sabiendo qué hacer, saco un cigarrillo y se lo pongo en la boca. En el acto cambia su expresión. Coge delicadamente el cigarrillo con dos dedos huesudos; es extraordinaria de elegancia aristocrática su manera de tenerlo.

Mientras se acaba la cura, el pobre hombre fuma gravemente, lentamente, con distinción de príncipe oriental; luego arroja el cigarrillo con gesto displicente antes de llegar a la mitad.

Súbitamente vuelve a ser animal; escupe a

mi delantal y me besa la mano como un perro, repitiendo algo que se parece a «¡Buiá! ¡Buiá!»

XX

Gautreau parecía una bestia de carga. Era pesado, macizo, de miembros poderosos y majestuosa facha. Lo que él podía llevar a la espalda hubiera aplastado a un hombre ordinario; tenía espesos huesos; tan recios, que el casco de granada que tropezó con su cráneo sólo abrió una hendidura, y allí quedó, sin ir más lejos. Gautreau llegó solo a la ambulancia, a pie; sentóse en una silla, en un rincón, y dijo:

—No hay prisa; apenas es más que un arañazo.

Se le dió una taza de te con ron. Y se puso a tararear:

En courant par les épeignes
J'métios fait un écourchon,
Et en courant par les épeignes
Et en courant après not' couchon [1].

[1] Corriendo por los rastrojos, me he hecho un arañazo; corriendo por los rastrojos tras nuestro cerdo.

—Eres un hombre, todo un hombre — le dijo el doctor Boussin—. Ven acá, que veamos eso.

Gautreau entró en la sala de operaciones, diciendo:

—¡Saliendo del barro, choca andar en seco! Mírelo usted; apenas si es más que un arañazo. Por más que, a lo mejor, si se encona...

Boussin sondó la herida y notó el hueso hendido. Era un viejo cirujano que tenía sus ideas sobre el dolor y el valor. Y dijo:

—Yo tengo prisa y tú eres un hombre. Tengo que hacerte una cosilla. Ponte ahí de rodillas y estate muy quieto.

Pocos minutos después, Gautreau estaba arrodillado y agarrado a la pata de la mesa. Tenía la cabeza llena de trapos ensangrentados; Boussin, con un escoplo en la mano, le daba en el cráneo pequeños golpes con un martillo, como un escultor.

—Señor Bassin [1], señor Bassin, que me hace daño.

[1] Bassin = Fuente, barreño, palangana, etc.

—No es Bassin; es Boussin—contestaba muy calmoso el viejo médico.

—Sí que será Boussin...

Había un silencio, y Gautreau añadió de pronto:

—Señor Bassin, es que mata esa historia que anda usted haciendo.

—¡No hay cuidado! ¡No hay cuidado!

—¡Señor Bassin, le digo que mata eso!

—¡Un momento aún! ¡Un segundo!

—Señor Bassin, que me está clavando clavos en la cabeza, y eso no está bien...

—Ya se acaba, ya casi está.

—¡Señor Bassin, no aguanto más!

—Ni hace falta; ya está—dijo el cirujano dejando los instrumentos.

Cuando Gautreau tuvo la cabeza empaquetada con algodón, salió de la sala.

—No es que sea malo el viejo — dijo riendo—; pero darle a uno así con un martillo... No es que haga daño..., porque, como hacer, hace poco daño. Pero eso mata; si lo sabré yo...; eso mata, y a mí que no me vengan con historias de ésas.

XXI

En todo el mundo no hay más que un hombre que sepa sostener la pierna de Hourticq: y es Monet.

Hourticq, que es del Mediodía, grita desesperadamente:

—¡Ay mi pierna! ¡Ay mi pierna!

Y su mirada busca ansiosamente alguien que no es su médico, sino Monet, su enfermero. Sea quien sea, el médico siempre hará esas cosas que hacen los médicos. Sólo Monet sabrá coger el talón, el pie luego, con las dos manos, levantar suavemente la pierna y mantenerla en alto todo el tiempo necesario.

Creo que no faltan quienes juzgan risible todo esto. Pero son celosos que envidian el puesto de Monet, y quisieran mostrar que también ellos saben sostener la pierna de Hourticq como es debido. Pero no es mi misión fomentar las ambiciones. En cuanto me traen a Hourticq, llamo a Monet. Y si Monet está ocupado, le es-

pero. Llega, coge la pierna, y Hourticq no vuelve a gritar. A veces pasa tiempo, mucho tiempo; Monet tiene la frente llena de gruesas gotas de sudor. Y, sin embargo, me consta que no cedería su sitio por nada del mundo.

Cuando Masy llegó a la ambulancia, Hourticq, que no es egoísta, le dijo en seguida a media voz:

—¿Lo tuyo es también la pierna? Pues mira: pide que sea Monet el que te la tenga.

XXII

Si Bouchard no se aburriese, no lo pasaría demasiado mal; porque es muy sufrido y tiene buen carácter. Pero se aburre, se aburre, dulcemente, sin quejarse. Está demasiado mal para jugar o charlar. No sabe ya lo que es dormir; sólo sabe contemplar la pared y sus propios pensamientos que se pasean por el muro, lentamente, como orugas.

Por la mañana voy con una sonda; y después de la cura de Bouchard, le pongo la son-

da, porque el pobre no puede satisfacer por sí mismo ciertas funciones.

Un hilillo de turbio líquido cae lentamente en la cubeta. Bouchard se ha puesto las manos cruzadas en la nuca, y mira con una especie de interés.

Mientras la operación se realiza, digo al paciente:

—¿No te he hecho daño? ¿No te molesta demasiado?

Bouchard responde con melancólica sonrisa y moviendo la cabeza.

—¡Cal ¡Ni mucho menos! Si más bien me divierte lo que hace usted. Me distrae un ratillo. Son tan largos los días...

XXIII

Pensamientos de Rufino Prosper.

... ¡Porra y media, y qué mal va uno en este carricoche! Pero, ¿qué? ¿Quién se queja de ese modo? ¡Es tremendo! Y luego es lo que yo digo: nada de esto habría sucedido, sólo con

que la salsa hubiera llegado a tiempo. Por más que es igual: un maldito 77... ¡Ay, Dios! Pero, ¿quién se queja de ese modo? ¡Porra y media, otra sacudida! ¡Bueno! ¡Bueno! ¡Tú, que uno no es de corcho! ¡Tened cuidado, que tengo los riñones hechos polvo!

¡Otra! ¿Qué es esto que me gotea en la nariz? ¡Eh! ¡A ver ese de arriba! ¡Eh, tú, que hay gente debajo! ¿Te estás haciendo tus necesidades, o qué? ¡No contestes, no!, ¿pa qué? Bueno, y a lo mejor esta porquería es sangre.

¡Allá va ese que empieza a chillar otra vez como una fiera! Pero, bueno, ¿será que soy yo quien se queja? ¡Vamos, hombre, si soy yo el que se está quejando! ¡Esta es buena; era yo el que armaba todo este jaleo, y yo sin enterarme! ¡Porra y media, qué raro hace oírse uno chillar así!...

¡Vamos, parece que se para este maldito auto!

¡Otra! ¡El sol! ¿Qué árbol será ése? ¡Ah, sí, un barniz del Japón! ¡Para algo es uno jardinero, amigo! ¡Ay, po... rra! ¡Porra y media, mis riñones! ¡Ay, mis riñones! ¿Qué dirá Felicia de todo esto?

¡Hombre! Ahí va Felicia camino del lavadero. Y hace como que no me ve... Voy a esconderme tras el seto de saúcos. ¡Felicia! ¡Felicia! Tengo un cacho de 77 en los riñones... A mí me gusta más con su justillo azul...

Pero, ¿qué es lo que me estáis metiendo por las narices, vosotros? ¡Huele que apesta! ¡Os digo que apesta! ¡Os digo que me ahogo! ¡Felicia! ¡Felicia! ¡Ponte el justillo azul con lunares blancos, Felicia, rica...! ¡Ay, pero...! ¡Ay, pero...!

¿Qué? ¿Ya las campanas de Pentecostés? ¡Dios mío! ¡Dios mío! Ya las campanas de..., las campanas de..., las campanas de...

XXIV

Le recuerdo muy bien, aunque no fué mucho tiempo de los nuestros. Es más: creo que no podré olvidarle nunca; y, sin embargo, fué tan breve su estancia entre nosotros...

En cuanto llegó le dijeron que había que operarle, y respondió con un movimiento de cabeza, como diciendo: «Eso es cosa vuestra y no mía.»

Fué operado, y apenas recobró el conocimiento, marchó de nuevo, en un ensueño de los ojos, que era como un bello delirio, mudo y altivo.

Su respiración estaba tan empapada en sangre que semejaba un gemido; pero su mirar reflejaba extraña serenidad. Un mirar que nunca estuvo con nosotros.

Varias veces tuve que descubrir y curar sus heridas; y *aquellas heridas debían sufrir*... Sin embargo, hasta el fin pareció extraño a todo, aun a su propio sufrimiento.

XXV

—Entre usted por aquí y podrá verle.

Abro la puerta e introduzco al fornido artillero rubio en la sala donde su hermano acaba de morir.

Levanto la sábana y descubro el rostro del cadáver. Está aún tibia la carne.

El muchachote tiene aspecto de campesino. Sujeta el casco con las dos manos, y contem-

pla los rasgos fraternos con ojos de asombro y de horror. Luego, súbitamente, empieza a gritar:

—¡Pobre Andrés! ¡Pobre Andrés!

Este grito de un hombre rudo es inesperado, y es grande como la voz de los antiguos trágicos al cantar el treno del héroe.

Luego deja caer el casco, se hinca de rodillas junto al lecho fúnebre, rodea con sus manos el rostro del muerto y lo besa dulcemente, dulcemente, largamente, con leve chasquido de los labios, como cuando se besa la manita de un bebé.

Le cojo por un brazo y me le llevo. Su recio corpachón se estremece de sollozos que parecen relinchos; va ciego por las lágrimas y tropieza con todos los muebles. Sólo acierta a lamentarse con entrecortada voz:

—¡Pobre Andrés! ¡Pobre Andrés!

XXVI

La Gloriette está en medio de los pinos.

Levanto una punta de la tela, y allí está.

A pesar de las lívidas placas de la piel, a pe-

sar de la rigidez de las facciones y de la ausencia, sin retorno, de la mirada, es él; es la cara familiar.

¡Cuánto tiempo ha sufrido para tener el derecho de ser, por fin, esa cosa que ya no sufre!

Retiro el sudario. El cuerpo no está aún muy corrompido. Los vendajes están en su sitio, como antes. Y, como antes, he aquí que al separar el paño pienso en la mirada que clavaría en mí en el momento del gran dolor...

Ya no hay mirada, ya no hay dolor, no hay ya ni aun momentos. Sola, sola la inimaginable eternidad...

¿Para quién esa húmeda brisa otoñal que hace ondear la cortina de la puerta? ¿Para quién ese rumor marino de los árboles y esos rayos de claridad, cruzados por el vuelo de un insecto? ¿Para quién ese mugido del cañón que, fundido ya con el paisaje, semeja un rumor más de la Naturaleza? Para mí solo; para mí que estoy aquí solo con el muerto.

El cadáver está aún tan cercano del hombre vivo que no puedo decidirme a *estar solo;* no puedo decidirme a pensar como cuando se está solo.

Y luego, es que, realmente, hemos pasado tantos días esperando, aguardando juntos pacientemente, sufriendo juntos, diré si lo consientes, camarada. Hemos pasado tantos largos días ansiando que se fuera la calentura, escrutando la herida, buscando la profunda causa de tu daño... Ambos temblorosos: tú, de sentir el dolor; yo, de infligírtelo a veces.

Tantos, tantos días hemos pasado; acuérdate, cuerpo sin alma; tantos días de cándido esperar la merecida medalla... Pero para estar en la lista parece que es menester haber dado un ojo o un miembro, y tú... tú has dado la vida de una sola vez. No ha llegado la medalla, porque tarda más que la muerte.

¡Tantos días! Y de nuevo aquí juntos por última vez.

¡Vaya! He venido para cierta tarea. He venido para saber, por fin, ciertas cosas que ahora puede tu cuerpo decirme.

Abro la caja. Como antaño, corto las vendas con las tijeras relucientes. Y estoy a punto de decirte, como antaño: «Si te hago daño, avísame.»

MUERTE DE MERCIER

MERCIER ha muerto, y he visto llorar a su cadáver. No creía que tal cosa fuese posible.

Acababan de lavarle la cara y de peinar su pelo gris.

Le dije:

—Aún no tiene usted cuarenta años, y ya tiene usted el pelo casi blanco, mi pobre Mercier.

—Es que mi vida ha sido muy penosa; he sufrido mucho. ¡He trabajado tanto, tanto! ¡Y he tenido tan poca suerte!...

Su rostro está lleno de dolorosas arrugas; mil decepciones han dejado en él indeleble rastro. ¡Sin embargo, sus ojos sonríen sin cesar; entre sus facciones marchitas los ojos brillan con insigne candor y con tan pura esperanza!

—Usted me salvará, y quizá después seré más afortunado.

Contesto: «Sí.» Y pienso: «¡Ay, no! ¡No!»

Pero de pronto me llama. En torno de sus pupilas sonrientes se hunden unas ojeras terrosas. Su frente está empapada de lívido sudor.

—¡Venga usted, venga!—dice—. Me da una cosa terrible. De seguro voy a morir.

Solícitos nos acercamos al pobre cuerpo inmóvil. Sólo la cara trabaja para traducir la angustia. Apenas si las manos logran agitarse un poco sobre la sábana. La metralla ha separado todo lo demás de los centros vivos.

Nos acercamos solícitos; pero yo siento su corazón que vacila, su boca que hace graves esfuerzos para pedir una gota, siquiera una gota de la inmensa copa del aire.

Poco a poco escapa al tormento. Adivino que su mano hace un movimiento para retener la mía.

—Quédese conmigo — me dice —; tengo miedo...

Me quedo a su lado. El sudor cesa en su frente. La atroz angustia se evapora. De nuevo

penetra el aire en los míseros pulmones. La dulce mirada no ha dejado de sonreír.

—Usted me salvará de todos modos—dice—. Mi vida ha sido demasiado desgraciada para morir ya, ¿verdad, señor?

Le aprieto la mano para darle confianza. He hundido mis dedos en su carne; su sangre ha corrido entre mis dedos; esto basta para ligar entre sí fuertemente a dos hombres.

Parece que ha recobrado la calma por completo. Le hablo de su hermoso país. Mercier era panadero en una aldehuela del Cantal. Yo he pasado por allí, antaño, viajando, en los tiempos de la paz. Recordamos juntos el aroma de los enebros, los días del estío en las verdes laderas, y las fuentes minerales, de maravilloso sabor, que brotan en la montaña.

—¡Oh!—dice—, le veré a usted siempre.

—¿Me verá usted, Mercier?

Es un hombre muy sencillo; procura explicarse, y añade solamente:

—En los ojos..., le veré a usted siempre en los ojos...

¿Qué otra cosa ve ahora? ¿Qué se refleja de pronto en sus ojos?

—Me parece... ¡Oh! Ya está aquí eso otra vez.

Es cierto. La crisis repite. Es terrible. Hagamos lo que hagamos, abate la víctima. Y esta vez somos impotentes...

—Siento que voy a morir—dice.

Los ojos sonrientes suplican aún.

—¡Pero usted me salvará, me salvará!

Le veo ya desfigurado por la muerte. Dice:

—Quédese a mi lado.

¡Sí! Quedaré a tu lado y te estrecharé la mano. ¡No poder hacer más que eso por ti!

Las aletas de la nariz se agitan. Es duro haber sido desgraciado durante cuarenta años y renunciar para siempre al gozo humilde de aspirar el amargo aroma de los enebros...

Los labios se contraen y se distienden poco a poco, tan tristemente. Es duro haber sufrido durante cuarenta años y no poder aliviar la postrera sed con el agua maravillosa de las fuentes que brotan en nuestras montañas...

El sudor, el negro sudor, corre otra vez por

la frente pálida. ¡Oh, qué duro es morir tras cuarenta años de fatiga sin haber enjugado esa frente siempre inclinada sobre la labor!

Es inmenso el sacrificio, y no se puede escoger su hora; es menester resignarse a hacerlo en cuanto suena la voz que lo reclama.

Es menester que el hombre deje su herramienta, y se alce, diciendo solamente: ¡aquí estoy!

¡Oh, qué duro dejar esta vida, hecha toda de trabajo y de dolor!

Los ojos sonríen aún levemente y sonríen hasta el último instante.

Ya no habla. No respira ya. El corazón ha ido tropezando, tropezando; luego ha quedado inerte como un corcel agotado por la carrera.

Mercier ha muerto. Sus pupilas se ensanchan solemnemente sobre un abismo vitroso. Todo ha terminado. Ya no se salvará...

Entonces, de los ojos del muerto, emergen gruesas lágrimas que le corren por las mejillas. Veo crisparse sus facciones para llorar toda la eternidad.

Durante largos minutos, guardo aún la mano del cadáver entre mis manos.

EN VERDUN

FEBRERO-ABRIL, 1916

Subíamos, a marchas forzadas, hacia el Norte, atravesando el país de Francia, semejante a un fúnebre jardín plantado de cruces. No dudábamos ya sobre el destino que se nos reservaba; a diario, desde que llegamos a B***, recibíamos órdenes de apresurar nuestro movimiento en pos de las unidades combatientes del Cuerpo de ejército, el cual se contraía, se replegaba precipitadamente, con la cabeza empeñada ya en plena lucha y la cola serpenteando aún en los caminos a través del campo de batalla del Marne.

Un fin de febrero, húmedo y glacial, con ráfagas de menudo granizo y un cielo furioso, horrible, tumbado panza al suelo. Tumbas por

doquier, uniformemente decorosas, o mejor, reglamentarias, con el escudo tricolor, o negro y blanco, e iniciales. Con frecuencia, anchas hondonadas fangosas, donde las cruces emergían apenas entre los álamos, como gentes que extendiesen los brazos para no sumergirse. Muchos ex pueblos; ruinas humildes, irremediables. Y, sin embargo, sobre ellas, de vez en cuando, barracas héticas, de tablas y tejas, exhalando un humo tenue, encerrando una tímida luz, un intento de recomenzar la vida como antes, en el mismo sitio que antes. Por casualidad, una aldehuela que el terrible ciclón había casi respetado, y que hallábamos hipertrofiada por la afluencia de las poblaciones vecinas.

Más allá de P***, nuestra marcha, entorpecida por la confluencia de convoyes y de tropas, se hizo muy penosa, sin dejar de ser rápida. Las grandes carreteras nos estaban prohibidas por reservarse para las masas militares, que deben ir de prisa, llegar pronto y atacar súbitamente. De todos los puntos del horizonte convergían multitudes disciplinadas, con su

arsenal de cosas formidables rodando entre olor de benzol y de aceite recalentado.

Nuestros convoyes se deslizaban tenazmente a través de tal ordenada baraúnda, y avanzaban. Veíanse en las pendientes de las colinas trepar, como un clan de termites viajeras, primero los camilleros y sus perros, tirando de las carretillas para heridos; luego, las filas de enfermeros, llenos de barro, extenuados; después, los furgones de ambulancia, a los que cada semana de guerra recarga un poco más, y que los caballos arrastraban entre neblinas de sudor.

A veces, todo esto se detenía en un cruce de caminos; y las ambulancias dejaban paso a las cosas presurosas: las que tienen que matar: fornidos morteros grises, arrastrados a toda marcha con un gruñido metálico.

Un alto; un trago de vino aguado por la lluvia; el tiempo justo para ahogarse con un pedazo de «bola» dura..., y en marcha otra vez, a seguir soñando con la próxima parada, con un lugar seco, con una hora de verdadero sueño.

Poco después de C***, empezamos a encontrar emigrantes, lo cual complicó grandemente las cosas, y el espectáculo adquirió ciertas odiosas similitudes con las escenas del principio de la guerra, las escenas de la gran retirada.

A lo largo de carreteras, caminos vecinales y senderos, a campo traviesa, huían de la región de Verdun, evacuada por orden militar.

Miserables rocines perezosos, precarios carricoches, que se hundían hasta los cubos en las desigualdades del camino, arrastraban colchones, edredones, lo indispensable para dormir y para comer, y también alguna jaula donde piaban pájaros. De pueblo en pueblo buscaban un albergue inencontrable; pero no se quejaban; decían solamente:

—¿Vais a Verdun? Nosotros venimos de X***. Nos han obligado a marchar. Cuesta mucho encontrar donde meterse.

Pasaron mujeres. Dos de ellas empujaban un cochecito de niño, en el que dormía la criatura. Había una muy joven y una de avanzada edad. Se levantaban las faldas por el barro. Llevaban

zapatitos de calle, y a cada paso se hundían, como nosotros, en el fango; a veces, hasta media pierna.

Todo el día nos cruzamos con cortejos semejantes. No recuerdo haber visto llorar ni a una de aquellas mujeres; parecían aterradas y terriblemente cansadas.

Entretanto, el estampido del cañón se hacía más amplio y más regular. Todos los caminos que se divisaban en la campiña soportaban por igual su carga de hombres y de máquinas. De cuando en cuando, caballos, reventados de fatiga, se hinchaban al pie de los taludes. Se percibía un gran rumor, compuesto de pasos, de chirridos, de ruido de motores y de una multitud de gentes que hablan y comen andando.

En la linde de un bosque desembocamos súbitamente sobre una altura desde la que se descubría todo el campo de batalla. Era una inmensa extensión de llanos y colinas, manchada por los grises bosques invernales. Largas humaredas de incendios, orientadas por el viento, se acostaban sobre el paisaje. Y otras

humaredas minúsculas, multicolores, brotaban del suelo; por doquiera llovían los proyectiles. Esto no más: humaredas, breves resplandores, visibles en pleno día, y una hilera de globos cautivos, inmóviles y atentos testigos de todas las cosas.

Pero ya bajábamos la pendiente, y los diferentes planos del paisaje se hundían los unos tras los otros. Al pasar un puente, divisé, en un grupo de soldados, a un amigo al que no había visto desde antes de la guerra. Como no podíamos detenernos, anduvo breve rato al lado mío, y consagramos aquellos minutos a recordar antiguas cosas. Luego se fué, y nos abrazamos, aunque nunca lo habíamos hecho en tiempos de la paz.

Cayó la noche. Advirtiendo que era la última etapa larga, reanimamos a los hombres, ya extenuados. En R*** me separé de mi puesto en filas, y me perdí. Quieto en el borde de la carretera, voceaba en medio de la obscuridad... Pasaba la artillería, cubriéndome de fango hasta la cabeza.

Al fin, encontré a los míos, y prosiguió la

caminata a través de los pueblos, iluminados por los fuegos de vivac, que palpitaban castigados por la lluvia, a través de una campiña tenebrosa que, a los resplandores del cañoneo, se veía súbitamente cubierta de una multitud de hombres, de caballos y de instrumentos de guerra.

Era el 27 de febrero. Entre las diez y las once de la noche llegamos a un hospital, instalado en barracones de tablas, y que funcionaba febrilmente. Estábamos en B***, miserable villorrio, sobre el que los alemanes debían arrojar al día siguiente una treintena de monstruosos obuses, que no mataron ni un ratón.

Noche sobre la paja. Colosal ronquido de cincuenta hombres derrengados de fatiga. Luego, el despertar, y otra vez el barro líquido hasta el tobillo.

Nos estaba prohibido el camino real. Con tal motivo hubo una discusión nerviosa, al fin de la cual nos separamos: los coches, en busca de un rodeo por los caminos de tierra; nosotros, los peatones, recorriendo los bordes de la carretera, sobre la que se aglomeraban, en

ambas direcciones, hileras de camiones automóviles, presurosos como vagones de un inmenso tren.

Desde media noche ya sabíamos dónde nos iban a instalar; el barrio de G... ya no estaba sino a una hora de marcha.

A derecha e izquierda del camino habían acampado tropas coloniales de terroso casco. Regresaban de la línea de fuego y aparecían extrañamente silenciosas.

Frente a nosotros, la ciudad medio oculta, llena de crujidos y de ecos. Más allá, las colinas de Meuse, sobre las que se distinguían las casas de las aldeas y el incesante caer de la metralla.

Recorrimos una pradera sembrada de muebles abandonados, de camas, de cajas; una fortuna que semejaba los despojos de un hospital.

Al fin, llegamos a las primeras casas, y nos indicaron el lugar en que se nos esperaba.

*

Había dos pabellones de ladrillos encarnados y unidos entre sí por un corredor de cristales.

El resto del recinto lo ocupaban construcciones de madera. Detrás, huertas, jardines, las primeras casas del barrio. Delante, la tapia de un parque, una pradera, la vía del tren y *la carretera*, la admirable y terrible carretera, que penetra en la ciudad por aquel mismo sitio.

Grupos de heridos leves cojeaban hacia la ambulancia; el incesante movimiento de automóviles conservaba una febril circulación de hormiguero atacado.

Llegábamos a la puerta cuando un médico salía a nuestro encuentro:

—¡Vengan! ¡Vengan! Hay aquí trabajo para un mes.

Era cierto. El olor y los lamentos de varios centenares de heridos nos asaltaron al entrar. La ambulancia número ***, a la que veníamos a relevar, estaba manos a la obra desde la víspera, sin lograr disminuir sensiblemente la tarea. Médicos y enfermeros, con las caras desencajadas por una noche de desesperado trabajar, iban, venían, escogían en el montón de los heridos y curaban dos mientras llegaban veinte.

Mientras llegaba nuestro material, visitamos

los pabellones. Pocos días antes aquello era un departamento de contagiosos. Una desinfección presurosa había dejado el ambiente saturado de vapores de formol que destrozaban la garganta sin conseguir borrar el innoble olor de hombres hacinados. Se les veía a montones en las estancias, en torno de las estufas, echados en los catres de los dormitorios o desplomados sobre las losas del pavimento en los pasillos.

En cada sala del pabellón inferior había treinta o cuarenta, de todas las armas, que dormitaban, gemían y salían de rato en rato para ir penosamente a las letrinas o buscar, con un «cuarto» en la mano, algo que beber.

A medida que avanzábamos en nuestra visita, se agravaba el espectáculo. En las salas del fondo y en el pabellón alto, habían dejado una porción de heridos graves que empezaron a lanzar alaridos en cuanto entramos. Muchos estaban allí desde varios días antes. La brutalidad de los acontecimientos, el relevo de las unidades, la enorme abundancia de trabajo, todo contribuía a crear una de esas situaciones que arrollan e inutilizan las mejores voluntades.

Abríamos una puerta, y al punto los hombres que yacían allí comenzaban a gritar con todas sus fuerzas. Algunos, echados en su camilla en el mismo suelo, nos agarraban las piernas y suplicaban que alguien se acordase de ellos.

Algunos enfermeros, aterrados, se precipitaban al azar; pero no conseguían satisfacer las necesidades de tan vasto sufrimiento. A cada momento sentía yo que me tiraban del capote y escuchaba una voz que me decía:

—¡Estoy aquí hace cuatro días! ¡Hágame la cura, se lo suplico!

Y al contestar que iba a volver al instante, el hombre se echaba a llorar:

—Todos dicen que van a volver y ninguno vuelve...

A veces un hombre torturado por el delirio nos lanzaba al pasar frases incoherentes.

A veces nos acercábamos a un lecho silencioso para ver el aspecto del herido...; pero allí no había ya más que un cadáver.

Cada sala inspeccionada mostraba la misma suprema angustia, exhalaba el mismo aliento de

antisépticos y de excrementos, porque el enfermero no siempre llegaba bastante aprisa, y muchos hombres se abandonaban sin escrúpulo...

Recuerdo una pequeña habitación abandonada y en desorden; sobre la mesa, un tazón con café con leche y pedazos de pan; en el suelo, unas zapatillas de mujer, y en un rincón, objetos de aseo con unos cabellos rubios... Recuerdo un reducto en el que un herido, en plena meningitis, gritaba sin descanso: 27, 28, 29...; 27, 28, 29..., presa de una extraña persecución de los números. Veo una cocina, en la que un soldado desplumaba un pollo blanco... Veo pasearse en el corredor a un suboficial de tiradores argelinos, *cuya venda floja se había escurrido y dejaba descubierto un ojo destrozado. Oigo el estertor de un herido en el cráneo que tenía tapadas boca y narices por un gran borbollón de espuma roja... Y un alemán pelirrojo cuajado de parásitos y pidiendo el orinal* [1].

[1] Lo impreso en cursiva falta en la edición original francesa, por haberlo suprimido la censura. M. Georges Duhamel ha tenido la bondad de facilitar al traductor el texto correspondiente.

Hacia mediodía llegó el médico-jefe, seguido de los camaradas y de nuestros coches.

Reanudé con él la visita a los pabellones mientras desembalaban el material. Yo me había apoderado de una jeringa, y en tanto llegaba la hora del bisturí, me puse a aplicar morfina. La tarea era inmensa y aumentaba a cada minuto. Presurosos, comenzamos a distribuírnosla, a repartir los puestos.

Los gritos del sufrimiento nos ocultaban un formidable cañoneo. Junto a mí, un hombre, al que yo conocía como enérgico y resuelto, decía entre dientes: «¡No! ¡No! Antes todo que la guerra.»

Mas primero era necesario poner orden en el infierno.

*

En pocas horas apareció y reinó aquel orden. Estábamos aniquilados por las jornadas de marcha y las noches de mal dormir; pero los hombres dejaron el saco y se lanzaron a la tarea con un valor silencioso que parecía exaltar los corazones menos generosos. El primer es-

fuerzo duró treinta y seis horas, durante las que cada uno se dió en la medida de sus fuerzas, sin volver a acordarse de sí mismo.

Se habían dispuesto cuatro salas de operaciones. A ellas eran llevados, sin cesar, los heridos; y una voluntad grave y prudente fallaba allí sobre el estado de cada uno, su suerte, su porvenir... Ante la ola desbordante de la tarea, era menester, primero que tomar el bisturí, recogerse profundamente y decidir sobre el sacrificio que aseguraba la vida o daba alguna esperanza de vida. En un segundo de reflexión eficaz era necesario entrever y pesar toda una existencia humana; luego, obrar con método y audacia.

En cuanto un herido salía de la sala, ocupaba otro su lugar; mientras se hacían los preparativos de la operación, íbamos a escoger previamente y clasificar a los pacientes; porque muchos nada necesitaban ya: bogaban más allá de las posibilidades humanas, y ya, sin conciencia, aguardaban sólo los buenos oficios de la muerte.

La palabra *intransportables* había sonado, y

orientaba todo nuestro trabajo. Se evacuaba a los heridos capaces de esperar aún algunas horas los cuidados necesarios y de ir a buscarlos más lejos. Pero al oír los motores de los automóviles, todos querían marchar, y se veían hombres suplicando que se les llevara, y entrar en la agonía a la par que aseguraban encontrarse bastante fuertes para viajar...

Algunos relataban su historia. La mayor parte permanecían silenciosos. Deseaban marchar a otra parte... o, sobre todo, dormir, beber. Las necesidades naturales se sobreponían, y les hacían olvidar el dolor de las heridas. Me acuerdo de un pobrecillo a quien se preguntaba si deseaba algo... Tenía una grave herida en el pecho y esperaba el turno para ser examinado. Respondió tímidamente que desearía orinar; y cuando el enfermero volvió corriendo con la vasija, el hombre había muerto.

La grandeza del deber inmediato nos había distraído completamente de la batalla vecina y del tumultuoso cañoneo.

Pero, al atardecer, formidables estampidos sacudieron furiosamente los pabellones. Un pe-

queño tren blindado había venido a instalarse no lejos de nosotros. De él se veía salir el cuello de un cañón de marina, que, de instante en instante, lanzaba ancha lengua de fuego con estrépito de catástrofe.

Se aceleraba el trabajo en el mismo corazón de la batalla. En los pasillos se habían echado cubas de agua que arrastraban el barro, la sangre, todos los residuos de las salas de operaciones. A los operados se les volvía a los catres, en los que se habían puesto sábanas blancas. Las ventanas abiertas dejaban entrar un aire vivo y puro, y se veía caer la noche sobre los collados de Meuse, poblados de llamaradas y detonaciones.

De cuando en cuando, un herido nos traía noticias recientes de la batalla. Contaba, entre gemidos, el increíble bombardeo, la obstinada resistencia, los contraataques en pleno vendaval.

Todos aquellos hombres sencillos terminaban su relato con las mismas palabras, sorprendentes en tal hora de angustia:

—Ahora, ya no pueden pasar...

Y tornaban a gemir.

Durante las más duras semanas de la batalla, fué de boca de aquellos desgraciados de donde, entre quejidos dolorosos, recogimos las más extraordinarias frases de confianza, de esperanza.

Toda la primera noche duró el vertiginoso apresurarse. La mañana nos encontró frente a una labor enorme aún, pero ya clasificada, dividida, medio resuelta.

Un general vino a girar visita. Parecía preocupado.

—Este sitio está marcado—me dijo—. Con tal que no tengan ustedes que trabajar sobre ustedes mismos... Seguramente serán bombardeados a mediodía...

Ya no nos acordábamos de esta profecía, cuando se realizó.

Hacia el mediodía, agudos silbidos rasgaron el aire, y en el recinto de la ambulancia cayó una decena de obuses, perforando uno de los pabellones, pero sin tocar a las personas. Fué el comienzo de un bombardeo irregular y continuo, o poco menos, que, sin estar, de cierto,

dirigido especialmente contra nosotros, nos amenazaba sin cesar.

No había sótanos. Las frágiles paredes solamente. El trabajo prosiguió.

Al tercer día hubo una breve calma que nos permitió perfeccionar nuestra organización.

El enemigo abrumaba la ciudad y las líneas de fuego con un bombardeo incesante. Como nuestra artillería contestaba con igual encono de furiosas salvas, se alzó en torno nuestro una especie de muralla rugiente que nos daba una sensación de defensa...; lo cierto es que la afluencia de heridos decreció. Acabábamos de recibir hombres que habían combatido en campo raso, como en los primeros días de la guerra, pero bajo un huracán de proyectiles reservados hasta entonces a la destrucción de fortalezas. Nuestro camarada D... llegaba del campo de batalla, a pie, lívido, sosteniendo su codo triturado. Tartamudeaba una historia trágica: su regimiento había resistido a pie firme contra una avalancha de fuego; millares de enormes obuses habían caído en una estrecha barranca, y había visto miembros colgados de

setos y zarzas; una feroz dispersión de cuerpos humanos. Los hombres habían permanecido en su puesto, y luego se habían batido....

Al cuarto de hora de llegar, D..., repuesto, confortado, examinaba, sobre la mesa de operaciones, la ancha herida de su brazo, y hablaba con nosotros pausadamente de su desbaratado porvenir.

Al atardecer de aquel día pudimos salir del pabellón y respirar algunos minutos aire limpio.

Como en otros lugares el silencio, imperaba allí el ruido. Ocupaba el espacio hasta las nubes. Nos impregnaba y casi nos emborrachaba...; quince o veinte de esos globos cautivos que los soldados llaman «salchichas» formaban un semicírculo aéreo, y vigilaban.

Del otro lado de las colinas, vigilaban igualmente los globos alemanes, en la neblina cárdena, hacia oriente.

Llegó la noche, y los globos permanecieron fieles en su puesto; nosotros estábamos en el centro de un circo de fuego tejido por los resplandores del cañoneo; sin embargo, al sudoeste se abría negra brecha, y se sentía allí como

un corredor libre hacia el interior del país y hacia el silencio.

A unos centenares de metros de nosotros, una plazoleta, enfilada constantemente por el enemigo, retumbaba al choque de los obuses, que golpeaban el suelo con violencia, como martillos. Solíamos encontrar a nuestros pies los trozos de acero calientes aún, y que, a veces, en la sombra, parecían ligeramente fosforescentes.

*

Desde aquel día, una hábil combinación de nuestras horas y de nuestros medios nos permitió disfrutar, por turno, de algunos instantes de reposo. Por cien razones, sin embargo, el sueño era para mí imposible, y durante varias semanas olvidé lo que es dormir.

Cuando de tiempo en tiempo me retiraba a la habitación que había sido designada para mi amigo V... y para mí, me echaba en la cama, presa de una fatiga próxima al desvarío; pero el continuo sonar de almadreñas y zapatos en el pasillo mantenía en vigilia el espíritu y

abiertos los ojos. Por ráfagas resonaba el coro de los heridos; en las salas vecinas había siempre heridos del cráneo, a quienes la meningitis arrancaba monótonos aullidos; allí estaban los heridos del vientre, que, atormentados por la sed, bramaban quejas para obtener la imposible bebida; allí estaban también los heridos del pecho, sacudidos por una tos baja, llena de sangre, y todos los que gemían en espera de un inasequible reposo...

Entonces me levantaba y volvía a trabajar, siempre con el gran temor de no tener ya, por exceso de fatiga, la vista bastante firme y la mano bastante pronta ante el terrible deber.

De noche, sobre todo, el bombardeo se reanudaba por borrascas.

El aire, herido por los proyectiles, maullaba como un gato furioso; las detonaciones se acercaban, luego se alejaban metódicamente, como pasos de un gigante que hubiese montado la guardia en torno de nosotros, encima de nosotros, sobre nosotros.

Todas las mañanas aprovechaban los enfermeros un instante de reposo para correr a ins-

peccionar los nuevos *embudos* y desenterrar las espoletas de los obuses... Yo meditaba la simpática frase del médico auxiliar M..., al que habíamos operado una herida en la cabeza, y que me había dicho, cuando le volvía a su cama y mientras oíamos los cercanos estampidos:

—Las marmitas. ¡Esas yerran siempre el golpe!

Mas para muchos heridos aquel estrépito incesante era irresistible. Llorando nos suplicaban que los trasladásemos a otra parte: pero, precisamente, los teníamos allí porque su estado exigía una quietud absoluta; así, teníamos que consolarlos y que desoír sus súplicas, a pesar de todo. Algunos, abrumados de fatiga, dormían todo el día. Otros mostraban extraordinaria flema, acaso impregnada de incipiente delirio, como aquel herido de abdomen al que atendía yo una mañana y que, como yo volviese la cabeza al ruido de una explosión que removía todo el campo inmediato, me explicó tranquilamente que «aquellos chismes no eran peligrosos».

Cierta noche vi llegar corriendo un gendarme con la cara ensangrentada.

Agitaba una linterna que le servía para regular la circulación de carruajes, y se empeñaba en repetir cándidamente que al enemigo le había sido señalado su farol y le había cubierto de metralla. En realidad, no tenía más que leves rasguños. Se marchó lavado y curado, pero para volver al día siguiente, esta vez muerto de un grueso casco de granada que le había penetrado por un ojo.

Había una *sala de entradas*, donde se hacía el apartado. Diez veces al día se creía haberla vaciado, haber agotado aquel depósito de dolor; pero cada vez se la encontraba llena de nuevo, y como pavimentada de camillas fangosas, en las que alentaban y aguardaban hombres.

Frente a esta antecámara, la *sala de evacuación*. Parecía menos lúgubre, aunque estaba tan desnuda y no más clara que la otra; pero en ella los heridos estaban limpios, operados, vendados de blanco, confortados con bebidas calientes y con toda clase de esperanzas, porque

ya habían escapado a las primeras selecciones de la muerte.

Entre ambas salas, un escribiente vivía en la corriente de aire, presa de una montaña de papeles indispensable y embrutecedora.

Al principio, el mismo hombre permaneció, durante tres días y tres noches, anclado a tan ingrata tarea, hasta el momento en que, al fin, se le vió con la cara descompuesta, casi loco, de poner, sin descanso, a cada dolor un nombre y una cifra.

*

Los primeros días de marzo fueron frescos, con alternativas de nieve y de sol. Cuando el aire estaba puro, oíamos vibrar la vida de los aviones y resonar sus combates. La seca pulsación de las ametralladoras, el tiro incesante de los shrapnells, formaban sobre nosotros como una cúpula crepitante. Los aeroplanos alemanes abrumaban nuestros contornos con bombas, que silbaban largamente antes de destrozar el suelo o las casas. Una de ellas cayó a pocos pasos de la sala en que operaba yo a un herido

del cráneo. Me acuerdo de la breve mirada que lancé hacia afuera, y de los gritos y de la huída a todo correr de los hombres en la calle.

Una mañana vi un avión que cruzaba las colinas de Meuse, arrastrar súbitamente tras de sí, como un cometa, una espesa cola de humo negro, y luego caer a pico con una bella llama clara, brillante a pesar del sol. Y yo pensaba en los dos hombres que estaban viviendo aquella caída.

La situación militar mejoraba de día en día; pero no cesaba el rigor de la batalla. Los «calibres» que el enemigo empleaba para la destrucción de los hombres, hacían heridas horrorosas; más crueles, seguramente, en su conjunto, que aquellas cuyo espanto habíamos visto durante los veinte primeros meses de una guerra que fué impía desde antes de nacer. Todos los médicos pudieron advertir el atroz éxito logrado en tiempo tan breve por el perfeccionamiento de las balas dilacerantes. Y nosotros admirábamos amargamente que el hombre pudiera aventurar su frágil organismo a través de las deflagraciones de una química apenas disci-

plinada que alcanza y aun sobrepasa en brutalidad a las ciegas fuerzas de la Naturaleza. Admirábamos, amargamente, que una carne tan delicada, amasada con armonía, creadora de armonía, soportara, sin disgregarse al punto, choques tales, y tales destrozos...

Muchos hombres nos llegaban con uno o con varios miembros completamente arrancados, y llegaban vivos aún... Algunos traían no una, sino, a veces, treinta, cuarenta heridas, y aún más. Examinábamos cada cuerpo con método, e íbamos de triste descubrimiento en triste descubrimiento. Nos hacían recordar a esos navíos desamparados que por doquiera hacen agua. Y precisamente porque despojos semejantes parecían destinados a hundirse sin remedio, nos aferrábamos a ellos con la tenaz esperanza de conducirlos, acaso, a puerto y volverlos a flote.

En los momentos de aglomeración era imposible desnudar y limpiar debidamente a los hombres antes de conducirlos a la sala de operaciones. Y entonces, el problema consistía en aislar, en lo posible, la obra del bisturí del ba-

rro, de la grasa, de la miseria circundantes. He visto yo soldados cubiertos de tal cantidad de piojos, que todas las vendas estaban llenas hasta las mismas heridas. Los infelices se disculpaban, como si aquella infección les hubiese sido imputable...

En momentos tales, los pacientes se sucedían tan de prisa, que no conocíamos de ellos más que la herida; el hombre tornaba a marchar, aún sumido en el sueño; habíamos tomado por él toda clase de decisiones sin, por decirlo así, haber oído su voz ni mirado su cara.

Para evitar la aglomeración invencible, se evacuaba rápidamente a todos los operados no sujetos a la amenaza de complicaciones. Llenábanse de heridos automóviles que se sucedían sin interrupción delante de la puerta. Algunos volvían a poco acribillados de cascos; el conductor no había tenido la suerte de pasar entre los obuses, y con frecuencia él mismo estaba también herido. Otro tanto solía acontecer a los camilleros que circulaban por el camino; les llegaba su vez, y regresaban conducidos en sus mismas parihuelas.

Una noche se dió la *alerta de gas*. Llegaban bocanadas de viento que arrastraban un acre olor. Se puso, por precaución, a todos los heridos, la careta y las gafas. Colgamos aquellos artefactos en la cabecera de las camas de los agonizantes..., y esperamos. La ola, felizmente, no llegó por completo hasta nosotros.

Aquella noche nos trajeron un soldado que tenía varias heridas causadas por un «obús de gas». Tenía los ojos completamente hundidos bajo los párpados tumefactos. Su ropa estaba tan profundamente impregnada por el veneno, que a todos nos acometió la tos y se nos saltaron las lágrimas; en la sala persistió bastante tiempo un penetrante olor de ajos y de éter amílico.

Siempre hay una porción de cosas imprevistas, y durante aquella alarma yo pensaba en los operados sumidos en el sueño clorofórmico, y a los que sería necesario dejar despertarse para ponerles, sin perder momento, la careta, porque si no...

*

Bueno; pues en medio de aquella increíble tragedia, no estaba completamente extinguida la risa. Es ésta, quizá, una de las particularidades o de las grandezas de nuestra raza; es, sin duda, más generalmente, una imperiosa necesidad de la humanidad entera.

Algunos heridos ponían su orgullo en chancear, y lo hacían con frases a las que las circunstancias prestaban un pintoresco, conmovedor. Y ello nos arrancaba una risa que semejaba bastante a la emoción de las lágrimas.

En la sala de apartado vi cierta mañana a un hombretón, gordo y rizado, que había perdido un pie y tenía heridas y fracturas de todas clases en ambas piernas. Todo aquello, mejor o peor vendado con su misma ropa, en el fondo de la camilla, cubierta de sangre. Contemplaba yo aquel cuadro, y llamaba a los camilleros, cuando el hombre se incorporó sobre un codo, y me dijo:

—¿Me da usted un pitillo?

Y se puso a fumar, contando cuchufletas y sonriendo tan fresco. Se le amputó un muslo; y en cuanto se despertó, reclamó otro cigarri-

llo, y estuvo haciendo reír a todos los enfermeros.

Al dejarle, pregunté a aquel hombre extraordinario cuál era su profesión, y me contestó modestamente:

—Estoy empleado en la Compañía de Vichy.

Sobre todo, los enfermeros, gentes sencillas casi siempre, experimentaban en el colmo de la fatiga una necesidad de reír, que buscaba pretexto para ello en la menor cosa, y principalmente en el peligro.

Uno de ellos, llamado Tailleur, especie de payaso, con aspecto de ayudante de verdugo, exclamaba en cuanto sonaban las primeras explosiones de una ráfaga de obuses:

—¡Agua va! ¡Cabeza 'e corcho! ¡Preparar las espuertas para recoger lo que quede! ¡Que viene el terremoto!

Y toda mi gente se echaba a reír. Yo no me atrevía a reprenderles porque sus caras estaban casi descompuestas por el cansancio, y porque aquel instante de lúgubre alegría siquiera les impedía dormirse de pie.

Aquel mismo Tailleur, cuando las explosio-

nes se acercaban demasiado, no podía menos de exclamar:

—¡Yo me voy fuera! Lo que es a mí no me descalabra un ladrillo.

Yo le miraba sonriendo, y él repetía: «Lo que es yo, me voy fuera», mientras continuaba arrollando cuidadosamente las vendas, cosa que hacía con gran destreza.

Su mezcla de terror y de fanfarronería nos proporcionaba una comedia continua. Una noche cayó una granada de los bolsillos de un herido. A pesar de estar prohibido, Tailleur, que ignoraba por completo el manejo de tales aparatos, no supo privarse de manosearlo largamente, con curiosidad e inquietud graciosas.

Un día, unos cascos de obús mataron en la porqueriza uno de los cerdos destinados a nuestra alimentación. Nos lo comimos; y como un enfermo encontrase pedazos de metal en su plato, ello dió ocasión para abundantes chanzas.

Durante quince días fué imposible salir de la ambulancia. Nuestro paseo más largo era llegar hasta el terreno baldío donde se había establecido un cementerio, amenazado por la la-

bor de los obuses. Aquel cementerio ocupaba una extensión considerable. Como son necesarias ocho horas para que un hombre cave la tumba de otro hombre, todo el día tenía que estar cavando un numeroso equipo para que cada cadáver tuviese dispuesto su sitio.

A veces, pasábamos por la barraca de madera en que se había instalado el depósito de cadáveres. Duval, el más viejo de nuestros enfermeros, trabajaba allí todo el día, cosiendo sudarios de tela gruesa, sentado delante de todos «sus muertos».

Los cadáveres estaban en el suelo, alineados unos junto a otros, cuidadosamente amortajados, con los pies juntos y las manos cruzadas sobre el pecho, cuando aún tenían manos y pies... Duval se ocupaba también de los despojos humanos y se cuidaba de darles una sepultura decorosa.

Así, nosotros no estábamos allí solamente para asistir a los vivos, sino también para honrar a los muertos. El cuidado de lo que pomposamente se llama su «sucesión» incumbía a S..., nuestro administrador. El recogía en un

saquito de tela todos los papeles y objetos menudos pertenecientes a las víctimas. Jornadas y vigilias consumía en una fúnebre burocracia, inevitable aun bajo el fuego enemigo. Por cierto que su tarea no estaba exenta de ciertas dificultades morales, como cuando encontró en los bolsillos de un cadáver una carta de mujer que era absolutamente imposible enviar a la familia; y, otra vez, una colección de canciones tales, que, luego de celebrar conciliábulo, se decidió quemarlas...

¡Purifiquemos la memoria de los mártires!

*

Tuvimos que asistir a varios heridos alemanes. Uno de ellos, al que tuve que cortar un muslo, me prodigó en su idioma toda clase de palabras de agradecimiento. Había estado seis días tendido sobre una explanada, barrida sin cesar por la artillería, y consideraba con estupor su vuelta a la vida y los cuidados de que se veía objeto.

Otro, que tenía un brazo roto, nos importu-

nó por su prodigiosa suciedad. Antes de dormirle hice sacarle de su boca una dentadura postiza, que confesó no haberse sacado desde hacía varios meses, y que despedía un hedor inaguantable.

También me acuerdo de un rubito, de apariencia bastante fría, que de repente me dijo «adiós», poniendo un hociquito parecido al de un niño que va a llorar.

El intérprete del cuartel general, mi amigo C..., venía a visitarlos a todos en cuanto volvían en sí, y les interrogaba con plácida paciencia, confrontando todas sus declaraciones para sacar en limpio algún indicio cierto.

*

Y, de este modo, días y noches transcurrían en medio de un trabajo incesante, bajo una amenaza continua, y entre una fatiga general, que iba creciendo y prestaba a todas las cosas los aspectos y la consistencia que tienen durante la pesadilla.

La misma monotonía de aquella existencia

estaba amasada con mil detalles dramáticos, cada uno de los cuales hubiese sido un acontecimiento en la vida normal. Como a través de la neblina de los sueños, rememoro aquel ordenanza de un capitán, sollozando a la cabecera del moribundo y cubriendo sus manos de besos. Aún oigo a aquel muchachito desangrado decirme con voz suplicante: «¡Sálveme, doctor, sálveme, por mi madre!...», y pienso que hay que haber oído frases como ésa en sitios como aquél para comprenderlas bien; pienso que hay que hacerse todos los días una idea más exacta, más estricta, más patética del sufrimiento y de la muerte.

Un domingo, por la noche, se reanudó el bombardeo con gran violencia. Acabábamos de terminar con el general S..., que fumaba en su camilla y charlaba con alegre tranquilidad; yo me disponía a operar a un soldado de infantería que tenía en los brazos y en los muslos anchas y profundas heridas. Súbitamente surgió un gran rumor. Una ráfaga de obuses caía sobre el hospital. Oí un estrépito de derrumbamiento que sacudió violentamente pavimentos

y paredes; luego, pasos precipitados y gritos en el pasillo.

Miré dormir al hombre con sus largas inspiraciones broncas, y casi envidié su olvido de todas las cosas, la disolución de su ser en una tenebrosa mansión tan cercana de la muerte libertadora. Acabado mi trabajo, salí a ver los destrozos.

Había caído un obús en una esquina del pabellón, derribando las ventanas de tres salas, proyectando piedras en todos sentidos y acribillando con enormes cascos techos y paredes. Los heridos gemían entre oleadas de humo acre. Estaban echados tan cerca del suelo, que sólo les habían caído desconchaduras y pedazos de vidrio; pero la conmoción fué tal, que casi todos murieron en la hora siguiente.

Al día siguiente se decidió cambiarnos de sitio, y nos dispusimos a trasladar nuestros heridos y nuestra ambulancia un poco más lejos.

Lucía una mañana purísima. Ante nosotros, la amplia carretera estaba cubierta de hombres que los automóviles depositaban por paquetes, de segundo en segundo. Estábamos terminan-

do las últimas operaciones, y de cuando en cuando contemplábamos aquellos hombres reunidos al sol sobre las eminencias y en las hondonadas.

Hacia la una de la tarde fustigó el aire el silbido de las «marmitas», y en el montón de hombres reunidos cayeron algunos obuses. A través del humo ocre, los vimos apartarse e ir a tenderse un poco más allá en el mismo campo. Muchos ni se movieron. Unos camilleros llegaron en seguida, atravesando la pradera, y nos trajeron dos muertos y nueve heridos, que fueron colocados sobre las mesas de operaciones.

Mientras les atendíamos, en la hora siguiente, mirábamos con angustia los grupos, cada vez más densos, de los hombres que habían quedado allí, lejos, y nos preguntábamos si no marcharían pronto. Pero allí continuaban: y de nuevo escuchamos, sordamente, los disparos; luego, el silbar por encima de nuestras cabezas y las explosiones de una docena de obuses que caían sobre los hombres. Aglomerados en las ventanas, asistimos a la matanza y esperamos

que nos trajeran las víctimas. Mi camarada M... me hizo fijarme en un soldado que subía corriendo por la verde pendiente, al otro lado de la carretera, y al que los obuses parecían perseguir...

Fueron los últimos heridos que recibimos en el barrio de G... Tres horas después reanudamos, un poco más lejos, la misma existencia, la misma labor, y ello durante varias semanas aún...

Así seguimos hasta el día en que, conducidos a nuestra vez por los automóviles de la gran carretera, nos vimos depositados a la orilla de un hermoso río, en una aldea en la que había árboles en flor y en la que, al día siguiente, muy de mañana, nos despertaron el sonar de las campanas y la voz de las mujeres...

EL SACRIFICIO

Habíamos hecho abrir todas las ventanas. Los heridos podían divisar desde sus lechos, a través de las ondas danzarinas del calor, las alturas de Berru y de Nogent-l'Abbesse, las torres de la catedral, sentada aún como un león agonizante en el centro de la llanada de Reims, y las líneas gredosas de las trincheras que despedazaban el paisaje.

Sentíase gravitar sobre el campo de batalla una especie de pesadez entorpecedora. De raro en raro, en la inmóvil lejanía, se elevaba recta una columna de humo, y, poco después, nos llegaba la detonación como perdida, avergonzada de ultrajar el radiante silencio.

Era uno de los hermosos días del verano

de 1915, uno de aquellos días en que la soberana indiferencia de la Naturaleza hacía sentir con mayor crueldad la pesadumbre de la guerra; en que la belleza del cielo desmiente la angustia de los corazones.

Habíamos terminado nuestro servicio matutino, cuando, ante la escalera exterior, se detuvo un automóvil.

—¡Médico de guardia!

Descendí las escaleras. El mecánico me explicaba:

—Hay tres heridos leves que continúan más allá. Y hay varios heridos graves.

Había abierto la trasera de su coche. En un lado dormitaban, sentados, tres soldados. En el otro se veían camillas y los pies de los hombres tendidos. Entonces, del fondo del coche, salió una voz baja, grave, tremante, que decía:

—Yo, señor, soy un herido grave.

Era, más que un hombre, un adolescente. Pelusa de bozo en la barbilla, nariz aguileña bien dibujada, ojos oscuros que, por la extrema debilidad, parecían enormes, y la tez gris mate de las personas que han perdido mucha sangre.

—¡Oh! ¡Qué cansado estoy!—dijo.

Iba cogido con las dos manos a la camilla mientras le subían por la escalera. Alzó un poco la cabeza, dirigió una mirada a las verdes praderas, a las bellas colinas, al abrasado horizonte; una mirada llena de asombro, de pena honda, de abandono. Y de pronto, se halló dentro de la casa...

Y aquí empieza la historia de Gaston Leglise. Harto humilde y harto triste historia; pero, decidme, ¿hay ahora en el mundo historias que no sean tristes?

La contaré, día por día, tal como la hemos vivido y como se ha grabado en mi recuerdo; tal como está grabada en tu recuerdo y en tu carne, ¿verdad, Leglise, amigo mío?

*

Respirar una gota de cloroformo ha sido suficiente para que Leglise caiga en el acto en un sueño vecino de la muerte.

—Démonos prisa — me ha dicho el médico-jefe—; este pobrecito se va a quedar en la mesa.

Luego ha movido la cabeza, añadiendo:

—¡Dos rodillas! ¡Dos rodillas! ¡Qué porvenir!

Penosa cosa llevar a cuestas el fardo de la experiencia. Penosa cosa siempre tener memoria bastante para discernir el futuro.

Los cascos menudos de granada hacen mínimas heridas en las piernas de un hombre; pero por estos menudos agujeros pueden penetrar grandes calamidades, y la rodilla es un prodigio tan complicado, tan delicado...

El cabo Leglise está ya en la cama. Respira con esfuerzo y a golpes, como cuando uno acaba de sollozar. Pasea la mirada lentamente en torno suyo, y no tiene aspecto de haberse decidido a vivir. Contempla el frasco de suero, los tubos, las agujas, todo el aparato puesto en juego para reanimar su corazón vacilante, y parece estar muy apenado. Quisiera beber, y aún no se le permite; quisiera dormir, pero el sueño se niega a quienes más lo necesitan; quisiera, acaso, morir, y nosotros no queremos.

Vuelve a su imaginación el puesto de escucha en que ha pasado la noche en la primera fila de todos los soldados. Vuelve a su imagi-

nación la estrecha puerta bordeada de sacos de tierra, por la que salió al despuntar la aurora para respirar el aire fresco y contemplar el cielo desde el fondo de la trinchera. Todo estaba en silencio y la aurora estival era dulce hasta en la profundidad de la trinchera. Alguno, sin embargo, velaba y acechaba el ínfimo rumor de sus pasos. Una mano invisible lanzó una bomba. Presto, quiso volver a pasar la puerta; pero se había echado el saco a la espalda, y se encontró preso entre las jambas como una rata en el cepo. Rasgó el aire la detonación, y sus piernas fueron desgarradas como el aire puro, como la mañana estival, como el bello silencio.

*

Pasan los días, y de nuevo la sangre, circulando, hace saltar los vasos del cuello, colorea finamente la boca, devuelve a la mirada profundidad y brillo.

La muerte, que se había extendido por todo el cuerpo como sobre país conquistado, se ha retirado, cediendo terreno poco a poco; pero

hela cómo se detiene, cómo se aferra a las piernas, cómo ya no quiere soltarlas, cómo reclama su parte en el botín, cómo no está dispuesta a perder toda su presa.

Nosotros le disputamos la parte que ha escogido. El herido mira nuestros trabajos y nuestros esfuerzos como un pobre que ha depositado su causa en manos del caballero y que no puede ser sino espectador del torneo: orar y aguardar.

*

Va a haber que dar su parte al monstruo: va a haber que ceder una de las piernas. Pero ahora ha empezado otra lucha: ésta, con el hombre. Varias veces al día vengo a sentarme junto a su cama. Todos nuestros intentos de conversación fracasan sucesivamente. Invariablemente tornamos al silencio y a la misma preocupación. Hoy me ha dicho Leglise:

—¡Eh! Bien sé en qué piensa usted...

Como yo no le contestaba, ha suplicado:

—Quizá sea mejor esperar un poco aún... Quizá mañana estaré mejor...

Luego, de pronto, avergonzado:

—¡Perdóneme! ¡Tengo confianza en todos ustedes! Sé que hacen lo que hay que hacer. Pero tal vez dentro de dos o tres días no sea demasiado tarde...

¡Dos o tres días! Veremos mañana...

Las noches son horriblemente calurosas. Sufro en ellas por él. Por la noche voy a verle por última vez y le animo a dormir. Pero su mirada está abierta de par en par en la noche, y siento que busca la mía con ansiedad.

La fiebre hace jadear su voz.

—¿Cómo quiere usted que duerma con todas las cosas que estoy pensando?

Y luego, más bajo, añade:

—Entonces, ¿usted lo quiere? ¿Lo quiere usted?

La obscuridad me da ánimos, y con la cabeza hago el signo que dice: ¡Sí!

*

Mientras acabo de curarle le he hablado desde el fondo de mi corazón:

—Leglise, te dormiremos mañana. Así se examinará eso sin que sufras, y se hará lo que haya que hacer.

Ya sé que la cortarán ustedes...

—Haremos lo que haya que hacer.

Adivino que las comisuras de su boca se han hundido y tiemblan un poco. Y piensa en voz alta:

—Si al menos la otra pierna estuviese sana...

También yo lo pensaba; pero simulé no haberle oído. ¿No tenemos bastante pena para hoy?

He estado un largo rato por la tarde cosiendo pedazos de tela impermeable. Me ha preguntado:

—¿Qué está usted haciendo?

—Una careta para dormirte con éter.

—Se lo agradezco. ¡Me molesta tanto el olor del cloroformo!...

Contesto: «Pues precisamente por eso.» La verdad es que no sabemos si en el estado en que se encuentra podría soportar el brutal cloroformo.

*

Esta mañana se ha cortado, por el muslo, la pierna de Leglise. Estaba aún dormido cuando le hemos trasladado a la cámara obscura para examinar la otra pierna con los rayos X.

Ya comenzaba a quejarse y a abrir los ojos, y el radiógrafo se daba poca prisa. He hecho todo lo posible para apresurar las operaciones y le he conducido a su cama. Así ha vuelto en sí en plena luz del sol. El que, una vez más, acaba de acercarse tanto a la región de las tinieblas, ¿qué habría pensado si hubiese recobrado el sentido en una obscuridad poblada de sombras, de cuchicheos, de chispas y de resplandores fulgurantes?

En cuanto ha podido hablar ha dicho:

—¿Me han cortado la pierna?

He contestado con un gesto. Sus ojos se han llenado de agua, y como tenía la cabeza en bajo, sus gruesas lágrimas le han rodado hasta las orejas.

*

Hoy está más tranquilo. Las primeras curas han sido dolorosísimas. El pobre miraba el mu-

ñón rezumante, sangrante, agitado por sacudimientos, y repetía:

—No tiene nada de bonito, ni pizca de bonito.

Hemos tomado tantas precauciones, que ahora está en calma para algunas horas.

—Estás propuesto para la medalla militar— le ha dicho el médico-jefe.

En la intimidad me ha confiado Leglise, titubeando:

—La medalla... Quizá no quieran dármela...

—¿Por qué lo dices?

—Me habían castigado; a uno de mis hombres le faltaban botones en el capote.

¡Oh!, amigo mío, escrupulosa criatura, ¿podría yo seguir amando a las gentes de nuestro país si se acordasen un solo instante de tales desdichados botones?

Dice gravemente: «¡mis hombres!» Entonces contemplo su pecho angosto, su cara menuda, su frente pueril, surcada por el pliegue grave que acepta todas las responsabilidades, y no sé cómo atestiguarle mi amistad, mi respeto.

*

No eran fundados los temores de Leglise... Hace un momento ha venido el general G... Le he encontrado en la terraza. Su rostro me ha satisfecho: un rostro fino, inteligente.

—Vengo a ver al caporal Leglise—me ha dicho.

—Le he llevado a la sala repleta de heridos, y en seguida, sin vacilar, se ha dirigido hacia Leglise como si le conociese perfectamente.

—¿Cómo te encuentras?—le ha preguntado tomándole una mano.

—Mi general, me han cortado una pierna...

—Lo sé, lo sé, hijo. Y te traigo la medalla militar.

Ha prendido la medalla en la camisa de Leglise, y ha besado a mi amigo en las dos mejillas, sencillamente, afectuosamente. Luego han estado charlando un rato. Yo estaba contento. Este general es realmente una excelente persona.

*

Se ha envuelto la medalla en un pedazo de muselina para que no la manchen las moscas,

y se la ha colgado en la pared, a la cabecera de la cama. Parece como si velara por el herido, como si estuviese mirando lo que pasa. Desgraciadamente, lo que puede ver es grandemente triste. La pierna derecha, la pierna única, está muy mal también. La rodilla está dañada, y lo que se ha hecho para salvarla parece inútil. Se ha presentado una llaga en la espalda; luego, dos llagas. Todas las mañanas hay que pasar de uno a otro sufrimiento, rezar, por orden, el mismo cruel rosario de los sufrimientos.

Nadie muere de dolor, porque si no Leglise habría muerto. Aún le veo abriendo desmesuradamente los ojos y cesando súbitamente de gritar. ¡Oh, por cierto pensé que se moría! Pero este sufrimiento quiere ser sufrido íntegramente; ni siquiera aturde a quienes abruma.

Llamo a todos en su ayuda:

—Genest, Barrassin, Prévôt, ¡vengan todos!

Sí, seamos diez, si es necesario, para levantar a Leglise, para sostenerle mejor, para aliviarle mejor. Un ¡minuto de sufrimiento suyo vale más que diez años de esfuerzos nuestros...

¡Ay!, que aunque fuésemos cien, tendría, sin embargo, que levantar él solo la carga más aplastante.

La humanidad entera levanta en estos momentos una carga bien cruel. Cada minuto agrava su pena; y ¿no vendría nadie a socorrerla, nadie?

*

Hemos examinado, con el jefe, el estado del herido. Entre dientes, con voz apenas perceptible, ha dicho el jefe:

—Pues es inevitable otro sacrificio.

Es cierto. El sacrificio no se ha consumado aún por completo.

Pero Leglise ha comprendido. Desde hace poco ya no llora. Tiene el aspecto cansado y un poco extraviado del hombre que rema contra el huracán. Le miro a hurtadillas, y al punto pronuncia con voz clara, tranquila, resuelta:

—Prefiero morir.

Salgo al jardín. Hace una mañana incandescente; pero no puedo ver nada, no quiero ver nada. Repito dando vueltas:

—Prefiere morir...

Y me pregunto, con angustia, si no tiene razón. Todos los álamos comienzan a mover las hojas. Con unánime voz, que es la voz misma del estío, responden:

«¡No! ¡No! No tiene razón.»

Un escarabajillo cruza el camino ante mí; medio le aplasto sin querer, pero escapa apresuradamente. A su modo ha dicho también:

«No, realmente tu amigo no tiene razón.»

«¡Dile que yerra!», canta el enjambre de bestezuelas que zumba en derredor del tilo.

Y hasta un largo cañonazo que atraviesa gruñendo todo el campo, grita también: «¡Yerra! ¡Yerra!»

*

Por la tarde vuelve el médico-jefe a ver a Leglise, que, con la misma sombría gravedad, le ha dicho:

—No quiero, señor médico-jefe; prefiero morir.

Bajamos al jardín, y el jefe me dice esta extraña frase:

—Trate usted de convencerle. A mí me da ya vergüenza de pedirle semejante sacrificio.

¿Y a mí? ¿Es que a mí no me da vergüenza?

Consulto a la cálida noche ornada de estrellas; ahora estoy ya bien cierto de que yerra; pero no sé cómo decírselo. ¿Qué puedo yo ofrecerle a cambio de lo que voy a pedirle? ¿Dónde encontrar las palabras que deciden a vivir?

¡Oh vosotras, cosas todas, decidme, repetidme, que aun con un cuerpo tan dolorosamente mutilado es dulce vivir!

*

Esta mañana he extraído de una de sus llagas un pequeño proyectil. De lo que él ha deducido secretamente que esto quizás haga inútil la gran operación, y daba pena ver su alegría. Y, sin embargo, no he podido dejarle aquella dicha.

Se ha reanudado la lucha, y ahora es desesperada, y además no hay tiempo que perder. Cada hora de espera agota más al hombre. Po-

cos días más, y no habrá opción; sola la muerte tras una larga prueba.

Me repite:

—No tengo miedo; pero prefiero morir.

Entonces le hablo como si yo fuese el abogado de la vida. ¿Quién me ha dado tal derecho? ¿Quién me ha prestado elocuencia? Le digo exactamente aquellas cosas que debía decirle, y fluyen tan bien que a veces temo prometer demasiado esa vida, que no estoy cierto de poder conservar; prometer demasiado ese porvenir que no está en las manos de los hombres.

Poco a poco siento que la resistencia cede. Algo hay en Leglise que es, por fuerza, de mi opinión y que aboga conmigo. A veces no sabe ya que argüir, y presenta tristemente objeciones que resultan casi fútiles junto a tantas otras enormes que podría hacer.

—Yo vivo con mi madre—me dice—. Tengo veinte años... ¿Qué quiere usted que haga un hombre sin piernas? ¿Vale la pena vivir para vivir miserablemente?

—Leglise, Francia te debe demasiado y se avergonzaría de no pagártelo.

Y le prometo, le prometo, en nombre del país, que no querrá nunca renegar de mis palabras. Todo el pueblo francés está tras de mí en este momento para sancionar calladamente mi promesa.

Estamos al lado de la terraza; ha llegado la noche. Sostengo la muñeca ardiente de Leglise, en la que el pulso late con desfallecido furor. ¡La noche es tan hermosa, tanto! Por encima de las colinas suben las granadas y caen luego lentamente inundando el horizonte de resplandores lunares. El relámpago del cañón se abre furtivamente como un ojo que guiña. Pese a todo esto, pese a la guerra, la noche es un agua umbrosa y divina. Leglise la llama vivamente en su pecho descarnado, y dice:

—¡Oh!, no sé. Ya no sé... Esperemos aún un día, por favor...

*

Tres días hemos esperado, y Leglise ha consentido.

—¡Bueno, hagan lo que haya que hacer! Hagan lo que quieran.

La mañana de la operación ha deseado bajar a la sala por la escalera del parque. Yo le acompañaba y le veía mirar a todas las cosas como tomándolas por testigos.

Sí, sí...; pero con tal que... ¡con tal que no sea ya tarde!

Una vez más se le ha echado sobre la mesa.

Una vez más se han dividido su carne y sus huesos. La segunda pierna ha caído cortada por el muslo...

Le he cogido en brazos para depositarle en su cama; y pesaba tan poco, tan poco...

Esta vez se ha despertado sin preguntar más. Solamente he visto errar a sus manos para buscar el extremo de su cuerpo.

*

Han pasado unos días después de la operación. Hemos hecho cuanto humanamente era posible hacer, y Leglise vuelve a la vida en una especie de temeroso asombro.

—Por cierto que creí que moriría—me ha

dicho esta mañana, mientras yo le animaba a comer. Añade:

—Cuando bajé a la sala de operaciones, miré bien todas las cosas; pensaba que no las vería más.

—¡Míralas, hombre! ¡Siguen iguales, tan bellas como siempre!

—¡Oh!—dice, extraviado en su recuerdo—, había hecho el sacrificio de mi vida.

Hacer el sacrificio de su vida es tomar cierta resolución, con la esperanza de encontrarse más tranquilo, más sosegado, menos infeliz también.

El hombre que hace el sacrificio de su vida rompe ya muchos lazos, y en ese aspecto muere un poco.

Con velada inquietud, le digo dulcemente, como si le hiciera una pregunta:

—Siempre es agradable comer, beber, respirar, ver la luz...

No me contesta. Piensa. He hablado demasiado pronto. Me voy, presa de mi inquietud.

*

Aún quedan momentos duros; pero la fiebre decrece poco a poco. Tengo la impresión de que Leglise soporta el dolor con más decisión, como quien ya ha dado cuanto podía dar, y ya no tiene nada.

Terminada la cura, le vuelvo de costado para aliviar su espalda enferma. Por primera vez, esta mañana ha sonreído, diciendo:

—De algo me ha servido que me quiten las piernas; ahora puedo echarme de costado.

Pero guarda mal el equilibrio; tiene miedo de caerse.

Pensad en él, y tendréis miedo por él, con él.

A veces se duerme en pleno día y durante un rato. Ha vuelto a tener la talla de un niño. Como a los niños, le pongo un pedazo de gasa en la cara para que no le molesten las moscas.

Le he llevado un frasquito de agua de Colonia y un abanico; eso ayuda a tolerar las últimas fechorías de la fiebre.

Vuelve a fumar. Fumamos juntos en la terra-

za, adonde hago llevar su cama. Le enseño el jardín y le digo: «Dentro de pocos días te llevaré al jardín.»

*

Se ha preocupado de sus vecinos, de su nombre, de sus heridas. Para cada uno tiene una palabra de compasión, salida del fondo de la carne. Me dice:

—He sabido que el pequeño Camus ha muerto. ¡Pobre Camus!

Y se le llenan de lágrimas los ojos. Casi me alegra. Hace demasiado tiempo que no lloraba. Añade:

—Perdóneme; había visto algunas veces a Camus. ¡Es una desgracia muy grande!

Se le ha exacerbado extraordinariamente la sensibilidad. Cuanto pasa en torno suyo le emociona: el sufrimiento ajeno, el infortunio ajeno.

Vibra como un alma selecta y refinada, exaltada por una crisis honda.

Sólo habla de sí para restar valor a su desgracia:

Aún quedan momentos duros; pero la fiebre decrece poco a poco. Tengo la impresión de que Leglise soporta el dolor con más decisión, como quien ya ha dado cuanto podía dar, y ya no tiene nada.

Terminada la cura, le vuelvo de costado para aliviar su espalda enferma. Por primera vez, esta mañana ha sonreído, diciendo:

—De algo me ha servido que me quiten las piernas; ahora puedo echarme de costado.

Pero guarda mal el equilibrio; tiene miedo de caerse.

Pensad en él, y tendréis miedo por él, con él.

A veces se duerme en pleno día y durante un rato. Ha vuelto a tener la talla de un niño. Como a los niños, le pongo un pedazo de gasa en la cara para que no le molesten las moscas.

Le he llevado un frasquito de agua de Colonia y un abanico; eso ayuda a tolerar las últimas fechorías de la fiebre.

Vuelve a fumar. Fumamos juntos en la terra-

za, adonde hago llevar su cama. Le enseño el jardín y le digo: «Dentro de pocos días te llevaré al jardín.»

*

Se ha preocupado de sus vecinos, de su nombre, de sus heridas. Para cada uno tiene una palabra de compasión, salida del fondo de la carne. Me dice:

—He sabido que el pequeño Camus ha muerto. ¡Pobre Camus!

Y se le llenan de lágrimas los ojos. Casi me alegra. Hace demasiado tiempo que no lloraba. Añade:

—Perdóneme; había visto algunas veces a Camus. ¡Es una desgracia muy grande!

Se le ha exacerbado extraordinariamente la sensibilidad. Cuanto pasa en torno suyo le emociona: el sufrimiento ajeno, el infortunio ajeno.

Vibra como un alma selecta y refinada, exaltada por una crisis honda.

Sólo habla de sí para restar valor a su desgracia:

—La herida de Dumont, ¿es en el vientre? ¡Señor, siquiera yo tengo sanos los órganos esenciales; no puedo quejarme!

Le contemplo con admiración; pero aún espero algo, algo...

Su más íntimo amigo es Legrand.

Legrand es un tallista en piedra con cara de muchacha. Ha perdido un ancho trozo de cráneo. También ha perdido el uso de la palabra, y se le están enseñando las palabras como a un bebé. Empieza a levantarse, y se acerca con afectuoso celo al lecho de Leglise para prestarle pequeños servicios. Trata de dominar su lengua rebelde; pero como no lo consigue, sonríe y se expresa con su mirada límpida, tan inteligente.

También a él le compadece Leglise.

—¡Qué triste debe de ser no poder hablar!

*

Hoy nos hemos reído, os lo aseguro; nos hemos reído de verdad, Leglise, los enfermeros y yo.

Hablábamos de su futura pensión mientras preparaban la cena, y uno ha dicho:

—Vivirás como un pequeño rentista.

Leglise ha contemplado su cuerpo, y ha respondido:

—¡Ya lo creo! ¡Un pequeño rentista! ¡Un pequeñísimo rentista!

La cura ha resultado buena. Leglise ha discurrido, para facilitar nuestra tarea, agarrarse con ambas manos a la cabecera de su cama y levantar los muñones en el aire, apoyándose en los hombros. Era un espectáculo terrible, inimaginable; pero Leglise se ha echado a reír, y el espectáculo se ha vuelto chusco. Todos nos hemos reído. Precisamente, la cura ha sido fácil y rápida. Sus muñones cicatrizan bien. Por la tarde se le sienta en la cama; empieza a leer y a fumar, charlando con los camaradas. Le explico cómo podrá andar con piernas artificiales. Aún bromea:

—Yo era más bien bajo; pero ahora podré ponerme la estatura que me parezca.

*

Le he llevado cigarrillos, que me habían enviado para él; bombones, golosinas. Me hace seña de querer hablarme al oído, y dice muy bajo:

—Yo ya tengo demasiadas cosas. En cambio, Legrand está muy pobre; como es de las regiones invadidas, no tiene nada, no recibe nada...

Comprendido. Vuelvo al poco rato con un paquete, que contiene tabaco, buenos cigarrillos y también un billetito...

—Aquí tienes para Legrand. Dale todo esto.

Yo me escapo.

Por la tarde encuentro a mi buen Leglise todo turbado, todo perplejo.

—Yo mismo no puedo dar todo esto a Legrand—dice—; podría ofenderse...

Y henos aquí a entrambos puestos a pensar un procedimiento discreto.

Así nos pasamos un rato. El inventa combinaciones novelescas. Está encendido, animado, interesado.

—¡Busca—le digo—; arréglate como puedas! Dáselo de parte de alguien, de quien se te ocurra...

Pero Leglise teme demasiado herir la susceptibilidad de Legrand. Rumia el asunto hasta la noche.

*

El paquetito está en la cabecera de la cama de Legrand; Leglise me lo indica con la barbilla, y me dice al oído:

—He encontrado a uno que se lo ha llevado. Él no sabe quién se lo manda. Hace mil suposiciones; ¡es muy divertido!

¡Oh Leglise! ¿Luego es cierto que aún hay algo que es divertido, y que ese algo consiste en ser bueno? Eso, sólo eso, ¿no vale la pena de vivir?

Y de este modo tenemos un gran secreto entre nosotros dos. Toda la mañana, mientras voy y vengo por la sala, me dirige miradas de inteligencia y ríe a escondidas. Legrand me ofrece gravemente uno de sus cigarrillos; Leglise está a punto de echarse a reír; pero sabe hacer muy bien el papel.

Se le ha dejado en una cama próxima mientras le hacen la suya. Allí se está muy serio,

con sus dos grandes vendajes al aire, y entona una cancioncilla como la de los niños en la cuna. Y luego, de pronto, se echa a llorar, a llorar, con grandes sollozos.

Le estrecho contra mí, y le pregunto angustiado:

—Pero, ¿qué es? ¿Qué pasa?

Y con voz entrecortada me contesta:

—Lloro de alegría y de gratitud...

¡Oh, no quería yo tanto! Pero siento una gran felicidad, un gran alivio. Le abrazo, nos abrazamos; me parece que también yo lloro un poco.

*

Le he envuelto en una sábana de franela y le he cogido en brazos. Bajo la escalera del parque con grandes cuidados, como una madre que lleva por primera vez su recién nacido. Grito: «¡Una butaca! ¡Una butaca!»

Mientras ando, se agarra a mi cuello, y me dice confuso:

—Le voy a cansar a usted.

¡No, ciertamente! ¡Estoy demasiado satisfecho para cansarme! No cedería a nadie mi

puesto. Han puesto la butaca bajo los árboles, junto a los bosquecillos. Deposito a Leglise entre almohadones. Le traen un kepis. Respira el aroma de la hierba, de los prados segados, de las piedrecillas tostadas por el sol. Contempla la fachada del castillo, y dice:

—Ni siquiera había visto el sitio en que he estado a punto de morir.

Los demás heridos que se pasean por las avenidas vienen a hacerle una visita y, se diría, a rendirle homenaje. Les habla con cordial autoridad. ¿No es el jefe de todos por derecho propio de sufrimiento y de sacrificio?

Han pasado dos horas y vuelve a la cama.

—¡Estoy un poco cansado—confiesa—; pero es tan agradable!

*

No sé quién hablaba esta mañana en la sala del amor, del matrimonio, del hogar.

Yo miraba de cuando en cuando a Leglise. Parecía absorto en sus pensamientos, y murmuró:

—¡Oh! Para mí, ya...

Entonces le dije lo que yo sabía: conozco muchachas que han jurado no casarse más que con un mutilado. ¡Pues hay que creer en los juramentos de las muchachas! Francia es país más rico de corazón que de todas las demás virtudes. Es un dulce deber el de proporcionar una dicha a los que han sacrificado tantas otras. Y en este momento hablan conmigo mil corazones, que son generosos corazones de mujer.

Leglise me escucha con la cabeza baja. No se atreve a decir: No...

*

Leglise tendrá no sólo la medalla militar, sino la cruz de guerra. Acaba de llegar su citación. La lee, ruborizándose:

—No me atreveré nunca a enseñar esto—dice—; está muy exagerado.

Me muestra el papel en que se dice, en resumen, que el cabo Leglise se ha conducido valerosamente bajo una lluvia de bombas, y que le ha sido amputada la pierna izquierda.

—Yo no me he conducido valerosamente—

discute—; estaba en mi puesto y nada más. En cuanto a las bombas, no me cayó más que una.

Yo no puedo estar conforme con esto.

—¿Es que no es una actitud valerosa estar en tu puesto avanzado, tan cerca del enemigo, completamente solo, a la cabeza de todos los franceses? ¿No estaban todos detrás de ti hasta el fin del país, hasta los Pirineos? ¿No estaban todos entregados con confianza a tu serenidad, a tu golpe de vista, a tu vigilancia? A ti te ha caído una sola bomba, pero no creo que hubiesen podido caerte varias y ser aún de los nuestros. Además, la citación, lejos de exagerar, peca, al contrario, por defecto; ¡dice que has dado una pierna, y has dado las dos! Me parece que esto compensa sobradamente lo que pudiera haber de excesivo en lo de las bombas...

—¡Desde luego! ¡Eso, sí!—concede Leglise, riendo—. Pero no quisiera hacerme pasar por un héroe.

—Amigo mío, no se te pedirá tu opinión para juzgarte y honrarte. Bastará mirar tu cuerpo.

*

Hemos tenido que separarnos, porque la guerra prosigue y hace todos los días nuevos heridos.

Leglise marchó casi curado. Marchó con otros camaradas, y no era el menos alegre de todos.

«Yo era el herido más grave del tren», me escribió, no sin un matiz de orgullo.

Desde entonces Leglise me escribe con frecuencia. Respiran sus cartas un contento sosegado. Yo las recibo y las leo al azar de la campaña: en los caminos, en las salas en que otros heridos gimen, en los campos recorridos por el galope de los cañonazos.

Siempre hay cerca de mí algo que murmura con mudo lenguaje:

—¿Lo ves? ¿Lo ves cómo erraba al preferir morir?

Así lo creo sinceramente, y por eso he contado su historia. Tú me lo perdonarás, ¿verdad, Leglise, amigo mío?

LA TERCERA SINFONÍA

Todos los días bajaban los camilleros a la sala de curas al vice-feldwebel Spät; y su entrada producía siempre cierta impresión de desagrado.

Hay heridos alemanes a los que el buen trato, el sufrimiento u otros móviles inducen a avenencia y aceptan lo que por ellos se hace con cierto agradecimiento. No era ese el caso de Spät.

Semanas enteras habíamos estado haciendo no leves esfuerzos para arrancarle a la muerte, y luego para dulcificar sus sufrimientos, sin que mostrara la menor satisfacción, ni nos dirigiese el más sumario cumplimiento.

Sabía un poco de francés, que utilizaba es-

trictamente para sus necesidades físicas, para decir, por ejemplo: «Un poco de algodón bajo el pie, señor», o acaso: «¿Hay fiebre este día?»

Fuera de esto, nos mostraba invariablemente el mismo rostro glacial, la misma mirada pálida, dura, bordeada de pestañas descoloridas. Por ciertos indicios, podíamos adivinar que se trataba de un hombre inteligente e instruído; pero permanecía visiblemente dominado por un odio vivaz y por una estricta preocupación de su dignidad.

Sufría con valor, y como quien aplica su amor propio a reprimir las más legítimas reacciones de la carne herida. Casi no me acuerdo de haberle oído gritar, lo cual, por cierto, me hubiese parecido perfectamente natural y no hubiera modificado en absoluto mi opinión sobre el señor Spät. Sólo se quejaba con el «¡hem!» sordo de un leñador al descargar el hacha.

Un día habíamos tenido que dormirle para desbridar las heridas que tenía en una pierna; se puso muy rojo, y dijo con tono casi suplicante: «¿No cortar, señor, verdad? ¡No cortar!»

Pero en cuanto volvió en sí, recuperó al punto su actitud hostil acompasada.

A la larga, yo no creía ya que sus facciones fuesen capaces de expresar en ningún caso otra cosa que aquella animosidad contenida. Una circunstancia imprevista me mostró lo contrario.

El silbotear entre dientes denuncia en mí, como en muchas otras personas, que tengo alguna preocupación. Quizá sea inconveniente, pero siento con frecuencia la necesidad de silbar entre dientes, sobre todo cuando tengo entre manos alguna cosa de importancia.

Y una mañana, acababa yo la cura del vicefeldwebel Spät silboteando distraído no sé qué. Estaba yo curándole la pierna, y no me acordaba para nada de su cara, cuando, de pronto, tuve la curiosa sensación de que su mirada, fija en mí, acababa de modificarse notablemente, y levanté los ojos.

Y, en efecto, sucedía una cosa extraordinaria: distendida, animada con una especie de calor y de contento, la cara del alemán sonreía, sonreía, y así yo no acertaba a reconocerla. No podía yo

creer que con los rasgos que él nos mostraba habitualmente hubiese podido improvisar aquel rostro que era sensible y confiado.

—Diga, señor—murmuró—, ¿es tercera sinfonía, verdad? ¿Vos, cómo decir... silba, es esa palabra?

Ante todo, dejé de silbar. En seguida respondí: «¡Sí! Creo que es la tercera sinfonía», y luego me quedé silencioso y turbado.

Un frágil puente se había tendido súbitamente sobre el abismo...

Esto duró unos segundos; y aún estaba pensando en ello, cuando, de nuevo, sentí caer sobre mí una sombra glacial, irrevocable, que era la mirada adversaria del señor Spät.

LA GRACIA

Dicen que todos los hombres son iguales ante el dolor; pero yo sé muy bien que no hay tal cosa.

¡Auger! ¡Auger!, humilde cestero de Charente, ¿quién eres tú que no pareces sufrir cuando sufres? ¿Por qué has sido tocado por la gracia y Gregoire no? ¿Por qué eres príncipe de un mundo en el que Gregoire es sólo paria?

Buenas damas que recorréis las salas donde reposan los heridos de la gran guerra y que les dais cigarrillos y bombones, venid conmigo.

Cruzaremos la gran sala del primer piso, cuyas ventanas acarician las ramas de los castaños. No os mostraré a Auger: bien sabréis vosotras reconocerle y aun darle la mayor parte

de cigarrillos y de bombones. Pero si no os llamo la atención sobre Gregoire, marcharéis sin verle, y no comerá bombones ni tendrá un cigarrillo que fumar.

*

No digo por eso que Gregoire es un paria. Es por cosa mucho más triste y más secreta: Gregoire no tiene valor; y, además, no es lo que se llama un buen herido.

En general, las gentes que asisten a su prójimo llaman «buen herido» al hombre que no les da demasiado qué hacer. Y en este sentido todo el mundo del hospital os dirá que, desde luego, Gregoire no es un buen herido.

Todo el día lo pasa echado sobre el lado izquierdo, a causa de su herida, y mira a la pared. Desde el principio le dije:

—Voy a hacer que te cambien de cama y te pongan en la otra esquina; así podrás ver a tus compañeros.

Con su voz sorda y áspera me contestó:

—¿*Pa* qué?; *toy* bien así.

—Pero, hombre, así sólo puedes ver la pared.

—¿Y qué?; *toy* bien así.

Se quedó, pues, en su rincón, y allí van a buscarle todas las mañanas.

Apenas han puesto los camilleros la mano en la cama, comienza a lamentarse con su sonsonete, iracundo y triste:

—¡Ay! ¡Que no me meneen tanto! ¡Ay! ¡Que no me toquen!...

Los camilleros que le envío son personas afables y cuidadosas; siempre los mismos: el obeso Paffin, zapatero gordinflón y tartamudo, y monsieur Bouin, un profesor de matemáticas, de barbas grises y meticuloso gesto.

Con las mayores precauciones levantan a Gregoire para dejarle en la camilla. El herido critica agriamente todos sus movimientos:

—¡Que no me den vueltas así! ¡Ay, qué...! ¡Que a ver si va a poder ser que me cojan mejor la pierna, hombre!

Paffin suda a mares. Los lentes de monsieur Bouin se caen al suelo. Al fin, marcha la camilla.

En cuanto entra en la sala de curas, Gregoire palidece un poco y su frente se cubre de sudor. Su bronca barba tiembla, pelo a pelo. Yo adivino todo esto y, desde lejos, le envío algunas palabras de aliento:

—¡Vamos, hombre, que hoy te vamos a despachar en dos minutos, Gregoire! ¡No vas a tener ni tiempo de chistar!

Él guarda un silencio huraño y reservón. Tiene el aspecto de un condenado que aguarda la hora del suplicio. Tan preocupado está, que ni piensa en responder cuando el sarcástico sargento pasa delante de él, diciendo:

—Aquí está nuestro gruñón.

Al fin, le colocan sobre la mesa, que los heridos llaman «el billar». Y empieza lo penoso. Al punto advierto que, haga lo que haga, Gregoire sufrirá. Descubro la herida de la cadera, y grita. Se la lavo con precaución, y grita. Sondeo suavemente, muy suavemente, la herida, de donde salen pedacitos de hueso, y lanza inconcebibles aullidos. La lengua le tiembla en la boca abierta. Le tiemblan las manos en las manos que las sujetan. Tengo la impresión de

que tiembla cada una de las fibras de su cuerpo, de que tiemblan y se contraen los rojos rebordes de la herida. Pese a mi buen ánimo, me afecta tanto padecer, y me pregunto si no voy a sufrir una especie de contagio que me haga temblar también. Y le digo:

—¡Ten un poco de paciencia, hombre!

Con la voz desfigurada, por el miedo y el dolor, contesta:

—¡No *pueo!* ¡No *pueo!*

Por decir algo, añado:

—Ten un poco de ánimo.

Ni siquiera contesta, y comprendo que estimularle a tener valor es aconsejarle una cosa imposible, como tener los ojos negros, a él que los tiene de un azul claro.

Termina la cura en medio de un desasosiego general. No habrá quien me quite de la cabeza que en este momento me detesta Gregoire. Mientras se lo llevan, me pregunto con amargura: ¿Por qué Gregoire ha sido de tal modo privado de gracia? ¿Por qué no sabe sufrir?

El sargento lava la mesa, diciendo:

—Es que tiene mala voluntad.

Y no; el sargento se equivoca. Gregoire no tiene mala voluntad. A veces, en un fruncir de su entrecejo, adivino que intenta un esfuerzo para resistir el sufrimiento, para acogerlo con mejor y más alegre ánimo. Pero no sabe hacer el esfuerzo necesario.

Si se os pidiera levantar una locomotora, acaso hicierais también un esfuerzo; pero lo haríais sin confianza y sin éxito. Por tanto, no habléis mal de Gregoire.

Gregoire no sabe sufrir, como el que no sabe hablar un idioma extraño. Y es más fácil aprender el chino que aprender el oficio del dolor.

Cuando digo que no sabe sufrir, se entiende que sufre, el pobre, mucho más que otros... Conozco la carne humana, y hay señales que no me engañan.

Gregoire es poco hábil. Hace pensar en los niños que, de tanto temer a los perros, acaban por ser mordidos. Gregoire se echa a temblar en seguida; los perros del dolor se arrojan sobre el hombre indefenso y dan con él en tierra.

*

Una gran carga de tormentos es pesada para un hombre solo; pero es soportable con ayuda. Por desgracia, Gregoire no tiene amigos. Ni hace por tenerlos; se diría que no los quiere.

No es que sea grosero, brutal, mal hablado, como ese animal de Groult, que es la diversión de toda la sala. Es no más que mate, frío y «metido en sí».

No suele dar las gracias cuando le dan algo, y abundan las personas bastante susceptibles para molestarme por ello.

Cuando me siento junto a su cama, no da muestra alguna de que le agrade mi visita.

Le pregunto:

—¿Qué oficio tenías tú cuando eras paisano?

Tarda un poco en contestar:

—De todo un poco... Solía ganar un jornal donde podía.

—¿Estás casado?

—Sí.

—¿Tienes hijos?

—Sí.

—¿Cuántos?

—Tres.

La conversación muere de inanición. Me levanto, y le digo:

—¡Hasta mañana, Gregoire!

—¿M'hará daño otra vez?

Le tranquilizo, o, por lo menos, intento tranquilizarle; luego, para no marcharme dejándole esa mala impresión, le pregunto:

—¿Cómo fuiste herido tú?

Gregoire hace memoria y responde lacónicamente:

—Pues, allá, en medio 'el llano, con los otros...

Y se acabó. Me marcho. Los ojos de Gregoire me siguen un instante, y ni siguiera sé si le ha placido o desplacido mi visita.

¡Adiós, mi pobre Gregoire! Cruzo la sala y voy a sentarme al lado de Auger.

*

Auger se prepara a poner al día su «cuaderno». Es un grueso libro que le han regalado, y sobre el que anota las cosas importantes de su vida...

Auger tiene una letra redonda de colegial. Bueno, sabe escribir lo estrictamente necesario para sus necesidades, estaba por decir para su diversión.

—¿Quiere usted ver mi cuaderno?—dice.

Me lo tiende con el ademán de un hombre que no tiene secretos.

Auger recibe muchas cartas, y las copia cuidadosamente, sobre todo cuando son bonitas e inspiradas por generosos sentimientos. Su teniente, por ejemplo, le ha escrito una carta muy notable.

También copia en su cuaderno las cartas que escribe él a su mujer y a su nena. Luego figuran en el libro los hechos del día: «Cura, a las diez de la mañana. Tengo menos pus... Después de la sopa, visita de la señora Princesa Moreau, que reparte gorros a todos; a mí me ha tocado uno verde magnífico. Aquel hombre bajito, que tenía tan mal el vientre, ha muerto a las dos...»

Auger vuelve a cerrar su cuaderno y lo mete bajo la almohada.

Tiene una cara que no se puede mirar sin

satisfacción. Su tez es viva y cálida; el cabello abundante y un poco rizado; un bigote de adolescente, una barbilla bien afeitada y dividida por un hoyito rebosante de alegría; unos ojos que parecen contemplar un paisaje riente, con arroyos y sol.

—Sigo bien—me dice con tranquila satisfacción—. ¿Quiere usted ver a Marieta?

Levanta la sábana y me enseña el aparato en que hemos colocado el muñón de su pierna. Parece una gorda «muñeca» blanca, que él coge, riendo, con las dos manos, y a la que ha dado el nombre familiar de Marieta.

Auger era ingeniero zapador. Un obús le partió un muslo y le arrancó el pie. El pie le colgaba aún por una tira de carne; Auger sacó una navaja y acabó de desprender el pie. Luego dijo a sus compañeros, que se habían puesto verdes de horror:

—¡Bueno, amigos! ¡Esto ya está listo! No se ha perdido gran cosa. A ver si podéis llevarme un poco hacia atrás.

—¿Sufrías mucho?—le pregunté.

—Pues mire usted, señor, menos de lo que

se podría creer. Sinceramente, no me dolía muchísimo, muchísimo. Después, ¡qué demonio!, claro que vino el dolor...

Y yo comprendo por qué gusta Auger: es que tranquiliza. Viéndole, escuchándole, parece que el sufrimiento no es cosa tan terrible... Los que viven lejos del campo de batalla y visitan los hospitales para tomar un poco el aire de la guerra, contemplan a Auger y regresan contentos de todo: de los acontecimientos, de él, de sí mismos; deducen que el país está bien defendido; que los soldados son bravos, y que las heridas, las mutilaciones, son, desde luego, cosas serias, pero soportables.

*

Sin embargo, también para Auger ha sonado la hora del dolor. Pero hay procedimientos para recibirlo.

Auger sufre de un modo despierto, inteligente, casi metódico. No confunde las cosas, ni se queja con razón o sin ella. En manos ajenas sigue siendo el hombre que supo amputarse a

sí mismo y acabar la obra de la metralla. Es harto modesto y respetuoso para dar consejos al cirujano, pero le ayuda con preciosos datos. Dice:

—Ahí da usted contra el hueso, y me hace daño. Pero ahí puede usted raspar, que me molesta poco. ¡Cuidado! ¡Aprieta usted un poco fuerte! ¡No!, ¡no! Siga usted si quiere; ya veo que no es mucho...

Y trabajamos juntos.

—¿Qué está usted haciendo? ¡Ah, lavando! ¡Eso me gusta! ¡Eso me alivia más!... ¡Diablo! ¡Restriégueme un poco más en ese sitio! Si supiera usted cómo me pica eso. ¡Ah!, cuando vaya a meter el tubo, avíseme para agarrarme a la mesa...

Y el trabajo se hace perfectamente. Auger curará muy pronto y muy bien. Con él, nunca duda uno en hacer lo que hay que hacer. He querido dormirle para raspar el hueso de su pierna. Y me ha dicho:

—Me figuro que eso no será tan espantoso. Si le da a usted igual, no me duerma y haga lo que sea. De lo demás, yo me encargo.

Claro que no ha podido evitar algunos gestos. Entonces le ha preguntado el sargento:

—¿Tú no sabes la canción de los cochinos que peen?

—A ver, dila, que no la sé.

El sargento comienza con voz de falsete:

Quand en passant dedans la plai-ai-ne
On entend les cochons péter,
Cela prouve d'une façon certai-ai-ne
Qu'ils n'ont pas l'trôôô du... bouché [1].

Auger se echa a reír; todo el mundo se echa a reír. Y mientras, estamos inclinados sobre la pierna enferma, y cumplimos nuestra misión...

—Ahora, tú—dice el sargento.

Repite verso por verso, y Auger le acompaña:

Quand en passant dedans la plai-ai-ne

Anger se para de cuando en cuando para esbozar una mueca. De cuando en cuando tam-

[1] Cuando al pasar por el llano se oye ventosear a los cerdos, eso prueba de modo indudable que no tienen el agujero tapado.

bién la voz desafina. De lo que se excusa sencillamente:

—Siempre tuve muy mal oído.

No importa; ya se ha aprendido la canción, y cuando el general venga a visitar el hospital, Auger le dirá:

—Mi general, puedo cantarle una canción muy bonita.

Y la hubiera cantado el muy bárbaro si el médico-jefe no le hubiese dirigido una mirada terrible.

*

Después de esto, es tristísimo cuidar a Gregoire y oírle gemir:

—¡Ay! Pero no tire así, que m'arranca hasta l'alma!

Le advierto que si no se deja cuidar se pondrá peor. Y se echa a llorar:

—¡Qué más da, si ya sé que muero!...

Ya ha desalentado a enfermeros, camilleros, a todo el mundo. A mí no me desalienta, pero me hace sufrir mucho.

Vosotros, señores que os reunís para hablar

de cosas de la guerra, del fin de la guerra, del desgaste de los efectivos y de las bases de la sociedad futura, disculpadme si no doy mi opinión sobre tan graves cuestiones: estoy harto ocupado con la herida de este desventurado Gregoire.

No tiene buena traza esta herida, y cuando la miro, no acierto a pensar en otra cosa; los lamentos del herido me impedirían apreciar con la tranquilidad necesaria, a la vez que vosotros, las condiciones de la gran batalla, y los resultados de una rectificación en el mapa de Europa.

¿Lo oís? Gregoire me dice que se muere... Yo creo, yo espero que se equivoca; pero no dejará de morir si alguien no toma sobre sí el hacerle sufrir. Morirá porque todos le abandonan. Hace ya mucho tiempo que él se ha abandonado a sí mismo.

*

—No hay duda de que es desagradable no poder ponerse más que un zapato—replica

Auger a un enfermero muy presuntuoso—; pero, amigo, también permite eso hacer economías. Y, además, ahora yo tengo la mitad de probabilidades que tú de arañar en la cama a mi mujer con las uñas de los pies...

—Eso, eso—confirmó el sargento—; con Marieta, Auger acaricia, por decirlo así, a su dama.

Auger y el sargento bromean como dos buenos compadres. El enfermero, confuso, no sabe qué contestar, y se aleja riendo por el buen parecer.

Me siento junto a Auger, y nos quedamos solos.

—Yo que soy cestero—me dice gravemente—, podré, mejor o peor, reanudar mi oficio. Pero mire usted que Groult, con una sola mano, y Lerondeau con una sola pierna, y son hombres del campo... ¡Qué triste es!

Auger pronuncia las *erres* de una forma especial, que presta a su lenguaje sabor y fuerza. Habla de los demás con natural generosidad, que viene de lo hondo, como su herida, y que suena limpio como su voz. Y es también

que no tiene nada que envidiar a nadie. Ya os lo dije: es un príncipe.

—Tengo visitas muy buenas—me dice—. Ahora mismo acaba de estar una señora que me ha dejado este cajón de bombones. Tome usted un bombón, señor doctor; me dará una alegría. ¿Quiere usted hacer el favor de ofrecerles a los compañeros, de mi parte?

Y más quedo, añade:

—Mire usted debajo de mi cama. Pongo ahí todo lo que me dan. Mire usted; es demasiado. Me da vergüenza. Hay aquí algunos que nunca les dan nada, y que han cumplido su deber lo mismo que yo, y que son unos valientes.

Es verdad; hay muchos soldados en la sala, y sólo han dado una medalla militar, y ha sido para Auger.

Se le hizo un verdadero homenaje; los compañeros se asociaron a él de todo corazón, porque, caso inverosímil, nadie siente envidia de Auger. ¡Oh maravilla! Porque, ¿dónde está el príncipe sin envidiosos?

—¿Se va usted?—dice Auger—. Entonces,

vaya un ratito con Groult. Es gruñón, pero le gusta charlar.

*

Auger me ha dado una lección. Iré a fumar un pitillo con Groult. Y, sobre todo, iré a ver a Gregoire.

Siquiera Groult no está completamente abandonado; es un raro y un mala cabeza. Se le enseña como un bicho curioso, y tiene su parte de regalos y de atención.

Pero a Gregoire no le conoce nadie. Contempla la pared, enflaquece, y sólo parece interesarse por él la muerte.

¡No morirás, Gregoire! Juro ocuparme sin cesar de ti, sufrir contigo y soportar tu mal humor con humildad. Puesto que eres infeliz por todo un mundo, no serás infeliz completamente solo.

Buenas damas que venís a ver a nuestros heridos y a repartirles libros de estampas, gorras tricolores y chucherías: no olvidéis a Gregoire, que es un desgraciado. Sobre todo, sobre todo, concededle vuestra mejor sonrisa.

Partís satisfechas de vosotras mismas, porque habéis sido generosas con Auger. Pero agradar a Auger no tiene mérito. Con solo uno de sus relatos, con uno solo de sus apretones de manos, os da él mucho más de lo que le dais vosotras. Os da confianza, os devuelve la tranquilidad de espíritu.

Id a ver a Gregoire, que sólo sabe dar su sufrimiento, y que ha estado a punto de dar su vida.

Si marcháis sin haber dejado a Gregoire una sonrisa, temed que no habéis cumplido vuestra misión. Y no exijáis que esa sonrisa os la devuelva él; porque, entonces, ¿dónde estaría vuestra liberalidad?

Es fácil compadecer a Auger, que no lo necesita. Es difícil apiadarse de Gregoire; y, sin embargo, es tan digno de lástima.

No lo olvidéis: Auger ha sido tocado por la gracia. Pero Gregoire está condenado si no le tendéis la mano.

El mismo Dios debe tener compasión de los condenados. Él que les ha rehusado la gracia.

Un cándido deseo de igualdad nos hace decir

que los hombres son iguales ante el sufrimiento. ¡No! ¡No! los hombres no son iguales ante el sufrimiento. Y como de la muerte sólo conocemos lo que la precede y determina, los hombres no son iguales ni ante la muerte.

NOCHES EN ARTOIS

I

Otra ojeada aún a la obscura sala en que se condensa ya algo que no es el sueño: es sólo el aplanamiento nocturno.

El billar está arrinconado en una esquina; soporta una carga incoherente: lienzos, frascos, muebles. Un olor de sopa y de excrementos circula entre las camillas y escarnece a los esbeltos vasos de ónice colocados en lo alto del medallero.

¡Y ahora, pronto, pronto! De puntillas salgamos fuera.

La noche está límpida, fría, sin una brizna de aire; un solo bloque de hielo transparente

entre la nieve y las estrellas. ¿Será bastante para purificar mi garganta, asqueada por el tibio olor del pus azul?

La nieve se pega y se amontona bajo los zuecos. ¡Qué agradable sería jugar a algo!... Pero estamos abrumados por una fatiga rayana en la exasperación. Iremos hasta el límite de la pradera.

Aquí está la gran fosa en que humean y se pudren los restos de las curas, todos los residuos de la infección. ¡Más lejos! Aquí están los pinos músicos, que todas las noches visita, con una linterna en la mano, para cazar pájaros, Dalcour el minero, Dalcour, el terrible zuavo, al que nadie impediría pasear a través de la lluvia su pierna rígida y su cráneo terriblemente hendido bajo el vendaje...

Vamos hasta la tapia del cementerio, que el tiempo ha inflado como una protuberancia en el flanco del parque, y que está tan providencialmente cercano.

El viejo castillo conserva imponente figura en la sombra. Esta noche lucen dulcemente lámparas en todas las ventanas. Diríase un na-

vío silencioso e iluminado, cuya roda hiende un banco de hielo... Nada sale de él sino esa muda luz. Nada denuncia el horrible cargamento.

Nosotros sabemos que en todas las habitaciones, en todos los pisos, al ras de todos los suelos, hay jóvenes cuerpos mutilados, alineados unos junto a otros. Cien corazones lanzan a golpes precipitados la sangre, demasiado caliente, hacia los miembros dolorientos. El proyectil, que sigue furiosamente su camino, se ha abierto paso a través de todas esas carnes, destrozando las cosas delicadas, triturando los órganos preciosos que hacen el goce de andar, de respirar, de beber...

Ya no existe allí esa inocente alegría del orden; y para recobrarla, cien cuerpos se esfuerzan en tan lenta y dura labor, que a los más fuertes arranca lágrimas y suspiros.

Pero, ¡qué bien tapado está por los muros ese hogar de dolor! ¡Cómo se incuba silenciosa, obscuramente en el espacio!

Como un vendaje sobre una ancha herida inflamada, el castillo está estrechamente aplicado sobre su contenido; y nada se ve sino esas

lámparas, tan semejantes a las que iluminan una soledad estudiosa, o una nocturna conversación de amigos íntimos, o un amor perdido en la contemplación de sí propio.

Marchamos ahora entre los bosquecillos de evónimos, espléndidos bajo la nieve; y la indiferencia de estas cosas vivientes ante el monstruoso sufrir de que son vecinas, me hace odiosa y aun ridícula mi alma, impotente para remediar esta angustia que me ahoga. Pese a toda protesta de simpatía, el ser, en su carne, sufre siempre solitariamente; y también por eso es posible la guerra...

Felipe, que está aquí, piensa, acaso, como yo; y aun se sentiría incitado en forma semejante. Hombres que duermen a veinte pasos de aquí, despertarían con un grito; y no despiertan, ni mucho menos, por esa presencia formidable, tan sin vocero como un molusco en el fondo del mar.

Colérico, golpeo con el pie la nieve tierna. La hierba invernal que cubre, subsiste terca y no se siente solidaria de cosa otra alguna en el mundo. ¡Que se consuma todo el dolor de los

hombres: la hierba no se marchitará por eso? ¡Dormid, buenas gentes del mundo entero! ¡Los que aquí sufren no turbarán vuestro sueño!

Y he aquí que más allá de los bosques se eleva en el cielo, y estalla súbitamente, un cohete fulgurante como un meteoro. Algo significa, seguramente, a alguien advierte; pero no me altera su grosera ingeniosidad. No será esa bárbara señal la que esta noche me devuelva la confianza en mi alma.

II

La breve habitación que da al reducto en que duermo ha sido destinada para recibir a los que, por sus gritos o su olor, son intolerables para los demás. Como es pequeña y está llena de cosas, no cabe apenas más que una camilla; por eso, los que vienen a ella para morir llegan por turno.

Antaño, cuando el castillo reinaba graciosamente en medio de su arboleda, en el centro de la gran estrella de avenidas que se hunden

entre las hayas y los tilos, antaño los dueños de la finca recibían a veces una brillante sociedad; y si albergaban bajo su techo una linda, viva y blanca doncella, le daban para soñar, para engalanarse, para dormir, este cuartito, que está en la punta del ala diestra, y desde donde se ve salir el sol por encima de los árboles.

Mas hoy está crispado el rostro del castillo, y como atento al cañoneo; y ese cuarto es ahora una sala de agonía.

Allí estuvo primero Madelan. Deliraba de una manera tan brutal, tan inquietante, pese a la inmovilidad paralítica de sus largos miembros, que sus compañeros suplicaron que se le apartara de su lado. Creo que Madelan no comprendió ni aun percibió tal aislamiento, porque era ya presa de una más grande soledad; pero su perpetuo discurso, así privado de auditorio, tomó un carácter insólito y terrible.

Durante cuatro días y cuatro noches no cesó de hablar con vehemencia; y al oírle, se pensaba que todo el vigor de su voluminoso cuerpo, ya muerto, se había refugiado, exaltándose, en

su garganta. Durante cuatro noches le oí vociferar cosas inaprensibles, sin ilación, y que parecían respuestas a un interlocutor misterioso. Desde el alba, y de hora en hora durante todo el día, iba yo a verle; yacía al ras del suelo como un animal de roja pelambre, abatido en tierra, con los miembros dispersos y agitados por estremecimientos que tiraban al suelo la sucia manta que le cubría.

Adelgazaba con rapidez tan inverosímil, que se hubiera creído verle deshincharse por la profunda herida que tenía en la nuca.

Entonces, yo le decía cosas que querían ser dulces y que eran inútiles; porque no hay conversación posible entre el hombre arrollado por las aguas de un torrente y el que permanece sentado en los cañaverales de la orilla. Madelan apenas me escuchaba y proseguía su extraño coloquio con *el otro*. Ya no necesitaba ni a nosotros ni a nadie; ya no comía, ya no bebía, y se abandonaba a las necesidades de la bestia sin exigir asistencia ni cuidados.

Un día el viento cerró la puerta del cuarto y no había llave para abrirla. Se llevaron gran-

des escaleras para entrar por la ventana. Y en cuanto rompieron el cristal, se volvió a oír a Madelan que proseguía su sueño en voz alta.

Murió; y en seguida se puso en su lugar aquel hombre con el cráneo destrozado, del que no sabíamos nada porque nos había llegado sin vista ya, sin habla y sin otra historia que una ficha blanca y roja, grande como la palma de un niño.

Aquel hombre sólo pasó allí una noche, llenando el silencio con un rumor de dolorosos eructos, y dando golpes con el puño en el tabique que le separaba de mi lecho.

Con el oído atento, y recibiendo en la cara el soplo frío de la ventana abierta, escuchaba yo por turno el canto de los gallos en la aldea, la respiración irregular de Felipe, amodorrado no lejos de mí, y los golpes y el estertor del hombre que tardaba en morir. Sin embargo, calló de madrugada, en la hora en que se calmaba el viento y en que la primera detonación del día se redondeaba en la oscuridad, tranquila como una cueva.

Entonces nos dieron por vecino al sargento

enfermero Gidel, que estaba próximo a su fin, y a quien llevábamos toda una semana intentando, en vano, calmarle un hipo implacable. Aquél conocía su oficio; sabía lo que es la sonda, la fiebre, el vientre duro. Sabía también que tenía una bala en la médula. Jamás nos pidió nada; y como no nos atrevíamos a mentirle, nos acometía en su presencia una especie de vergüenza. Permaneció apenas dos días en el cuarto, mirando con ojos turbios los grabados de las paredes y el *secretaire* imperio sobre el que se dejaban los vasos.

Pero, ¿es cosa de hablar de todos los que aquella desdichada habitación tragó y expulsó luego?

III

Esta noche falta la luz...

No habrá más remedio que aprender a pasar sin ella... A tientas recorro los pasillos en que gime el viento hasta la gran escalera. Hay allí una lámpara catarrosa que haría pensar con nostalgia en la oscuridad de la noche. Veo los

escalones, que están blancos y embadurnados de barro; los cuadros, los tapices, todo un decorado suntuoso que por abajo se baña en el fiemo y en la desolación. Al acercarme a las salas de heridos, oigo el rumor reposado de sus conversaciones. Entro suavemente. Se callan; pronto vuelven a hablar porque me han conocido.

A decir verdad, al principio no se ven más que formas alargadas en fila sobre el suelo. Parece que son las camillas quienes hablan con voces humanas. Una de ellas explica:

—Estábamos sentados los tres juntos..., y eso que ya le había yo dicho al cabo que aquel rincón valía poca cosa. Acababan precisamente de llevarnos una ronda de sopa con un pedacito de carne, todo lleno de gelatina blanca. Y mira por donde entonces empiezan a llegar balas por docenas; y uno se resguardaba como podía; y la tierra saltaba; y nos reíamos, porque teníamos así como una idea de que entre todas aquellas balas no había ni una buena. Luego pararon de tirar y volvimos a sentarnos en el banco. Estábamos Chagniol y Duc y yo; y ellos

estaban a mi derecha los dos. Y mira por donde entonces empezamos a hablar de Giromagny, y también de Danjoutin, porque por allí está nuestra tierra, la de los tres; y así estuvimos cosa de media hora. Y entonces, de pronto, llega una bala, sólo una esta vez; pero buena de veras. Atravesó la cabeza de Chagniol, luego la cabeza de Duc, y como yo era un poco más alto que ellos, a mí no me atravesó más que el cuello...

—¿Y luego?

—¡Y luego se fué al diablo! Chagniol cayó de bruces en el sitio. Duc se levantó y anduvo a gatas hasta el recodo de la trinchera; allí se puso a escarbar en la tierra, como un conejo, y luego quedó muerto. Pero a mí me corría la sangre por este lado y por este otro, y entonces pensé que había que irse. Eché a correr y me había puesto un dedo a cada lado para tapar la sangre. Pensaba yo: ¡Dios de Dios, una sola bala! ¡Ya es aprovechar! ¡Era buena de una vez la tal balita! En esto veo al cabo. Entonces le dije: «Ya le había yo dicho a usted, mi cabo, que aquel rincón valía poca cosa.»

Pero la boca se me llenaba de sangre, y eché a correr otra vez.

Se hace un gran silencio, y oigo una voz que murmura con convicción:

—¡Ya es suerte la tuya, ya!

También Mulet relata su historia:

—Nos habían cogido nuestro fuego... Y voy y le digo: Ese fuego no es vuestro. Y va y me dice: ¿Que no es nuestro? Y va el otro y se mete en la conversación, y me dice: A ver si nos dejáis en paz con el fuego... Es que no es vuestro, le digo. Entonces va y contesta: Lo que tú no sabes es con quién estás hablando. Y le da vuelta a su gorra de cuartel, que estaba al revés... Y voy yo y digo: ¡Ah! Usted disimule; uno no podía figurarse... Y se quedaron con él, con nuestro fuego.

Maville opina con reposada voz.

—Suelen pasar cosas de ésas.

Silencio otra vez. La tempestad sacude las ventanas con furibunda mano. La sala está débilmente iluminada por una bujía que tiene el baile de San Vito.

Nuestro enfermerillo Rousselot hace media

activamente, alumbrado por la vela vacilante. Yo fumo una pipa acre, y dulce, como lo es este mismo minuto en medio de la infernal aventura.

Antes de irme, me acuerdo de Croquelet, el silencioso, cuya larga silueta diviso en el fondo de la habitación. «No hace más que dormir —me dice Mulet—; se pasa el día durmiendo...» Me acerco a la camilla, me inclino, y veo dos grandes ojos abiertos que en la obscuridad me miran fijamente, gravemente. Y es tan triste, tan profunda la mirada, que me siento pleno de impotente angustia.

—Duermes demasiado, mi pobre Croquelet.

Me responde con su acento brusco, pero con débil voz:

—No lo crea; no es verdad. Bien lo sabe usted que no puedo dormir, y hasta que no quiere usted darme algo para poder dormir bien un poco. Esta tarde he leído un poco... Pero no era muy interesante... Si pudieran darme otra cosa...

—¿A ver el libro, Croquelet?

Con la barbilla indica un folletito. Mi mecha

da un poco de claridad que me permite leer en la cubierta: «De los requisitos de la oración dirigida a Dios.»

—Bueno, Croquelet; yo trataré de buscarte un libro con estampas. ¿Qué tal te encuentras esta noche?

—¡Oh!, ¡mal!, ¡mal! Se me deshielan por completo...

Se le helaron los pies, y ahora le duelen tanto, que no se acuerda de la herida que tiene en un costado, que es mortal, pero indolente.

IV

He venido a refugiarme entre mis heridos, para fumar en paz y recogerme en la sombra. Aquí la atmósfera moral es pura. Estos hombres son tan miserables, tan grandemente desgraciados, tan atentos a su obsesionante dolor, que parecen haber abandonado la carga de las pasiones para reunir mejor todas sus fuerzas en torno de este proyecto: vivir.

A pesar de la camaradería, en este momento

se aislan en su propio sufrimiento; más tarde comulgarán; pero éste es el instante en que cada uno contempla su mal y sostiene por su cuenta su combate gritando...

Todos son amigos míos. Me estaré entre ellos asociándome con toda mi alma a su dolor.

Quizás aquí encontraré también yo la paz. Quizás las odiosas disputas den tregua en el umbral de este reino.

A breve distancia, el campo de batalla truena sin descanso hace días y días.

Como un mecanismo gruñón y complicado que va despachando los productos de su actividad interior, la estúpida máquina guerrera vomita de minuto en minuto hombres ensangrentados. Nosotros los recogemos, y ahí están envueltos en vendas y gasas. Lo que dura un relámpago ha bastado para magullarlos y herirlos, y ahora nosotros necesitaremos meses, años, para reparar, para aminorar el destrozo.

¡Qué silenciosos están esta noche! ¡Qué inquietante espectáculo forman! Aquí está Bou-

rreau [1], de nombre brutal, y que es tan dulce, y que nunca dice una palabra; Bourreau, a quien una sola bala ha privado de la luz para siempre. Ahí, Bride, al que no se sabe cómo tocar, tan envuelto está en vendajes, pero que os deja ver una mirada conmovedora, húmeda y extraviada ya. Ahí, Lerouet, que no verá nacer entre los pinos la próxima aurora, y que tiene junto al corazón una herida negra y verde. Y los demás, que a todos los conozco por sus infortunios.

¡Cuán difícil a esos hombres que hace un año caminaban por una calle, rastrillaban un campo o escribían en una oficina, cuán difícil pensar en lo que han sido! Es demasiado punzante el presente. ¡Helos ahí, en el suelo, como una hermosa obra ultrajada! ¡Helos ahí! Y la criatura por excelencia ha recibido grande injuria; se ha inferido a sí misma la máxima injuria.

Nosotros ignoramos su pasado; pero, ¿existe su porvenir? En la trágica majestad del momento, contemplo a esas víctimas inocentes y pien-

[1] Verdugo.

so que a su lado se siente vergüenza de vivir y de respirar libremente.

¡Pobres, pobres hermanos! ¿Qué se podría hacer por vosotros que no fuese insuficiente, indigno, mediocre? Sería menester siquiera desasirse de todo para absorberse en la santa y minuciosa tarea.

¡Pero no! En torno de los lechos en que se representa vuestro solitario drama, continúa una siniestra comedia haciendo gesticular a los hombres.

A vuestra cabecera continúan intrigando y saciándose todas las locuras, todas las pasiones, las más innobles y también las más estúpidas.

Ni los cuatro cadáveres que hemos enterrado esta mañana, ni el dolor vuestro cuotidiano, lograrán desarmar esos apetitos, agostar esas ambiciones, para cuyo juego y desarrollo ni aun vuestro propio martirio es inútil.

*

Me quedaré con mis heridos toda la velada, y juntos hablaremos dulcemente de su des-

gracia. Ellos se alegrarán y sabrán hacerme olvidar el infame olor de disputas que aquí reina.

¡Ay! En la deflagración del gran suceso, al ver desde el primer instante tanto fuego, tanta sangre, al oír tal clamor, al respirar el olor de tan formidable gangrena, habíamos creído que todas las pasiones quedarían a la puerta como garrotes embarazosos, y que todos se entregarían con las manos libres, con el corazón virgen, a la ardorosa pesadilla. Para batirse y defenderse hace falta un corazón puro; como para vagar por los pudrideros, hacer beber a las bocas, lavar los rostros y bañar las heridas. Habíamos creído que sobrevendría un gran olvido de todo lo de antes, y de sí mismo, y de las antiguas esperanzas, y del mundo entero. ¡Oh Unión de los corazones puros para la gran prueba!

¡Pero no! La primera explosión fué tremebunda, y apenas se habían amortiguado sus ecos, cuando ya los traperos andaban gancho en ristre entre el cascote para buscar los huesos de las chuletas y los papeles viejos...

Y, sin embargo, recordad la religiosa ansiedad de los primeros momentos.

*

Bien está; ¡sea!, ¡sea! En cuanto a mí, quiero seguir en este puesto entre las camillas cargadas de dolor inmenso.

Esta es la hora en que se puede dudar de todo: del hombre y del mundo, y de la suerte que al derecho reserva el porvenir. Mas no se puede dudar del sufrimiento de los hombres. Es lo único cierto en este instante del siglo.

Seguiré, pues, embriagándome con tal siniestra evidencia, y tantas veces como Beal, el del vientre abierto, me tienda las manos con su sonrisita barbuda, tantas veces me levantaré e iré a estrecharle las manos, porque tiene fiebre, y él sabe bien que yo tengo siempre las manos heladas.

V

Bride ha muerto. Hemos estado trabajando todo el día, y por la noche hemos encontrado tiempo de ir a enterrar a Bride.

No es, por cierto, ceremonia dilatada. El cementerio está próximo. Unos doce somos quienes seguimos al farol, quienes nos escurrimos en el fango, quienes tropezamos en las tumbas. Al fin llegamos a la tapia y a la fosa, perpetuamente abierta, que se prolonga cada día a la derecha y que cada día se llena un poco a la izquierda. Ahí está la fila de cruces blancas, y sobre la tapia, la fuga de sombras que les hace la linterna.

Los hombres arreglan las tablas, deslizan las cuerdas y descienden el cuerpo, disputando entre sí con voz sorda, porque no es tan fácil como se podría pensar ser enterrador; hace falta manos diestras. Y la noche es negrísima y el fango está de veras escurridizo.

Por último, el cadáver está en el fondo y se

retiran las cuerdas llenas de tierra. Sobre el terraplén, el curita hético murmura un responso. La lluvia nos fustiga la cara. El viento, demonio familiar del Artois, brinca en los árboles añosos. El curita murmura las palabras terribles: *Dies iræ, dies illa...*

—Y este mismo día, ¿no es el día de la cólera? También yo pronuncio mi oración: «¡En nombre del mundo desgraciado, pobre Bride, yo te perdono por todos tus pecados; yo te absuelvo de todos tus errores! ¡Que al menos este día sea el día del descanso!»

El curita tiene la cabeza descubierta en medio del vendaval. Un enfermero, que es también eclesiástico, le extiende sobre la cabeza el pico de un mandil. Un hombre levanta el farol para alumbrar al oficiante.

Y las gotas de lluvia se iluminan y resplandecen furtivamente.

Bride ha muerto...

Ahora, henos reunidos en la breve estancia en que la amistad es reina.

Pedro, Santiago, valientes muchachos, no olvidaré vuestra bella sonrisa contraída en la hora

que lleva al hombre maduro el desaliento. ¡No la olvidaré!

Se reparte la carne y el arroz, que sólo con mucha hambre se puede ingerir. Pero en el jirón de la lámpara florece una auténtica dulzura, una dulzura que quisiera asemejarse a la de antaño. Hay una tan profunda necesidad de alegría, que se la improvisa por doquier, aun en el corazón mismo del dolor.

Y he aquí que, súbitamente, a través del vaho de la sopa, diviso claramente la mirada de Bride. No era como todas su mirada. El sufrimiento excesivo, la cercanía, acaso, de la muerte y también una interior riqueza, daban a aquella mirada una luz, una dulcedumbre, una tristeza extremadas. Se acercaba uno a su lecho, se inclinaba, y allí estaba aquel mirar como un manantial surgente y puro.

Pero Bride ha muerto; hemos visto convertirse sus ojos en flácidas membranas.

¿Qué se hizo el surgente manantial? ¿Es posible que se haya agotado?

Bride ha muerto... Involuntariamente repito en voz alta: «Bride ha muerto.»

¿He despertado en las almas amigas una sensible resonancia? Me responde un religioso silencio. El más viejo de los problemas llega, como un huésped familiar, a sentarse a la mesa. Y se acerca a cada oído para decir con misterio: «¿Dónde está Bride? ¿Dónde está la mirada de Bride?»

VI

Entre los pinos avanza y se columpia una linterna. ¿Quién es el que viene a nuestro encuentro?

Felipe divisa la silueta de monsieur Julien. Sí, es él; con su librea de portero y su cara infame de esclavo insolente. Agita un quinqué de cuadra, que esparce sobre sus rasgos, de abajo arriba, sombras bufas. Está visiblemente irritado por no haber tenido más remedio que prestar un servicio.

Esgrime, colérico, el farol y nos muestra con la barbilla el cortejo: dos hombres traen en una camilla un cuerpo voluminoso envuelto en un sudario de tela burda. Los dos hombres vienen

fatigados y sueltan, con cuidado, la camilla en el suelo fangoso.

—¿Es Fumat?

—Él es. Acaba de morir, y muy dulcemente.

—¿Dónde vais?

—En ninguna parte hay sitio para un muerto. Y le llevamos a la capilla del cementerio. ¡Pero pesa de veras!

—Vamos a ayudaros.

—Felipe y yo cogemos la camilla. Los hombres nos siguen silenciosos. El cuerpo pesa; pesa mucho. Los zuecos patinan en el suelo gredoso. Y caminamos lentamente, con el ruido de la respiración que denuncia un esfuerzo.

¡Cómo pesa! Se llamaba Fumat... Era un gigante. Venía de las montañas del centro, dejando en la vertiente una aldea cubierta de tejas rojizas, entre enebros y yacimientos volcánicos. Había dejado su tierra llena de fuertes aromas, su amplio horizonte de colinas malva, y había venido a la guerra en Artois. Había ya pasado de la edad en que se va al asalto; pero hacía guardia en las trincheras y cocinaba. Co-

cinando recibió el golpe mortal. El gigante auvernés fué atravesado por la menuda metralla. Ni siquiera una herida proporcionada a su gran cuerpo: migajas, no más, de hierro fundido. Una vez más David mató a Goliat...

Dos días tardó en morir. Se le decía: «¿Quieres algo?» Y contestaba con sus labios blancos: «Muchas gracias.» Se le preguntaba con inquietud: «¿Cómo te encuentras?» Y él siempre estaba satisfecho: «Me encuentro muy bien.» Se moría con una discreción, con una especie de modestia, con un olvido de sí mismo, que rescataban todo el egoísmo del mundo.

¡Cómo pesa! Cayó cuando atizaba el fuego para hacer la sopa. No ha muerto combatiendo. No ha pronunciado frase alguna histórica. Ha caído en su puesto de cocinero... No es un héroe.

¡No eres un héroe, Fumat! No eres más que un mártir. Y te llevamos a la tierra de Francia, saturada de un martirio innumerable.

La sombra de los árboles siega el espacio a grandes golpes. La noche exhala un acre in-

cienso de podredumbre fría. El viento grita, tomando parte en los funerales de Fumat.

—Abra la puerta, señor Julien.

El grotesco empuja la puerta gruñendo, y depositamos el cuerpo sobre las gruesas losas de la capilla.

Renaud extiende cuidadosamente sobre el cadáver una bandera desteñida. Y de pronto, solemnizando el instante, el ruido brutal del cañón llega desde el fondo de los bosques, penetra con violencia en la capilla, agarra y sacude las vidrieras estremecidas. Cien veces más, un pueblo de cañones aúlla en honor de Fumat. Y cada vez, otros Fumat caen allá lejos sobre el lodo, en el puesto que les ha sido designado.

VII

Si no hubieran suprimido así, de un golpe, todo el alumbrado, quizás no habría ocurrido lo que ocurrió.

Hay una locura organizadora que es enemiga jurada del orden: a fuerza de querer des-

cubrir el lugar más adecuado para cada cosa, acaba por poner cada cosa fuera de su sitio y apartada de su función, y todo lo llena de su propia inoportunidad. Y esta noche no debían haber apagado, por no sé qué capricho, todas las luces. No están las salas del viejo castillo repletas de balas de algodón, sino de hombres, que tienen el alma llena de ansiedad y el cuerpo destrozado.

Súbitamente ha reinado una obscuridad lúgubre; y fuera, la tormenta perpetua que reina en este país resonaba como un río enfurecido.

El pequeño Rochet soñaba, en la flúida claridad de la lámpara, con las manos cruzadas sobre el pecho y su delicado perfil de santo extenuado.

Soñaba cosas vagas y divinas, porque la madrastra fiebre tiene algunas generosidades entre pesadilla y pesadilla. Tan dulcemente soñaba, que había olvidado el olor abominable de su cuerpo y que en las comisuras de su boca una sonrisa distendía dos de esos profundos surcos que se abren con sola una semana de agonía.

Pero han apagado todas las luces, y ha crecido con furia el ruido del huracán, y han dejado de hablar los heridos, porque la obscuridad desanima la conversación.

Hay lugares en que afluyen y pasan los hombres que la metralla casi ha respetado y cuya herida no es más que un arañazo. Esos no tienen más que el honor y, por decirlo así, la alegría de estar heridos... Pero aquí, a esta casa, no traen más que los más gravemente destrozados, y aquí mismo es donde han de esperar la suprema decisión de la suerte.

El pequeño Rochet se ha despertado en una realidad llena de tinieblas y de desesperación. Sólo ha escuchado en torno respiraciones oprimidas, y más fuerte que todas ellas el soplo vehemente del cielo. De un golpe ha percibido todos los dolores de su vientre desgarrado, de su pierna perdida; y se ha acordado de que ese olor que flota en el aire es el olor de su carne. Y ha pensado en la tierna carta que recibió esta mañana de sus cuatro hermanas, altas, de cabellos suaves y brillantes, y ha pensado en toda una dicha marchita, imposible ya...

Renaud llega corriendo, con las manos extendidas contra las mil emboscadas del pasillo tenebroso.

—¡Venga, venga de prisa! El pequeño Rochet se ha tirado de la cama al suelo...

Levanto la palmatoria y compruebo la triste escena. Y hay que poner de nuevo a Rochet en su cama, rehacer el vendaje, empapar los líquidos fétidos que se han esparcido por el suelo.

Rochet aprieta fuertemente los labios. Me inclino, y en voz baja le digo al oído.

—¿Por qué has hecho eso?

Su rostro permanece inmóvil, y dulcemente, mirándome a los ojos con firmeza, me responde:

—Quiero morir.

Abandono la sala desarmado, con la cabeza baja, y voy a buscar a Monet, que es sacerdote y un buen enfermero. Está fumando una pipa en un rincón. Acaba de saber que su hermano menor ha muerto en el fuego, y él busca la soledad.

—Monet—le digo—, creo que Rochet es

hombre religioso; vaya usted, pues, a verle; puede serle usted necesario.

Monet deja su pipa y se aleja con paso silencioso.

Yo salgo afuera. Sobre el camino bordeado de álamos, en compañía de la noche furiosa y de la lluvia, podré, acaso, afrontar el flujo de amargura que me subleva.

Pasa una hora, y la inquietud me conduce de nuevo a la cabecera de Rochet. La vela se consume con llama recta. Monet lee en un librito con broches. El perfil del herido tiene, como siempre, la dolorosa austeridad de un rostro de santo.

—¿Está ahora más tranquilo?

Monet levanta hacia mí unos hermosos ojos negros y apoya el libro sobre sus rodillas.

—Si; está muerto.

VIII

Pero, ¿quién nos ha hablado del infierno como de un lugar de tormentos sin esperanza y de sempiternas lamentaciones?

Yo creo que, hasta en lo más profundo del infierno, los condenados cantan, bromean y juegan a la manilla [1]. Lo imagino, por haber visto a éstos remar sobre la galera en que la fiebre y las heridas los tienen encadenados.

Blaireau, que no ha perdido más que una mano, preludia a media voz:

Si tu veux fair' mon bonheur... [2].

Este tímido soplo atiza el fuego que estaba incubándose. Houdebine, que tiene una rodilla aplastada, pero que se siente tranquilo, o poco menos, hasta el día siguiente, por la mañana, toma francamente el partido de Blaireau y prosigue la canción:

Marguerite! Marguerite! [3].

Y ambos, a dúo, prosiguen con satisfecha sonrisa:

[1] Juego de naipes.
[2] Si quieres hacerme feliz.
[3] ¡Margarita! ¡Margarita!

Si tu veux fair' mon bonheur,
Marguerit', prêt'-moi ton cœur [1].

En el último verso han hecho coro Maville y hasta Legras, que tiene destrozadas las dos piernas, y hasta el cazador alpino que tiene abierto el cráneo.

Panchat, a quien se ha prohibido hablar porque tiene el cuello atravesado, lleva el compás con el dedo.

Todo esto ocurre casi en voz baja; pero los rostros se animan, se encienden, como si de boca en boca hubiera circulado una botella de aguardiente.

Entonces Houdebine se vuelve hacia Panchat y dice:

—¿Quieres echar una manilla al muerto, Panchat?

La manilla al muerto es un juego que se juega entre dos; y no hay más remedio que contentarse con jugar entre dos, puesto que nadie

[1] Si quieres hacerme feliz, Margarita, préstame tu corazón.

se levanta en la sala, y no es fácil que haya comercio sino entre dos camas contiguas.

Panchat contesta, por señas, que está perfectamente dispuesto a jugar. ¿Por qué no va a jugar una manilla al muerto, que es una «manilla muda»? Arrastra una silla, la coloca entre ambas camas y se pone a barajar.

Las cartas están tan estropeadas por las esquinas, que son casi ovaladas. Las figuras sonríen a través de una bruma de grasa; y para «dar» hay que mojar bien el pulgar con saliva a cada carta, porque la masa espesa y pegajosa que las cubre forma con todas un bloque que despide un tufo penetrante.

Pero con tales preciosas antiguallas es aún posible proporcionarse grande diversión.

Panchat se apoya sobre un codo. Houdebine tiene que permanecer boca arriba, por culpa de su rodilla. Sujeta las cartas contra la barbilla, y con la mano derecha las lanza con energía sobre la silla. La silla está un poco lejos; las cartas están un poco sucias... y, a veces, Houdebine pregunta a su mudo contrincante:

—¿Qué carta es ésa?

Panchat la coge y se la enseña, estirando bien el brazo.

Houdebine se echa a reír alegremente.

Echa, una tras otra, todas sus cartas, todo el «juego del muerto»:

—¡Triunfo! ¡Triunfo! ¡Triunfo! ¡Y *corazón jefe!*

Los que no ven nada se echan a reír también.

A Panchat le fastidia, pero no puede menos de reírse sin ruido. Luego, desde su almohadón de paja, tira el sueldo que ha perdido.

Entretanto, Mulet ha estado contando una historia. La misma de siempre; pero siempre resulta interesante.

Una voz imperceptible, que es quizás la de Legras, tararea lentamente:

Si tu veux fair' mon bonheur...

*

Pero, ¿quién habla aquí de felicidad?

Reconozco los acentos de la vida generosa y tenaz. ¡Reconozco tus acentos, carne candorosa! Sólo tú sabes hablar, osas hablar de felici-

dad entre el dolor matinal y el dolor vespertino; entre el hombre que gime a la derecha, y el que, a la izquierda, agoniza.

Realmente, aun en lo más profundo del infierno, deben los hombres de confundir su ansia de alegría con la alegría misma.

Bien sé que aquí hay esperanza...

Pero en el infierno hay esperanza también, sin duda alguna.

IX

Antaño, la muerte era la intrusa cruel, la visitante de pasos cautelosos... Hoy es el perro loco de la casa.

Recordad el tiempo en que el cuerpo humano nos parecía hecho para la dicha; aquel tiempo en que cada órgano significaba una función y un goce. Ahora cada parte del cuerpo evoca el daño que le amenaza, los especiales sufrimientos que engendra.

Sirve también para desempeñar su papel en el laborioso drama: el pie, para llevar el hombre al asalto; el brazo, para manejar el cañón;

el ojo, para vigilar al adversario o para hacer puntería.

Antaño, la muerte no formaba parte de la vida. Se hablaba de ella con palabras embozadas. Su imagen era algo tan penoso como inconveniente, capaz de turbar los proyectos y los placeres de la existencia. Operaba, en cierto modo, en la sombra, en silencio, a escondidas. Se la disfrazaba con símbolos; se la anunciaba con perífrasis laboriosas e impregnadas de una especie de pudor.

Hogaño está la muerte íntimamente mezclada con las cosas de la vida. Y esto es verdad, no tanto porque realiza a diario una inmensa tarea, como porque escoge los seres más jóvenes, los mejor formados, como porque es una especie de institución sagrada; pero, sobre todo, porque ha llegado a ser algo demasiado corriente para suspender, como los suspendía antes, los actos de la vida: se come y se bebe al lado de los muertos; se duerme entre moribundos; se ríe y se canta en la compañía de los cadáveres.

Y ¿cómo ha de ser, Señor? Bien sabéis Vos

que el hombre no puede subsistir sin comer, sin beber, sin dormir, y tampoco sin reír y sin cantar.

Preguntadlo a todos los que aquí soportan su duro calvario. Dulces son y animosos; son sensibles al ajeno dolor; pero no hay otro remedio sino comer a la hora de la sopa; dormir, si es posible, durante la interminable noche, y luego tratar de encontrar otra vez la risa cuando la sala está tranquila y acaban de llevarse el cadáver de la mañana.

La muerte sigue siendo algo grande, pero con lo que se tiene demasiado frecuentes, demasiado íntimas relaciones. Como el monarca que se deja ver durante su tocado, la muerte sigue siendo poderosa, pero se hace familiar y un poco envilecida.

Lerouet ha muerto hace un rato. Se le han cerrado los ojos, se le ha atado la mandíbula; luego se le ha cubierto con la sábana hasta que vengan los camilleros.

—¿No comes?—dice Mulet a Maville.

Maville, que es un jovencillo muy tímido, vacila:

—Sí; pero no puedo tragar...

Y luego de un silencio, añade:

—No me gusta ver eso...

Mulet limpia su plato con calma, y dice:

—A mí, antes, también me hacía polvo el hambre, y hasta ganas de vomitar me daba. Pero, ahora, estoy ya como especie de acostumbrado.

Pouchet bebe ávidamente su café con una especie de glotonería febril.

—Cuando se ve eso, hay hasta q'alegrarse de haber escapado sin más que una pierna cortada.

—Hay que vivir; ni más ni menos — añade Mulet.

—Pa lo que sirve...

Es Béliard quien ha dicho esto. Tiene un balazo en el bajo vientre, y creemos que curará bien. Sin embargo, toda su actitud revela indiferencia. Fuma mucho y habla raras veces.

No tiene motivo alguno de desesperanza, y sabe que volverá a hacer su vida normal. Pero el trato frecuente con la muerte, que hace tan

preciosa la vida, acaba también, a veces, por inspirar el fastidio y, con más frecuencia, el cansancio de vivir.

X

Un pueblo entero, diez pueblos enteros aprenden a vivir en compañía de la muerte. La humanidad ha penetrado en la jaula de la fiera, y en ella permanece con el paciente valor del beluario.

Hombres de mi país: cada día aprendo a conoceros; y por haber contemplado vuestro rostro en lo más fuerte del sufrimiento, es por lo que he forjado una esperanza religiosa en el porvenir de nuestra raza. Sobre todo, es por haber admirado vuestra resignación, vuestra bondad nativa, vuestra serena confianza en tiempos mejores, por lo que aún concedo crédito al porvenir moral del mundo.

En la precisa hora en que el más natural instinto enseña la ferocidad al universo, conserváis vosotros, en vuestros lechos de dolor, una belleza, una pureza en la mirada, que por sí solas

rescatan el inmenso crimen. ¡Hombres de Francia: vuestra cándida grandeza de espíritu disculpa a toda la humanidad de su crimen más grande y la levanta de su decadencia más profunda!

Se ha dicho cómo soportáis el tormento de los campos de batalla; cómo entre el barro desalentador y el frío esperáis la hora del cruel deber; como os lanzáis al encuentro del golpe mortal a través del inaudito concierto de los peligros.

Pero llegáis aquí, donde aún os esperan otros sufrimientos; y ésos yo sé con qué alma sabéis soportarlos.

Las puertas del castillo se cierran para vosotros sobre una vida nueva, que también está compuesta por una continua amenaza y de un perdurable combate. Yo os asisto en este combate y sé bien cómo sabéis llevarlo a cabo.

No se me escapa una arruga de vuestro rostro, ni una de vuestras angustias, ni un estremecimiento de vuestra carne lacerada. Y lo inscribo todo, como inscribo vuestras sencillas

palabras, vuestros gritos, vuestros suspiros de esperanza; como inscribo también la expresión de vuestro rostro en la hora solemne en que ya no se habla.

Ninguna de vuestras frases me es indiferente; no hay uno de vuestros gestos que no merezca ser retenido. Es necesario que todo ello contribuya a la historia de la gran prueba.

Porque no basta darse íntegramente al hermoso deber de la asistencia. No basta manejar el bisturí bienhechor sobre la herida o renovar las vendas con exactitud y destreza.

Es menester, también, poder trazar, sin alterarla en nada, en su verdad y en su sencillez, vuestra historia de víctimas propiciatorias, la historia de vuestra vida en el dolor.

Si no se hiciera esto, igualmente curaríais, o no por eso dejaríais de perecer; pero se perdería lo más puro de la majestuosa lección; quedaría estéril lo más bello de vuestro valor.

Y yo invito a todo un mundo de bondad a inclinarse hacia vosotros con la misma atenta compasión, *con un corazón que nada olvide.*

¡Unión de los corazones puros para la prueba! ¡Unión de los corazones puros para que nuestro país se conozca y se admire! ¡Unión de los corazones puros para la redención del mundo desgraciado!

FIN

INDICE

Páginas.

A través del territorio..... 9
Historia de Carré y de Lerondeau..... 13
Memorial de la vida de los mártires..... 47
Muerte de Mercier..... 107
En Verdun..... 113
El sacrificio..... 151
La tercera sinfonía..... 181
La gracia..... 185
Noches en Artois..... 205

BIBLIOTECA CALLEJA

PRIMERA SERIE

OBRAS PUBLICADAS

«Azorín».—Parlamentarismo español.
Juan Ramón Jiménez.—Diario de un poeta recién casado.
Platero y yo.
Estío.
Sonetos espirituales.
Ricardo de Orueta.—Berruguete y su obra *(116 fotografías)*.
G. K. Chesterton.—Ortodoxia.
Pequeña historia de Inglaterra.
P. Savj López.—Cervantes.
Rodrigo Zárate.—España y América.
J. Moreno Villa.—Evoluciones.
T. Esquivel Obregón.—Influencia de España y los Estados Unidos sobre México.
«Andrenio».—Novelas y novelistas.
R. Pérez de Ayala.—Política y toros.
Las máscaras, I.
Las máscaras, II.
Prometeo.
El sendero andante.
Manuel Bueno.—En el umbral de la vida.
Julio Casares.—Crítica efímera, I.
Crítica efímera, II.
Manuel Azaña.—Estudios de política francesa contemporánea.

José M.ª Salaverría.—El Poema de la Pampa.
La intimidad literaria.
Luis Bello.—Ensayos e imaginaciones sobre Madrid.
Rafael Calleja.—Rusia, espejo saludable para uso de pobres y de ricos.
Manuel Gálvez.—El solar de la raza.
Eugenio D'Ors.—Glosas (páginas del *Glosari de Xenius*).

SEGUNDA SERIE

OBRAS PUBLICADAS

Antologías.

«Azorín».—Páginas escogidas.
Antonio Machado.—Páginas escogidas.
A. Palacio Valdés.—Páginas escogidas.
L. Alas «Clarín».—Páginas escogidas.
M. de Montaigne.—Páginas escogidas.
F. de Quevedo.—Páginas escogidas.
E. Heine.—Páginas escogidas.
Pío Baroja.—Páginas escogidas.
J. Ruiz de Alarcón.—Páginas escogidas.
Esquilo, Sófocles, Eurípides.—Páginas escogidas.

Novela.

R. Pérez de Ayala.—La pata de la raposa.
Jules Renard.—Zanahoria.
G. Leroux.—La Esposa del Sol.
D. Cirici Ventalló.—La tragedia del diputado Anfruns.
Stendhal.—La Cartuja de Parma.
D. Juan Manuel.—El Conde Lucanor.

Teatro y Poesía.

S. J. Álvarez Quintero.—Los Galeotes.
Carlos Arniches.—Sainetes.
F. de Rojas.—La Celestina.
Arcipreste de Hita.—Libro de Buen Amor.
Garcilaso y Boscán.—Obras poéticas.
Lope de Vega.—Teatro. Tomo I.
Calderón.—Teatro. Tomo I.
Poema de Mío Cid y otros monumentos primitivos de la poesía española.

Críticos y ensayistas.

Montesquieu.—Cartas persas.
Baltasar Gracián.—Tratados.
J. de Cadalso.—Cartas marruecas.
R. Gómez de la Serna.—Greguerías selectas.
Juan de Valdés.—Diálogo de la lengua.
B. Castiglione.—El Cortesano.

Filósofos y místicos.

Fray Luis de León.—Los Nombres de Cristo.

Historia y biografía.

Las Cases.—Napoleón explicado por sí mismo.
Plutarco.—Vidas de hombres ilustres.

Viajes.

E. Gómez Carrillo.—La sonrisa de la Esfinge.

Literatura popular.

Calila y Dimna.